Paola Vicenzi

Equis Equilibrio

Premio de Novela Vargas Llosa 2021

hespérides

PAOLA VICENZI nació en Buenos Aires en 1972. Es escritora y correctora. Su camino literario comenzó con la publicación del libro En su propio vuelo, narraciones breves vinculadas a su experiencia como madre de trillizos.

En 2017 obtuvo el Premio MGE de Editorial Random House por su autobiografía La otra vida de papá, y en 2018 fue reconocida con el Primer Premio de la Revista Literaria Guka por el microrrelato Monstruo. En 2019 publicó la novela Recién ahora, que aborda el tema de la infertilidad. En 2020, la serie de relatos Cuarentena en Buenos Aires y el libro de microficción Camino inverso.

En 2021, Equis Equilibrio fue galardonada con el XXVI Premio Vargas Llosa de Novela, otorgado por la Cátedra Vargas Llosa de la Universidad de Murcia. Ha participado en antologías de España y de Perú, y varios de sus trabajos se difundieron en revistas literarias de diversos países de Hispanoamérica.

Dicta talleres de narrativa y organiza ciclos de lectura.

Sonia es una mujer viuda. Tiene una hija de diecinueve años a la que considera buena y obediente. Ambas llevan una vida tranquila, hasta que un día Martina, la hija, sufre un brote psicótico que las condena a ambas a un aislamiento completo en la casa.

Equis Equilibrio relata con una sencillez, y a la vez rara intensidad, la desesperación y el cansancio de una madre que enfrenta prácticamente sola la enfermedad de su hija. Si bien la novela está escrita como si fuera un diario, con un estilo casi documental, la autora logra dotar a su creación de una belleza poética.

El jurado del premio de la Cátedra Vargas LLosa destacó que: «La autora ha tenido la capacidad de ahondar en la mente de una persona que está pasando por el proceso de cuidar a un enfermo, reflejándolo de un modo tan vívido que da la sensación de constituir un diario real».

Equis Equilibrio

COLECCIÓN

Las Hespérides

PAOLA MARÍA VICENZI

Equis Equilibrio

ESLES DE CAYÓN
2022

© De los textos: Paola María Vicenzi

Madrid, noviembre 2022

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-29-0

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Producción del ePub: booqlab

A los que sufren.
A los que sufren al lado de los que sufren.
A los que sostienen a los que sostienen.

A Mónica, Valeria, Laura y Jorge.
Y en ellos, a todas las personas que trabajan,
día a día, en el ámbito de la salud mental.

A Carolina, Santiago y Nicolás,
motor y faro en mi vida.

A Marcelo, por su amor y su sensatez,
sin los cuales esta novela no hubiera sido.

Soy víctima de un Dios frágil, temperamental
que en vez de rezar por mí, se fue a bailar,
se fue a la disco del lugar.
Quiso mi disfraz, vivir como un mortal.
Y como no logró matarme, me regaló
una visión particular.

El loco
(Babasónicos)

I

Sonia sale de la cocina con una taza de té y entra en el dormitorio. Suelta un suspiro y cierra la puerta. Va a enfrentarse con sus demonios, y quiere que sea ahí y solo ahí. La lucha no excederá los límites de su cuarto, no invadirá su vida, su todo. No esta vez. Deja la taza sobre la mesa de luz, mueve el cuello en círculos, se quita los zapatos. Intenta controlar el temblor de sus manos mientras abre el armario y busca, en el tercer cajón de la derecha, el cuaderno de tapas duras espiralado que lleva doce años sin tocar. Pero hoy puede, hoy sí. Porque viene de donde viene, porque pasó lo que pasó. Hoy puede, hoy tiene el valor.

12 de febrero

El verano se terminó de repente, lo arrancaron del almanaque, no está más. Se fue a la mierda. Desaparecieron los planes de vacacionar unos días en la costa, los vecinitos del dúplex de al lado tirándose de bomba en la pileta, las noches sentada en el césped disfrutando del rocío con una copa de vino rosado. Se borró la alegría, de un momento a otro se mandó a mudar. Sí, la alegría propia es un recuerdo borroso. La ajena, la que percibo en sordina a través del ligustro, me da envidia y me da bronca.

No entiendo mi vida, no entiendo qué pasa, qué le pasa, qué me pasa. No entiendo lo que pasó para que esto pase. No entiendo nada.

13 de febrero

Cuando era chica tenía un diario al que le contaba mis amores imposibles, las peleas con mi hermana, la cada vez más tensa relación entre mamá y papá… Lo que sentía, lo que pensaba, lo primero que se me pasaba por la cabeza. Y ponerlo ahí, en el papel, me aliviaba, mucho me aliviaba. Por eso ayer, cuando volvía de la farmacia, paré en la librería y compré este cuaderno gordo de tapa dura tamaño oficio. Espero el mismo alivio, lo necesito.

No sé ni cómo empezó todo esto. O sí sé, en el sentido de que puedo ubicar el momento en que tuve la idea, vaga al principio, de que algo no andaba bien.

Una noche salí a dejar la basura en el canasto y vi una bolsa de consorcio repleta que me llamó la atención. La abrí, miré, y fui directo al cuarto de Martina. Me encontré con las paredes desnudas. Y no solo las paredes, ni una muñequita ni una bola de nieve, ni uno solo de los objetos que con tanto amor y cuidado había ido coleccionando a lo largo de los años. Los que le habíamos regalado en cumpleaños y navidades, los que compraba con sus ahorros y esos con los que sus abuelos la habían consentido. Martu amaba a las princesas de Disney, y de pronto ni rastro de Aurora, Mulán, Pocahontas, Jasmín… ni siquiera de Ariel, su favorita indiscutida. ¿Le daría vergüenza, a los diecinueve, seguir con esas cosas? No, no podía ser eso. La mayoría de sus amigas compartían la pasión por la animación, los cómics, las princesas y todo ese universo que fascinaba a Martina. Con las chicas no se perdían una exposición de esas a las que muchos van disfrazados de personajes y qué sé yo qué. No, claro que no podía ser eso… Cuando llegó y vio que la bolsa estaba en el suelo de la cocina, sin decir una palabra la agarró y volvió a llevarla al canasto. Le pregunté por qué hacía eso, y me contestó «es obvio, mamá». Le dije que le podía regalar las cosas a una de las vecinitas o llevarlas a la parroquia. Entonces me miró con una cara que nunca le había visto y me contestó que ella no era una asesina.

No sé si me encogí de hombros, si suspiré, si pensé qué cosa estos adolescentes… no sé, pero de alguna manera me conformé, pasé el momento y seguí preparando la cena.

Al otro día amanecí temprano, y me senté con el termo y el mate en el jardín. Pensaba cómo organizar mi semana. Tenía agendadas varias clases particulares, de las que se cobran bien: un editor que necesitaba mejorar su francés para acompañar a un autor en su próxima gira, una curadora de arte, varias alumnas del liceo que iban a rendir en marzo.

Tenía que aprovechar las últimas semanas de febrero. Pronto las clases en el colegio y en el instituto me iban a ocupar la mayor parte del tiempo y ya no iba a tener esos extras que tan bien nos venían. Además, quería estar para Martina, que estaba entusiasmadísima con arrancar la facu.

Antes queríamos pasar tres o cuatro días en Cariló o Mar de las Pampas… Tres o cuatro días, la economía no me daba para mucho más. Mantener un dúplex de dos dormitorios con un pedacito de jardín en zona norte no es poca cosa para una profesora de secundaria viuda. Los servicios, los impuestos… y encima la comida, la ropa, la prepaga. Dios. Pero esos tres o cuatro días pensaba tomar revancha y me iba a olvidar del mundo.

Nos sentamos a comer una tarta de verduras, y, como siempre, puse el canal de noticias. Noté que el pie derecho de Martina

repiqueteaba en el parqué, y que ella no tocaba el plato. «¿Qué pasa, hija?», le pregunté. Yo sabía que no era amiga de las espinacas, aunque nunca era para tanto. «¿No ves?», dijo señalando la tele con el tenedor. «¿Si no veo qué?». «Dale, no te hagás la idiota». La miré. Un llanto me subió por la garganta. Quise decirle cómo le vas a hablar así a tu madre, o qué te pasa, Martu, qué te pasa... pero no me salieron las palabras. Ella se levantó, estrelló el vaso de agua contra el suelo, y gritando «Ya está, ya está, ya empezaron», se encerró con un portazo en su cuarto.

EL CUERPO DE LA ADOLESCENTE FUE ENCONTRADO EN UN DESCAMPADO, decía el zócalo de las noticias.

Estuve un rato largo golpeándole la puerta, cerrada con llave. Me aullaba (porque no eran gritos, no, eran aullidos) que la dejara en paz, que me fuera, que se había dado cuenta de que yo también. «¿Yo también qué? ¿Yo también quéééé?», le grité hasta quedarme sin voz. Tenía los puños colorados y la garganta seca. Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, a esperar. A esperar no sabía qué.

Mi hermana vive en Alemania desde el 2002, mis dos amigas están de vacaciones, apenas conozco a los vecinos. Aída, la dueña del almacén de enfrente, es agradable, aunque no pasamos de cruzar un saludo o un comentario del clima… no podía ir a molestarla a ella con esto, lo que fuera que fuese "esto". Ojalá nos hubiéramos quedado en la casita de Florida, pensé. Ahí hubiera tenido a quién acudir… Entonces de nuevo las ganas de llorar, las ganas de morirme. Había sido imposible quedarnos en Florida cuando Emilio se enfermó, y lo sabía. Tuvimos que ajustarnos, achicarnos, acostumbrarnos a vivir sin sus ingresos fluctuantes de abogado independiente… en fin, adaptarnos.

No soy capaz de armar la secuencia exacta. Ni siquiera hoy, varios días después, sé cómo pasó. No sé si primero se me ocurrió ahí mismo, sentada en el piso, llamar a mi vieja terapeuta, o si primero oí que Martina movía muebles y estrellaba cosas en su cuarto. Se volvió loca, pensé. Y ese pensamiento me llenó de miedo. No, de miedo no, de horror, de espanto. Pero también ese pensamiento, y sí, creo que entonces fue en ese orden, me llevó a la idea de la psicóloga. Ella me puso en la boca las palabras que calmaron a Martu. Y al rato logré que saliera del cuarto. Poco duró la paz, pero ya sabía qué hacer. Antes de las cinco de la tarde, una ambulancia de la prepaga estacionaba frente a casa. Y una inyección de alprazolam la hizo dormir hasta la mañana siguiente.

14 de febrero

El marketing de los enamorados a toda marcha. Y yo acá, sola, enfrentando esta tormenta sin nombre. Aquel domingo durmió mucho, ayudada por las pastillas que yo le daba, religiosamente, en cuanto volvía a acelerarse. Porque ese es el verbo, "acelerar". Ese fin de semana de pesadilla, o ese fin de semana que empezó la pesadilla que todavía dura, Martina cambió de ritmo. Mi chiquita pausada, parsimoniosa, contemplativa, se convirtió en una desconocida. Puro impulso, puro nervio, puro estallido. Y en el fondo eso era lo peor de todo: más allá de no entender lo que estaba pasando, sentía que de repente mi hija era una extraña. Había que llegar al lunes, aguantar hasta el lunes. La terapeuta me había pasado el contacto de Alfonso Suárez, un psiquiatra de su confianza, que justo estaba volviendo de vacaciones. Un psiquiatra. Mi hija en manos de un psiquiatra. ¿En serio? Dios.

El martes la vio el doctor Suárez, en su consultorio de Béccar. Llegamos en remís, yo no me atrevía a manejar con ella al lado. Aunque le había dado una pastilla poco antes de salir, ahora apenas si eso la calmaba. Ese día supe qué era un delirio, cuál era la diferencia entre el delirio y la alucinación. No, Martu no veía ni oía cosas que no estaban ahí. Martu tenía falsas creencias. Martu creía que había una conspiración para matarla, porque ella era la que seguía en la lista. «¿Qué lista?», le decía yo, que todavía pensaba que intentar razonar con ella cuando deliraba era un camino que conducía a algún lado. Ahora sé que no. Y en los adornos de las princesas habían escondido cámaras para espiar todos sus movimientos. Y en los afiches habían metido micrófonos. Y ya no se podía confiar en nadie. Faltaba poco para que ese nadie me incluyera también a mí.

15 de febrero

Yo, que creía haber tocado fondo con lo de Emilio, bajé hasta lo más hondo al ver a mi chiquita arrastrando las palabras y los pies. ¿Cuándo va a llegar el final de este viaje al infierno? ¿Alguna vez va a llegar? Durante el horror se paran los relojes, y esa es justamente su marca distintiva: la amenaza de eternidad.

Suárez reemplazó el ansiolítico original por clonazepam. Martu volvió a dormir. Y yo, a dormir con ella. Tiré un colchón al lado de su cama y así, de la mano, nos quedábamos dormidas. Pero con el día amanecían también las angustias y las paranoias. Me volví parte de la conspiración para matarla, así que ya no quería nada de mí. El agua del bidón de casa tenía veneno, las pastillas que le daba iban a hacer

“que la quedara”, y la única solución posible fue sedarla también durante el día. Yo aprovechaba los pocos y preciados minutos en los cuales Martu era Martu, entonces la miraba a los ojos y le preguntaba si de veras creía que yo era capaz de hacerle algún daño. Si yo, que toda la vida la había cuidado, realmente era capaz de hacerle daño. Solo decirlo me mataba, sentía que las palabras me raspaban en la garganta. Pero servía. Todavía servía. Porque ella contactaba conmigo y me contestaba que no, que claro que no, y se tomaba las pastillas.

16 de febrero

La vida social de Martina desapareció de un zarpazo. El celular era un castigo, a través de las redes sociales, interpretaba, todo el mundo hablaba de su situación, todo el mundo conspiraba. Quizá por eso, en un impasse de sedantes, lo estrelló contra el piso. No podía importarme menos ese maldito teléfono, aunque todavía me faltara pagar la mitad de las cuotas. Ya no podíamos ver televisión, escuchar música o radio. En cada dispositivo había mensajes para ella.

«No se asuste», me había dicho el psiquiatra en la primera visita, al entregarme las órdenes para una resonancia magnética de cerebro y una batería de análisis. El “no se asuste” tenía que ver con el diagnóstico presuntivo que había anotado al final de las hojitas: Crisis psicótica aguda. Crisis psicótica. Brote psicótico. Antipsicótico. Mi hija necesitaba antipsicóticos. De repente el mundo se me había caído encima.

Llamé por teléfono al laboratorio, vinieron a sacarle sangre a casa. La resonancia era impensable por ahora. Igual, Suárez me explicó que era cuestión de protocolo, podíamos esperar lo que hiciera falta.

En cuarenta y ocho horas estuvieron los resultados de los análisis: perfectos. Suspiré. Era un alivio pensar que no había nada a nivel físico (al menos nada que reflejaran los análisis) que estuviera provocando el cuadro. Pero no, qué ingenua, al mismo tiempo no era ningún alivio.

La agenda se me llenó de tachaduras, de cancelaciones. No más clases particulares, y ya empecé a tramitar las licencias en el colegio y en el instituto. Hoy mi universo es Martina.

17 de febrero

En cierto momento me di cuenta, después de enseñar un idioma

por casi treinta años, que en lo que vivíamos había cuestiones gramaticales que resolver. Para empezar, un problema con los pronombres. Yo necesitaba abandonar el protagonismo, el primer lugar. No se trataba de lo que a mí me desesperaba, me aterraba, me angustiaba, me entristecía, me preocupaba. Por más que me desesperara, me aterrara, me angustiara, me entristeciera, me preocupara. Por más que tuviera un hueco en el pecho, se trataba de ella. Era urgente desplazar el foco de la primera a la tercera persona del singular. Y además había un tema con los tiempos verbales: cobijar, acunar, sostener y acariciar no eran acciones que solo conjugaría en pasado. Mi hija necesitaba, a sus diecinueve años, que yo la cobijara, la acunara, la sostuviera casi como cuando era un bebé. Así de simple. Y apostar al tiempo, a los sedantes, al antipsicótico. Soportar sus ojos dormidos incluso despiertos, el arrastre de sus ojotas por el parqué, el tenue hilito de baba, el balanceo leve y constante de su torso. Soportar el desgarro, el miedo y lo peor de todo: la incertidumbre.

18 de febrero

Emilio decía que Dios no nos pone por delante un reto que supere nuestras fuerzas. Seguramente lo había sacado de su mamá, a mi suegra le encantaban esos dichos. Bueno, creo que Dios me sobreestima. Si piensa que yo tengo fuerzas para sobrellevar esto, esto que ni sé qué nombre tiene, está muy equivocado. No puedo, no doy más.

Suárez dice que en cuanto Martu esté compensada va a poder empezar una terapia. El tratamiento psicológico es fundamental, y por suerte tiene una excelente profesional para recomendarme.

No quiero preocuparme por la plata, pero la plata empieza a preocuparme. Sin las clases extras, sin blanquear en mis trabajos el motivo de mi licencia… La medicación es cara, el psiquiatra no es de la cartilla de la prepaga.

No, no puedo estar pensando en la plata en medio de lo que está pasando mi hija. Pero, a la vez, cómo no pensar. Tiempo, un poco de tiempo. Hay que esperar.

Estuve googleando: un brote psicótico puede durar hasta cuarenta y cinco días. Y es probable que se trate de un hecho aislado y nada más. Claro que también es probable que sea expresión de una esquizofrenia o de un trastorno bipolar. Dios. Cuando leí eso, lo llamé a Suárez. Me pidió que por favor no me pusiera a leer todo lo que dice internet. Y tiene razón, en el fondo tiene razón. Si leo todo, me voy a

volver loca. ¿Volverme loca?, qué mal chiste en este momento… Es demasiado pronto para ponerle un nombre, dice. Puta madre. Confío, confío en él, pero necesito que alguien me cierre, me defina, me abroche algo.

A partir de mañana va a bajarle un poco la sedación y a aumentar el antipsicótico. «La evolución clínica va a ser determinante para el diagnóstico», me repitió varias veces. Y a pesar de que habla en español y soy capaz de decodificar lo que me dice, por momentos me anulo y no lo entiendo. O no lo quiero entender. En el fondo, no sé qué quiero que me diga, no sé qué quiero escuchar. No sé para lo que estoy preparada. Bueno, tampoco estaba preparada para esto, y tocó.

Es que hay palabras duras, pesadas. Y hay combinaciones que crispan de miedo. Trastorno psiquiátrico es una de esas combinaciones. Encima suena a sentencia, a irreversible. ¿Y si Martu se queda para siempre así?

19 de febrero

Hoy pasó mucho más tiempo despierta. Al principio me puse contenta, no la vi arrastrar los pies, no hubo hilitos de baba. Pero por momentos se le endurecía la mirada y se ponía a gritar que lo mejor iba a ser que ella misma se matara. «O me matás vos o me mato yo». «Dale, decidite». Entonces de nuevo a dormirla. Un poco, hasta que pase. ¿Va a pasar?

Le mandé un mensaje a Lena, mañana vuelve de la costa. Yanina tiene para unos días más. Necesito a mis amigas, necesito hablar con alguien. Pero también me pregunto si cualquier persona está preparada para que uno le caiga con algo así… Lena es más sensible, más profunda y creo que también más inteligente, y tenemos una amistad de toda la vida. Yanina es más superficial, más para pasar un rato divertido y no ahondar demasiado. Nos conocimos porque Martu y su hija mayor compartieron los últimos años de primaria y la secundaria. Nos caímos bien de entrada y empezamos a salir juntas después de su divorcio y de la muerte de Emilio, que fue más o menos en la misma época. Al principio, solamente a tomar un café, a despejarnos un poco. Nunca tocamos temas muy serios. No sé si va a saber escuchar.

20 de febrero

Y una de pronto se pone a pensar que todo es un arma. No solo los cuchillos o los revólveres. Las tazas o los vasos de vidrio, los cortaúñas, los pelapapas, los cinturones, las bolsas plásticas… Dios. ¿Hasta dónde puede llegar mi control? Todo es un arma cuando la cabeza se convierte en un arma, cuando nos traiciona, cuando nos patea en contra. Ahora recuperé el insomnio de los primeros días. Y en esos insomnios repaso las incontables amenazas, las inabarcables amenazas y me crece la angustia, mi ya desmadrada angustia. ¿Cómo podarle las nuevas ramas, cómo acotarla? Cómo, si al mismo tiempo me camina por dentro la culpa. Culpa real o inventada, da igual. Yo también tengo mis creencias. ¿Qué rol juego en todo esto? ¿Qué hice mal? ¿Qué errores cometidos o advertencias no atendidas llevaron a mi chiquita a este lugar? Esta tarde llamé al herrero para que ponga rejas en la ventana del baño de arriba, es una ventana demasiado grande.

21 de febrero

Parezco bruja. Tuve que salir a correrla por el barrio, casi me explota el corazón. No fueron ni cinco minutos los que me distraje hablando por teléfono, y ahí aprovechó. El vacío en la boca del estómago cuando subí y no la vi en su cuarto… creí que me moría. Grité Martu, Martu, Martuuu… aunque en el fondo sabía. Salí desesperada, en jogging y chancletas, y la encontré a la vuelta caminando como si nada. Dios. Dios mío. Entonces un extra de clona, ahora es siempre clonazepam, el otro quedó descartado porque al final no le hacía nada. La verdad, por momentos siento la tentación de clavarme yo unas cuantas de esas pastillas y a la mierda, a dormir tres días seguidos, cuatro. Qué sé yo. Igual, no es cuestión de dormir. No se trata de ese tipo de cansancio. Es un cansancio de otro mundo. El cansancio de la alerta permanente, de la espada de Damocles, de estar todo el tiempo en guardia, esperando lo inesperado. Raro. Rarísimo. En eso se convirtió mi vida.

22 de febrero

Hoy es 22.

22, el loco en la quiniela. De pronto me doy cuenta de que hay locos y locura por todas partes. En dichos populares, en refranes, en las cosas que nos decimos cotidianamente, sin pensar.

“No te hagas el loco”
“Pero este precio es una locura”
“Qué loquito que sos”
“Esa mujer lo volvió loco”
“Cada loco con su tema”
“Me tienen loco”
“De poeta y de loco todos tenemos un poco”
“Los niños y los locos siempre dicen la verdad”
Y esos son los primeros ejemplos que se me vienen a la cabeza.

La locura inofensiva, la locura simpática, la locura romántica o tierna. ¿De dónde sale esa visión? No es la que se me ocurre cuando Martu me dice que llegó la hora, que la van a venir a buscar a ella, a ella, porque es la elegida, porque Dios le dio una misión. Dios le dio una misión, y el mundo lo sabe. «El mundo lo sabe, mamá», me mira con ojitos trastornados. Y yo no sé. No sé qué hacer, qué decir. La abrazo, si me lo permite. No siempre me lo permite.

23 de febrero

Cuando algo así sucede, y lo mismo recuerdo del día en que tuvimos el diagnóstico de Emilio, los valores se reacomodan instantáneamente. Es un cachetazo inesperado, una trompada en la mandíbula. Y de pronto ya no extrañamos las vacaciones en Cancún o los perfumes importados, de pronto extrañamos la vida de todos los días, el mate despreocupado de los domingos, respirar hasta lo más hondo sin que se nos clave la aguja de la tristeza. Extrañamos la vida chiquita y rutinaria, la despreocupación, la casi indiferencia con la que vamos arrastrando los días. La sensación, impune y mentirosa, de que lo que tenemos siempre va a estar.

25 de febrero

Ayer el herrero puso la reja en la ventanita del baño. La vieja de la esquina me tocó el timbre y me preguntó si habían querido entrarme por ahí. Vieja chusma, por qué no se meterá en sus cosas. Le dije que sí, qué tanto, lo único que me falta es tener que dar explicaciones a la gente.

Ya no puedo salir ni un minuto, no puedo descuidarme. Al principio, me escapaba a la farmacia o a la verdulería. Ahora todo es delivery. Me traen los remedios, los tomates y la compra del súper. No

me gusta nada, siempre me gustó elegir a mí. Se olvidan de algunas cosas, me viene un pan lactal y unos yogures que vencen enseguida… Pero bueno, los comeremos pasados, no queda otra. No es lo más grave que nos pasa, ojalá.

Me mensajeé con Lena. No entendió nada. Es lógico, yo tampoco entiendo nada. Hoy tenía que llevar a la madre a hacerse unos estudios, mañana va a pasar por casa. Me va a hacer bien hablar con alguien, lo necesito.

27 de febrero

Hace un par de días empezó con que se tiene que ir sí o sí, yo soy parte de la confabulación y no puede estar un minuto más acá. Suárez lo veía venir, por algo me había hablado de que tuviera siempre la puerta cerrada. Ando con el manojo de llaves en el bolsillo del jogging, parezco un carcelero. Cuando se pone violenta, hay que "bajarla" rápido con un comprimido sublingual. Trata de escupirlo. Forcejeamos.

Me leo y no creo lo que leo: bajarla, forcejeamos. Es mi chiquita, mi Martu. Y al mismo tiempo, por momentos tengo la espantosa sensación de no saber quién es. ¿Cuánto va a durar este calvario?

La psiquiatría es un mecanismo de relojería, hay que dar con la medicación adecuada, la dosis precisa, ensayo y error. Y mientras probamos, Martina que se quiere escapar, que se quiere morir, que se quiere matar. A veces tirada como un trapito, a veces furiosa, agresiva. Me putea, me dice vieja de mierda, la puta que te parió. Y a mí se me retuerce algo adentro… Martina jamás me había maltratado. Martina era incapaz de hablarme de esa manera. Sin embargo. Sin embargo, esta que es ella, pero no es ella… Dios.

28 de febrero

Me hizo bien hablar con Lena. Vino ayer a tomar unos mates y trajo una pasta frola riquísima. Se quedó un ratito nomás, por suerte Martu dormía.

Se le caían las lágrimas mientras yo le contaba. Me abrazó, me ofreció toda la ayuda que se me ocurriera pedirle. Las compras, quedarse un rato con Martu para que yo pueda salir un poco, lo que sea. Por algo es mi mejor amiga desde el secundario. Es como mi hermana. No, más que mi hermana, si con mi hermana nunca nos

llevamos demasiado, y encima desde que se fue del país no nos vimos casi nada… Para colmo es la madrina de Martu, una decisión boluda, por cumplir nomás. Por cumplir vaya a saber con qué.

En cambio, Lena es amorosa, y sé que lo que me ofrece me lo ofrece de corazón. Pero ella tiene sus cosas: el trabajo, el marido, los tres pibes, la madre enferma. No la puedo cargar más.

2 de marzo

El cajón de mis medias parece una farmacia. Hace un rato, aprovechando que Martina no se había levantado, desplegué toda la medicación sobre la cama. Ayer Suárez decidió sumar otro antipsicótico. Me quedé un rato, con los ojos empañados, mirando encima de mi colcha: risperidona de 1 y de 2 mg, olanzapina de 5 y de 10, clonazepam de 0,50 y de 2, el alprazolam que ya no va más… Prefiero así, tener distintas dosis, no todo se puede cortar bien, no todo viene ranurado. Cajas y cajas de psicofármacos. Prospectos que, con el correr de los días, me fui leyendo completos. Ahora esas son mis lecturas, esas y los artículos que googleo. Dejé los poemas de Pessoa y de Benedetti, las novelas de García Márquez y los cuentos de Saer. Ahora me empacho con estas otras lecturas. Y entonces entiendo por qué dicen que los prospectos los hacen pensando más en los abogados que en los médicos y en los pacientes, y también entiendo por qué dicen que, sin brújula y sin criterio, mejor no buscar en internet. Lo entiendo, sí. Aunque no puedo dejar de hacerlo.

4 de marzo

Ya tramité las licencias sin goce de sueldo, ya manejo la vida por teléfono y por internet. Banco, compras, novedades. Me informo con los portales de noticias, en casa seguimos sin ver tele, sin escuchar radio. Tampoco buscar una película es una opción. Una palabra, una imagen, una situación cualquiera, la más inocente, puede desatar una crisis. Vaya a saber qué conexión se arma en su cabecita, y de nuevo el impulso agresivo, el me quiero morir, el matame o me mato o te mato, el quién sabe qué. Porque nunca se sabe. Y yo tiemblo ante una posible reacción, a veces sin darme cuenta de que estoy temblando.

5 de marzo

Delirio autorreferencial. Paranoide. Conspiranoico. Ideación suicida. Es increíble la cantidad de términos que voy incorporando a mi léxico. Es espantosamente increíble. Y hay una palabra que no es nueva pero que en este contexto me da náuseas: internación. Sé que es una posibilidad, y mi mente comprende. Mi mente sí. Me lo explicó mi exterapeuta, me lo explicó el psiquiatra. El psiquiatra, que es uno más en casa. Además de vernos en el consultorio, donde llevo a Martu medio dormida y con toda clase de recaudos, estamos en contacto permanente. «Estrelló el celular contra el piso. ¿Qué le doy?». «Pregunta qué hace un auto azul estacionado en la puerta del vecino, dice que va a tirarle piedras porque son los que la vienen a buscar. ¿Qué hago?». «Oigo que abre y cierra las puertas del placar, otra vez arma la mochila para irse. ¿Qué le puedo dar?». Y siempre del otro lado una respuesta que me sirve, en este momento en que nada parece servir. Son paños fríos en una fiebre que vuela, pero paños fríos al fin.

6 de marzo

Es un ritual que empieza casi siempre después de una ducha. Por eso odio cuando dice que se va a duchar. Sale del baño con el pelo mojado y una cara que me duele mirar, los ojos negros, de acero. Sus preciosos ojos miel de pronto negros, sí, no me explico cómo. O quizá sí, quizá en el fondo nuestra cara es, sobre todo, nuestro gesto. Martu tiene una sonrisa tan linda, una expresión tan dulce… por eso me cuesta mirarla cuando se pone así. Y entonces tira los toallones en el piso y saca una mochila que tiene lista debajo de la cama. La mochila que todas las noches, apenas se duerme, yo le desarmo. Y si no la tiene a mano, capaz que se pone un montón de capas de ropa. Cuatro o cinco remeras, dos buzos, una campera, una calza y un pantalón, varios pares de medias. Sé que espera un descuido, que en una de esas yo salga a sacar la basura o a recibir un pedido, pueda pegarme un empujón y escaparse.

7 de marzo

Ayer se señalaba las sienes con los índices y apretaba los dientes. «Vos no sabés lo que es, no se puede estar acá, no se aguanta», gritaba. Y yo sentía un nudo que me hacía imposible hablar, contestar algo… Igual, ¿qué le iba a decir? ¿qué le iba a explicar? Solamente ella está

en su cabeza, en esa cabeza en la que no se puede, en la que no se aguanta… Esperé a que se calmara un poco, a que dejara salir algo de esa furia, y la abracé. «Va a pasar, Martu, vas a ver, vas a estar bien», le prometí, mientras me prometía a mí misma ser lo suficientemente fuerte como para no derrumbarme con ella.

9 de marzo

La noche me multiplica los miedos. Aunque la haya acompañado a acostarse a los tumbos, sosteniéndola mientras subíamos por la escalera, aunque sepa que está planchadísima, que va a dormir diez, once, doce horas, incluso que a lo mejor amanece mojada… A pesar de todo eso, al poco rato de cerrar los ojos, siento sus pasos en el pasillo, en la cocina, en el lavadero. Y entonces me incorporo de un salto y la descubro ahí, a mi lado, durmiendo con una expresión de paz increíble… Una expresión que no sé cuándo, si es que hay un cuándo, yo misma voy a recuperar.

Igual ahora, con la ventana del bañito enrejada, sin cuchillos ni tijeras ni un montón de otros elementos a mano, pienso volver a dormir en mi cuarto. Me duele la espalda, el cuello. En la adolescencia era capaz de pasarme quince noches en una bolsa de dormir. A los cuarenta y siete, necesito mi colchón con resortes y mi almohada viscoelástica.

Y hay otros miedos que también trae la noche. De nuevo aparece el tema de la plata. Hice mal, primero tendría que haberme tomado los días de vacaciones que me deben y recién después pedir una licencia. No, en realidad tendría que haber pedido una licencia por enfermedad familiar. Pero no quise, no quiero. No me animo a contar lo que está pasando. Tengo miedo. Miedo de las reacciones, miedo del estigma, miedo. Mucho miedo. Así que entre mis rezos nocturnos pido también que los ahorros alcancen, que alcancen para los profesionales, que alcancen para la medicación, por Dios que alcancen.

10 de marzo

La internación no es la única opción en estos casos, me explicó Suárez. Suárez, pobre hombre, pierdo la cuenta de la cantidad de veces por día que lo contacto. Su esposa, si tiene esposa, debe odiarme. Para mí (y por lo tanto para él) no hay sábados ni domingos ni feriados, tampoco hay horarios inconvenientes. Le rompo las

pelotas demasiado tarde, demasiado temprano. Sin la menor consideración, no puedo darme el lujo de ser considerada. Me siento totalmente dependiente de su ayuda. No soy capaz de mover un dedo sin su indicación o su consentimiento. Me parece que voy caminando a ciegas por un campo minado y que en un segundo todo va a estallar por los aires si él no me guía.

Esta tarde me habló de una alternativa intermedia entre la internación y estar en casa solas, como ahora. Es posible contar con un acompañante terapéutico, que me ayude con Martu para que yo me sienta un poco más aliviada, aunque sea unas horas. Me dijo que muchas veces son estudiantes avanzados de psicología "que la tienen clara". Y también me dijo que era una posibilidad extra, que por ahora solamente lo pensara. En el fondo dependía de mí, de mi resistencia. La idea era no llegar al punto de agotarme. «Esto es largo, hay que guardar fuerzas», no sé si quiso advertirme, alentarme o qué. Yo lo sentí como un mazazo en la cabeza.

12 de marzo

Desde ayer está un poco mejor, un poquito. Los episodios violentos son más espaciados. Parece ser que tiene que ver con la acumulación de los antipsicóticos en los receptores cerebrales, o algo así entendí. Ya no sé qué entiendo, ya no sé qué no, ya no sé qué parte de lo que creo que entiendo me la estoy inventando o me la estoy contando cambiada, siempre más suave. Pero, en fin, un poquito mejor está y sería inhumano que yo no me aferrara a esa mejoría, por leve que sea.

Volvió a tocar el piano. Y eso no solo es una buena señal y me da esperanza, también me da tiempo y tranquilidad. Mientras el piano suena, sé que ella está bien. No está tirada en la cama pensando o planeando cosas raras. Entonces puedo distraerme pelando unas zanahorias, cosiendo un botón o barriendo el living. Que el piano suene es una señal que me calma, que me da aire.

Es un piano, herencia de mi suegra, con el que Martu siempre practicaba temas de sus bandas favoritas (en especial de los Beatles), un poco de blues o de rock nacional. En los últimos tiempos de Emilio decidí mudarlo al cuarto de ella, para mantenerla un poco más lejos de la agonía de su papá. Ese piano le permitía distanciarse de aquel dolor, y ahora me permite a mí un ratito de paz, ese ratito que destino a bañarme, a preparar la comida.

Quizá en unas semanas esté en condiciones de arrancar su terapia, otra pata fundamental. Yo también estoy ansiosa por retomar la mía. Mi expsicóloga, que tanto me ayudó cuando fue lo de Emilio, me

contiene por teléfono y por chat, pero no veo la hora de poder hablarle cara a cara. «Cuidar a los que cuidan», me dice. «Cuidar a los que cuidan es muy importante». Y claro, quién sostiene a quien sostiene. Encima en un caso como el nuestro, solitas las dos… Lena está pendiente, chateamos tanto como sus obligaciones se lo permiten, pero pobre… El sábado va a pasar un rato por casa. También me ofrece quedarse unas horas y que yo salga a despejarme. Despejarme, oxigenar, cargar las pilas, cambiar de aire son metáforas imposibles para mí, al menos por ahora. Prefiero charlar con ella, tomar unos mates o un té, mirarla a los ojos y saber que comprende lo que estoy pasando. O al menos que hace un amoroso esfuerzo por comprender lo que estoy pasando.

13 de marzo

Hoy tuve que llamar a la farmacia y pedir que por favor me mandaran urgente un antiácido y una pomada con corticoides. Hace días que cualquier cosa que como me cae mal, y esta mañana amanecí brotada en el cuello y atrás de las orejas, por momentos me pica tanto que me arrancaría la piel. Llevaba años sin estos síntomas, los remedios que tenía estaban todos vencidos.

Ya sé que son los nervios, que es el estrés. Pero si lo sé, justamente, ¿cómo es que mi mente no puede comunicarle a mi cuerpo que se calme, que estoy tratando de resolver, que por favor no me la complique por otro lado?

Encima se me pasó el turno con la endocrinóloga que tenía para el mes pasado, me acordé cuando Lena me dijo que empezó con los calores y todo eso. El día que pueda ir, vaya a saber cuándo, la doctora me va a dar un sermón, es estricta con los horarios y se enoja con los pacientes que faltan sin avisar, una vez la escuché.

Son casi las doce. Martu se acostó ni bien terminamos de cenar y se durmió enseguida. Yo no tengo ni pizca de sueño.

Por ahí escribí que la noche multiplica los miedos, y claro que es verdad. Pero, además, la noche hace otra cosa. En su silencio, en su oscuridad, parece que nos agarra de la mano y nos lleva a un terreno de conjeturas, de posibilidades y conexiones que quizá nunca se nos ocurrirían a la luz del día. Y así, de repente, me sorprendo en la cama a la una, dos de la madrugada, con el libro abierto y sin leer una línea, preguntándome qué tal si al fin de cuentas todo esto tiene un sentido, una razón, si está pasando por o para algo.

14 de marzo

Lena dice que comprar en el súper desde casa tiene el enorme beneficio de que podés quitar cosas del carro sin morirte de vergüenza. Ella está acostumbrada a hacer malabares con los cierres de las tarjetas, a que la cajera pruebe con la Visa de un banco, de otro, y al final termina pagando la cuenta con un collage imposible que a veces incluye un pucho de efectivo. «Menos mi cuerpo, cualquier cosa», se ríe. Y aclara que "por ahora". Yo le digo que su teoría no me conforma, hoy en día a todos nos pasa más o menos lo mismo, ya nadie se pone colorado por probar distintos medios de pago, combinarlos, apartar unos palmitos o un acondicionador de pelo al otro lado de la cinta y preguntarle a la cajera «¿hasta ahí cuánto voy?». Las vergüenzas compartidas se atenúan. ¿O mal de muchos, consuelo de tontos?

En todo caso, lo que siempre me gustó de Lena es esa costumbre (esa manía a veces) de ver el vaso medio lleno. Y me gusta porque no es un optimismo idiota, voluntarista, una palmadita en el hombro pura ingenuidad. No, no es eso. Es otra cosa. Como un sentido práctico, sabe jugar las cartas que tiene de la mejor manera posible, acomodar lo que hay para sacar provecho, no enroscarse en lo que no vale la pena.

15 de marzo

Menos risperidona, más olanzapina. Y el clonazepam que ayuda a contener los estallidos, que nos devuelve aguas tranquilas cuando todo es turbulencia.

¿Qué somos los seres humanos? ¿Un cóctel químico nos gobierna?

Sé que me hago muchas preguntas, quizá algunas no tienen respuesta ni sentido, lo que importa es avanzar, hacer lo necesario para salir adelante. Pero, aunque las reflexiones sean inconducentes, yo las hago igual. De pronto tengo tanto tiempo… Ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que ordené la biblioteca, mi placar, el cuartito guardatutti (ese limbo donde conviven las cosas que ya no usamos pero que todavía no me atrevo a regalar por si las moscas…). No me arriesgo a prender la tele o a buscar una peli ni cuando ella duerme, se puede levantar en cualquier momento y hacer una conexión extraña entre vaya a saber qué y qué, y de nuevo el caos. Tampoco me da la cabeza para leer, soy incapaz de concentrarme. Lo único que hago es sentarme a escribir este cuaderno, casi siempre a la noche. Es un

diario y un registro y un intento de ordenar, de ordenarme. Quizá es también un intento de entender. A lo mejor algún día me sirve para juntar las piezas del rompecabezas que nos llevó a este desastre.

16 de marzo

Esta tarde me mandó un mensaje Yanina. Quería saber si este fin de semana (dijo este "finde", expresión que detesto) íbamos a conocer un bar irlandés que acaban de inaugurar cerca de Puerto Madero. Para bares estoy yo… De pronto todo me parece frívolo, todo me parece una tontería, como si la vida real, la única vida real, fuese la que transcurre con Martina en estas cuatro paredes.

Antes, en un antes que puedo medir en unas cuantas semanas, un antes que parece que fue hace un siglo y sin embargo fue ayer nomás, antes, a mi chiquita le gustaban muchas cosas: leer historietas, pintar mandalas, dibujar haditas y princesas. Tenía una colección de cómics y de mangas, y pasaba horas con ella. Compraba lápices acuarelables, lápices pastel, hojas rarísimas de distintas texturas y tamaños. Todo lo conseguía por internet o en una librería artística a la que iba con sus amigas. Nunca fue de muchas amigas, apenas unas pocas que compartían sus intereses. Sus intereses, ahora limitados a las teclas de ese piano a través del cual, fantaseo yo, su abuela vela por ella.

¿Qué fue de sus historietas, de sus mandalas y de sus haditas? Quizá lo mismo que fue de mi vida. Una vida que hace poco tiempo era una sucesión de clases de francés y pilas de exámenes por corregir. De tanto en tanto, unos tragos con algún señor surgido de las redes sociales que muy rara vez terminaban en algo más (era inevitable compararlos con Emilio, y ninguno le llegaba ni a los talones). Y una que otra salida con Yanina, al cine, a cenar o a conocer un lugarcito nuevo que se estaba poniendo de moda.

Pero de repente todo desapareció: las historietas, los mandalas, las haditas, las clases, los exámenes y los señores. El mundo quedó reducido a nosotras dos. Me culpo por no haber sido capaz de anticipar la tormenta. Justo yo, tan previsora.

17 de marzo

Venimos de un par de días buenos. Casi todo el tiempo que pasa despierta está tranquila. Son pocos los momentos en los que se le oscurece el gesto, se le endurece la mirada y vuelve a hablar de

conspiraciones. Y ahí el clonazepam de rescate. Y ahí de nuevo me repito que esto es un proceso, un camino largo, que hay que tener fuerza y paciencia.

No sé qué creerán las amigas de Martu. Desde el día que hizo pedazos el celular, perdieron todo contacto. Yo sé que antes, los ratos en los que estaba bien, chateaba un poco con ellas. Lo bueno es que andarán ocupadas con la facu y con los novios… si se contactaran conmigo no sabría qué contarles. Por mi parte, a Yanina le inventé una excusa convincente para evitar las explicaciones. No creo que pueda confiar en ella como en Lena, no creo que pueda abrirme. Y la otra semana inventaré otra excusa y así sucesivamente. No es algo que me preocupe ahora.

Ya le di la medicación y espero que de un momento a otro se duerma. Desde mi habitación escucho el piano. Y sé que cuando el piano suena todo está bien. Sé también que no va a volver a pasarnos lo de la primera noche de olanzapina. Yo se la había hecho tomar mucho antes de que se fuera a la cama, y ella quiso seguir haciendo cosas: darse una ducha, tocar un par de temas. Pero el sueño empezó a vencerla, y ella, a luchar, a resistirse. Estuvo horas dando vueltas en la cama, pegando piñas y patadas al aire. A cada rato se levantaba a hacer pis, y caminaba hasta el baño con los ojos cerrados. Estaba despierta y dormida, o dormida y despierta, no sé. Me decía que no podía respirar. Lloraba entre sueños. Fue horrible, muy horrible. Se durmió casi a las tres de la madrugada. Yo no pegué un ojo. Rogaba que al día siguiente no se acordara, pero mis ruegos no surtieron efecto. «Nunca más me das eso, ¿oíste? Nunca más», me dijo a la mañana. «Se me apagó el cerebro, mamá». Hablé con el psiquiatra, ajustamos horarios, quedamos con Martu en que primero hiciera todo lo que tenía ganas de hacer y recién después, cuando decidiera dormirse, le iba a dar las pastillas. A partir de ahí no tuvimos más problemas a la noche.

El cerebro de Martu necesita “desconectarse”, me explicó Suárez. Mi chiquita tiene que dormir mucho y bien para que eso que está ahí, desencajado, se acomode. Eso que no sé ni cómo ni por qué.

18 de marzo

Tengo pensamientos contradictorios. Por un lado, me digo qué distinto sería todo esto si yo estuviese en pareja, acompañada. Podría repartir el peso, la responsabilidad. Extraño a Emilio más que nunca, incluso por momentos me enojo absurdamente con él, como si el pobre hubiese tenido la culpa de morirse. Por otro lado, y acá veo la

contradicción, no me siento capaz de mover un solo dedo o una sola neurona por alguien que no sea Martu. Sé que sería injusta y desconsiderada con Emilio o con cualquier otro hombre, al margen de mi voluntad. Mi voluntad que apenas me alcanza para atravesar este día a día, esta montaña rusa.

Me pregunto si los recuerdos sirven, si suman o si restan. Quizá un poco las dos cosas. A veces me acuerdo de nuestras mañanas de sábado, del buen sexo de nuestras mañanas de sábado. Ahí teníamos el tiempo que nos faltaba en la semana, entonces nos relajábamos y poníamos algo de música suave. Casi siempre los boleros de Luis Miguel, porque a mí me gustaban. Me obsesionaba la idea de que Martina pudiese escucharnos. Era un trauma que arrastraba desde chica. Las pocas veces que mis padres tenían sexo estaban lo suficientemente borrachos como para no controlar el volumen de sus gemidos, y eso me marcó. Emilio decía que exageraba, que desde el cuarto de Martina no se oía nada, y que además nosotros éramos bastante silenciosos. Pero igual… También me gusta acordarme de nuestros paseos por San Telmo, mirando antigüedades. El mejor plan para un domingo. Y si era lluvioso, más lindo todavía.

Cuando nos pusimos de novios, yo le escribía poemas. Toda la vida me gustó la poesía, pero hasta ese momento jamás me había atrevido a mostrarle mis versos a nadie.

Emilio fue un lector voraz y curioso, igual que yo. Amaba a Saramago, me contaba todos sus argumentos, que casi siempre partían de hechos insólitos (una ceguera contagiosa que afectaba a toda la población, un lugar en el que ya nadie moría, unas elecciones en las que ganaba el voto en blanco). Me hacía enojar que me contara, me arruinaba las sorpresas, pero a la vez me encantaba. Me encantaba la pasión que le ponía a todo, a la vida en general. Era hermoso escucharlo.

Justo ahora me viene a la memoria la frase de la contraportada de Ensayo sobre la ceguera, porque discutimos mucho sobre esa frase:

DENTRO DE NOSOTROS HAY UNA COSA QUE NO TIENE NOMBRE,
ESA COSA ES LO QUE SOMOS

Es otra vuelta de lo que me vengo planteando en estos días. ¿Qué somos exactamente? No somos solo cuerpo, desde ya. Tampoco solo nuestras emociones. En gran parte somos nuestra memoria, por eso la gente que tiene esas enfermedades crueles y ya no puede recordar quién es o a quienes ama se va perdiendo, se va desdibujando. Y somos nuestra conciencia, las cosas que nos decimos acerca del mundo y de nosotros mismos, creo. Ese relato que nos hacemos, eso nos constituye. Por algo Martu deja de ser Martu cuando su cabeza le

cuenta algo distinto a lo que siempre le contó, cuando cambian sus creencias. ¿Es así, o soy yo la que estoy delirando? No sé… y al mismo tiempo me sorprende, me aterra y me maravilla que un pedacito de una pastilla pueda actuar sobre eso… ¿sobre lo que somos? Bueno, un pedacito cada cierta cantidad de horas y durante tantos días. Pero en el fondo no deja de ser lo mismo.

Cuánto lo extraño, cuánto extraño lo que teníamos, reírnos de las mismas cosas, hablar pavadas, hablar profundo. Con él fue todo diferente. Y con él esta pesadilla sería un poco más amable. Emilio, inteligente y sensible, entendería mis descuidos, mis olvidos, mis desganas. No me exigiría nada.

19 de marzo

Martu se está levantando cerca del mediodía. A veces a las doce y pico, a veces después de la una. Y yo la dejo. Me repito que el sueño es muy importante para que pueda empezar a estar mejor.

Una de las primeras cosas que le contó a Suárez es que venía de mucho tiempo de no dormir bien, en realidad, le dijo que hacía como un mes que no dormía. Lo de no dormir me parece una exageración, no sé. Pero la verdad es que en ese tiempo yo solía caer desmayada alrededor de las once, once y media, y cuando me despertaba de madrugada a hacer pis veía luz en su cuarto. No me gustaba, y de hecho siempre se lo decía. Aunque tampoco me parecía grave. Los pibes de hoy se pueden pasar la noche entera con la compu, con el celular, con los jueguitos, como yo en mi adolescencia me la pasaba leyendo una novela que me tenía atrapada. Era lo mismo, me decía, y con eso me tranquilizaba.

Es raro ver a mi chiquita aparecer en la cocina a la hora de almorzar, con la cara hinchada y el pelo revuelto. Martina, que hasta el año pasado amanecía a las seis y media, se pegaba una ducha y se tomaba el café con leche con tostadas mientras chateaba con sus amigas o repasaba para un examen. Martina, que desde tempranito se activaba y se ocupaba de lo suyo. Siempre eficiente, siempre responsable, siempre adelantada a su edad. No había que decirle las cosas dos veces. Me ayudaba a levantar la mesa, a lavar y a tender la ropa, y los días que yo trabajaba hasta tarde, incluso preparaba la cena. Una noche me sorprendió con una tortilla de zapallitos con zanahoria. Como sabe que me encantan las verduras, buscó la receta en un tutorial de internet y me dio la sorpresa. La carita de orgullo y de alegría que tenía aquella noche… Por eso es tan raro verla así. Pero claro, ahora lo raro se hizo común.

Martu, en muchos sentidos, fue una “antiadolescente”. Yo me reí del término cuando lo escuché por primera vez. Creo que a Yanina se lo escuché. Ella se quejaba de su hija, y me dijo con envidia: «Qué me vas a entender, si la tuya es una antiadolescente». A partir de ahí, adopté esa palabra. La usaba para describir a mi hija cuando se daban charlas en la sala de profesores del colegio. Por eso me pareció tan fuera de lugar que el psiquiatra en el primer encuentro le preguntara si ella “había consumido algo”. «¿Algo como qué?», dije, y mitad me enojé y mitad me reí por dentro. Igual, entendí que era lo que el profesional tenía que hacer, preguntar. Él mismo explicó el efecto que producen determinadas sustancias, y también lo leí en Wikipedia. Pero nada más lejos de la marihuana que mi chiquita. Ni que hablar de drogas alucinógenas, como el LSD y demás.

Pienso en la tortilla de zapallitos con zanahoria y se me hace un nudo en el estómago. Y es que parece que hubiese sido hace diez años y no fue ni hace tres meses. Para combatir el nudo en el estómago, respiro hondo y me repito que esto es transitorio, que va a pasar, y me repito también unas cuantas “verdades” de Google, sobre todo las que más me convienen.

Suárez me explicó que la mente necesita parar, imperiosamente lo necesita. Varias veces me lo explicó, se ve que no me entraba. O que me angustiaba demasiado verla al principio, sobre todo cuando parecía un zombi, cuando no había mucha diferencia entre Martu con los ojos cerrados y Martu con los ojos abiertos. Ahora entiendo, en mi lenguaje, que la cabeza precisa “resetearse”, los pensamientos de mi chiquita volaban a mil kilómetros por hora, imparables. En ese tiempo de reinicio, la cosa se calma, se ordena, se reestructura. Ciertas cuestiones químicas vuelven a un equis equilibrio. Equis equilibrio. Suena raro. Entre lo que me explican y lo que entiendo y lo que pongo de mí (deseo, necesidad, miedo, esperanza), también hay un equis equilibrio, y también suena raro. Pero acaso la vida sea eso, esa búsqueda del equis equilibrio, quizás.

Y además de que el cuerpo y la mente de Martu precisan de esas largas horas de sueño, yo también las necesito. No solo para dormir, para intentar recuperarme de ese cansancio irrecuperable (el de estar todo el tiempo en guardia), no solo necesito que ella duerma para dormir, no, también para regar las plantas, hacer cuentas, preparar el pedido del súper, intentar leer o pensar. Aunque eso, poner por un rato mi propia cabeza en otro lado, sea lo que más me cuesta. Dios.

Cuando Martu empezó a dormir varias horas de un tirón, yo empecé a hacer lo mismo que hacía cuando ella era bebé: aprovechaba. La acompañaba en su andar tambaleante hasta el cuarto y la acostaba. Volvía a la cocina a las disparadas, amontonaba los platos sucios en la bacha, me pegaba una ducha y me tiraba a

descansar. Al día siguiente, me despertaba temprano y lavaba los platos mientras me preparaba el café. El café, gran aliado en esos tiempos...

Ahora esa dinámica cambió. La combinación de clonazepam y olanzapina me aporta entre diez y doce horas de clemencia en las que, por momentos, puedo jugar a que la vida se parece un poquito a como era antes. Salvo por mis pensamientos, porque los pensamientos se niegan a participar de ese juego.

De hecho, hace un rato, mientras me cebaba unos mates en la cocina, me puse a pensar en las distintas clases de locos. Los locos históricos, los barriales, los de la familia. Como la Rubia, como el tío Cachito. La Rubia vivía a dos cuadras de casa, salía a barrer la vereda todos los días a las seis menos cuarto de la mañana, tarareando La Cumparsita. A la tarde hacía los mandados. Con los números era rápida, no se confundía la plata, y además tampoco tenía quien los hiciera por ella. Se iba del almacén o de la verdulería hablando sola, y algunas veces se ponía a gritar groserías. Con los chicos del barrio nos reíamos al verla pasar. Sí, nos reíamos. Al tío Cachito, hermano de papá, le daba por silbar la marcha peronista en la situación más inoportuna, mientras esperábamos que entrara una de nuestras parientes vestida de blanco a la iglesia, en medio del velorio de un conocido. Y claro, también nos reíamos. Sabíamos que no lo hacía de malo, que no lo hacía por provocar. El tío Cachito era capaz de largar un eructo de duración kilométrica durante la firma de una escritura o de gritar "vivan los novios" en la cola del supermercado. Algunos decían que era un loco lindo. ¿Qué es ser un loco lindo? Pobre tío Cachito, cada dos por tres se le disparaba vaya a saber qué y se quedaba afuera de la realidad, por lo general un rato. Una vez, yo tendría doce o trece años, estuvo internado varios meses, nunca se hablaba de eso. El tío Cachito fue uno de los antecedentes que le mencioné al psiquiatra, junto con las insufribles depresiones de mi abuela, que en la familia se atribuían más a un capricho fruto del aburrimiento que a otra cosa. Qué injusto me parece ahora, ahora que entiendo un poco más. No sé qué tiene de divertido desconectar de la realidad. No sé qué tiene de caprichoso deprimirse. Y cuando pienso en los locos célebres, me acuerdo de Juana la loca, de van Gogh… cuánta liviandad al contar que se cortó una oreja y se la envió a la prostituta de la que estaba enamorado. Cuántas verdades deformadas, cuántos mitos, cuántas burlas alrededor de los trastornos psiquiátricos.

La semana pasada, leí un cuento de Guy de Maupassant en una antología. Hoy en día busco siempre cuentos porque es poco el tiempo que puedo mantenerme concentrada, la cabeza no me da para más. Ese cuento de Maupassant era precioso, se llamaba «La cita». Al final del libro, había una breve biografía de los autores. Leí la suya, y lo

que leí me llevó a buscar en internet. Ahí encontré referencias a sus crisis nerviosas, episodios de demencia y pánico, y supe que murió en una clínica psiquiátrica a los cuarenta y dos años. Como en internet una cosa lleva a la otra, leí sobre Edgar Allan Poe, Raymond Carver y muchos otros. Alcoholismo, abuso de drogas, problemas mentales, suicidios, muertes tempranas… Qué habría sido de la vida de tantas personas que han sufrido en su momento, si hubiesen contado con los avances de la medicina de hoy. Antes no existían drogas capaces, por ejemplo, de "desafectivizar" una idea, como me explicó mi psicóloga, de permitir que la idea aparezca, sí, pero que ya no genere ira, tristeza o lo que sea que altera al paciente…

Tampoco existían drogas que ayudaran a estabilizar el ánimo o a eliminar las alucinaciones. En el fondo, Martu y yo tenemos suerte de estar viviendo este tiempo, con esta posibilidad de ayuda. Ayuda a la que (no puedo dejar de pensarlo) accedemos porque tenemos con qué: una prepaga con una nómina larga de profesionales, dinero para pagar las consultas en caso de elegir alguno que no figura en cartilla, descuento en la medicación, etc… ¿Qué sería de mi chiquita sin todo este soporte? Sin plata, sin buenos profesionales, sin contención familiar. Y si lo tuviera, pero solo parcialmente, ¿qué sería de ella? Es cierto que en nuestro país funciona la salud pública, pero incluso para llegarse a un hospital hay que tener quien nos acompañe y unos pesos para el colectivo. Si no se tiene siquiera eso, ¿qué? Son preguntas que una se hace. Quizá no tengan mucho sentido, o quizá sirvan para darse cuenta de que las cosas siempre podrían ser peores. Un consuelo tonto. ¿Un consuelo tonto?

Además, hoy me rebelo contra la concepción romántica de la locura. La que le otorga un halo de magia o misterio. Por algo se habla de la genialidad de los locos, de los locos geniales. Solamente a alguien que no esté o no haya estado en contacto con este dolor (a alguien como yo misma, hasta hace muy poco) se le puede ocurrir que el sufrimiento psíquico tiene un parentesco con cierta gracia, con cierta excentricidad… Solamente alguien así puede no captar que es una cosa tan pero tan espantosa.

20 de marzo

Esta mañana amanecí en la vereda, a eso de las seis, en camisón y fumando, descalza. En camisón y descalza, con el fresco que hacía. No sé ni cómo llegué ahí. Me preocupa, me preocupa mucho. Volví en mí cuando se me acercó Aída, la almacenera. Me dijo que ella estaba desde tempranito porque hoy pasaba el hombre de Tandil que le traía

los salames caseros, y que siempre aparecía antes de las siete. Ahí le pregunté que cómo antes de las siete, y me dijo la hora. Recién entonces me miré. El camisón de florcitas lila, el pucho en la mano, el atado y el encendedor atrás, en uno de los escalones de entrada. Aída me abrazó y me dijo: «Vamos, mujer, que te va a agarrar un catarro». Me acompañó adentro y se ofreció a prepararme un té. Yo, que de pronto sentí que me moría de la vergüenza, no le acepté la oferta, pero le agradecí mucho. Aída en ningún momento me preguntó nada, nada de nada. Creo que no hizo falta, sus ojos entendieron todo.

21 de marzo

Hoy empezó el otoño, aunque el otoño empezó hace rato para mí, para nosotras. Empezó hace cuarenta y cinco días. Cuarenta y cinco días. El tiempo que había leído, en un portal de medicina, que duraba un brote psicótico. El tiempo al que me aferré. Sabiéndolo o sin saber, el tiempo que venía calculando.

Y no. Y no se terminó nada. Y pasaron los cuarenta y cinco días, pero Martu no vuelve a ser Martu. Por momentos todavía se le opaca la mirada. Sus hermosos ojos miel de nuevo se hacen negros, y el plato de tallarines vuela por los aires y me grita «sos una mieeerda, vos tenés la culpa», y me derrumbo sin mostrarle que me estoy derrumbando, mientras siento que todo vuelve a empezar. ¿No era que estaba mejor? ¿No era que había empezado a hacer efecto la medicación? Entonces no sé si creerles a las mentiras de Google o a las verdades del psiquiatra, porque no sé si estoy preparada para enfrentarlas.

Qué distinta era la vida que yo imaginaba para nosotras hasta hace muy poco. Yo con mis clases, Martu cursando las primeras materias de Abogacía. Mientras la mayoría de los adolescentes daban vueltas y vueltas pensando en su futuro, les hacían gastar un dineral a sus padres en cursos de orientación vocacional e incluso se permitían “un año sabático” después del secundario, Martu hacía mucho tiempo que había definido su rumbo. Iba a ser abogada como su padre, y lo eligió libremente, sin que yo la presionara.

Cuando lo comentaba en el trabajo, algunas compañeras me decían que era raro. «¿Raro por qué?», les preguntaba yo. Y entonces empezaban con una cantinela que ya había oído muchas veces: que quién puede tener el futuro tan claro a los dieciocho o diecinueve años, que lo normal es explorar, tomarse un tiempo, intentar por un lado y por otro, equivocarse quizá, emprender un proceso de autoconocimiento y qué sé yo qué. Pura envidia, eso me parecía. Pura

envidia. Igual que Yanina, ella se la pasaba protestando contra su hija y le caía pésimo que yo le contara que con Martu no tenía los mismos problemas. Entonces, cuando podía me atacaba. Como si el bicho raro fuese la mía. Claro, hoy en día el bicho raro es la tranquila, la que no fuma, la que no consume nada extraño, la que no anda hoy con un pibe, mañana con otro…

Igual no sé, no sé qué sentido tiene pensar ahora en todo eso. Cambiaron los planteos y las urgencias, la vida es otra. En tan poquito tiempo, la vida es otra. Y ni siquiera nos da un respiro para procesarlo, para acostumbrarnos.

Hace un ratito hablé con Suárez. Hay que ajustar la medicación, aumentar dosis, evaluar cambios. Modificar "el plan". Escribo esto y lloro. Lloro para adentro, como me acostumbré a llorar. Lloro, pero estoy tranquila, oigo que suena el piano: Let it be, let it be… Y sé que mientras el piano suene, puedo respirar.

23 de marzo

Esta mañana sonó el timbre alrededor de las diez. Yo justo estaba mirando un portal de noticias, angustiándome un poco, pero con dramas ajenos para variar. Miré la hora y pensé qué raro. Hoy no llegaba ningún pedido ni era día de reparto de bidones de agua… El cartero, capaz, y otra maldita boleta. Antes de sacar la llave de mi pantalón, chequeé que Martu no hubiera bajado las escaleras en silencio y no estuviese a mis espaldas esperando que yo abriera para darme un empujón y salir. Escaparse sigue siendo su obsesión, el principal motivo de sus estallidos de ira, de sus insultos. No, no estaba detrás, seguro seguía durmiendo. Así que abrí antes de que el timbre sonara de nuevo.

Me quedé helada al ver que era Euge, la mejor amiga de Martina. Quería saber qué pasaba que Martu no le respondía los mensajes ni a ella ni a las otras chicas. La hice pasar, le serví un vaso de jugo y nos pusimos a hablar bajito.

Le conté una versión resumida y un poco light, aunque no sé si logré mi cometido, porque Euge abría los ojos desorbitadamente y por momentos le asomaban lágrimas. Igual que a mí. Le pedí discreción, por favor, creo que casi todo el tiempo yo tenía las manos juntas como en un rezo. «Sé cuánto la querés a Martu, y si Dios quiere todo esto va a pasar, y el día de mañana va a ser solamente un mal recuerdo», le dije. Euge me seguía mirando sin hablar. Le expliqué que me preocupaba mucho que la gente supiera, que empezara a hablar, que dijera cosas que no son… o que quizá sí son, pero mejor que no las

dijera. «Vos viste lo que es, cualquiera te juzga, cualquiera te pone una etiqueta y después andá a sacártela. Imposible, una vez que te rotulan, sonaste». Pensé que Euge no me entendía, y le comenté que el psiquiatra incluso había preguntado la primera vez que fuimos, cuando entramos juntas, si Martu había consumido "alguna sustancia". Al parecer, muchas veces el consumo de cierto tipo de drogas inducía estos estados. «Se nota que él no conoce a Martina ni las conoce a ustedes», le sonreí. Y seguí y seguí, que seguramente estaba acostumbrado a tratar con otra clase de jóvenes, no chicas sanas como ellas, que jamás de los jamases iban a… Y Dios mío. Las lágrimas que le empañaban los ojos estallaron, y provocaron las mías. Euge empezó a hablarme entre espasmos, que unos pibes que habían conocido en Bariloche con los que después se siguieron juntando, que porro seguido, que merca solo una vez, pero que pepa… «¿Pepa? ¿Qué carajo es pepa? ¿De qué me hablás, por Dios?». Ella lloraba cada vez más, y yo la sacudía de los hombros. Decía perdón, consumo social, ácido, mal viaje, y otra vez perdón, no fue tanto, papel, pastilla, nunca pensamos…

Esa que estaba ahí, sentada en mi cocina, no era Euge, la Euge que yo conocía desde el preescolar de Martu, la que no faltó a ninguno de sus cumpleaños, la que se quedaba a dormir en casa, la que incluso vino con nosotros de vacaciones algún verano. No era la Euge que yo conocía, no.

Después de un rato en el que dijo más cosas insoportables, espantosas, le serví otro vaso de jugo y se fue, entre llantos y perdones y que por favor la tenga al tanto y que me prometía que no iba a hablar con nadie.

Cerré la puerta y terminé de derrumbarme. Se me cayeron encima miles de preguntas, y me aplastaron. Si Euge no era la Euge que conocía, ¿quién era Martu, mi chiquita? ¿Y yo? ¿Qué tenía que hacer? ¿Llamar a la mamá de Eugenia, a quien trataba hacía tantos años, con la que habíamos planeado los detalles de sus fiestas de egresaditos y egresados, con la que habíamos ido a comprar los vestidos de Comunión y las camperas para Bariloche? Era un acto de traición no llamarla, ¿o era un acto de traición llamarla? Euge me había suplicado que no dijera nada a las mamás del grupo, que «si se enteran, nos matan». ¿A quién debía mi lealtad? ¿A las chicas o a esas madres? Madres indolentes, concentradas en su propio ombligo, incapaces de darse cuenta de que sus hijas llegaban a casa con olor a porro o que habían consumido cualquier otra mierda. Madres desatentas, imbéciles, descuidadas… madres como yo.

II

Pasa el índice con suavidad sobre su lágrima del pasado. El papel quedó un poquito más duro y arrugado justo en la línea de la culpa: Madres desatentas, imbéciles, descuidadas… madres como yo. No había sido la primera vez que la culpa la agarraba del cuello, no. Y tampoco sería la última. Sin embargo, Sonia ahí reconoce un quiebre. Un quiebre más, dentro de ese gran quiebre, doce años atrás.

Apoya el cuaderno encima de la cama.

Entra en el baño, se quita la ropa y la mete en el canasto. Abre la puerta de la mampara y la canilla de la ducha. Sabe que esta noche no podrá hacer otra cosa más que leer aquellas páginas, más que revisitar el infierno.

Deja que el agua le corra por la piel como el tiempo le corrió por la historia. El tiempo, que se alió con la memoria, con las trampas de la memoria, para que poco a poco quemara menos. Esas trampas sutiles que hacen huecos y manchones, que desdibujan y deforman y dan paso al olvido, al olvido esencial, imprescindible.

A medida que fue avanzando en la lectura, Sonia se sorprendió ante la magnitud de los espacios en blanco, de los benditos espacios en blanco que la preservaron de revivir inagotablemente el horror.

Cierra la canilla, abre la mampara y se estira hacia el perchero. Mientras el toallón la abraza, permite que también la abrace el perdón. El perdón a sí misma, a la madre que pudo ser.

Ya en el dormitorio busca en el cajón una bombacha y, debajo de la almohada, su piyama de algodón.

Va a la cocina, se prepara un sándwich de queso y otro té, esta vez de tilo.

Regresa a la cama. Mira de refilón el reloj, qué importa quedarse leyendo toda la madrugada. Pocas cosas importan ahora, doce años después.

24 de marzo

Si no hubiese sido por Lena, no sé… no sé. La llamé apenas Euge se fue, y dejó su trabajo, dejó todo por mí, para venir a escucharme. Lo que lloré con ella no tiene nombre, pero me hizo bien, me hizo mucho bien.

Martu se levantó a mediodía, bastante tranquila, y Lena preparó el almuerzo para las tres: unos tallarines al pesto riquísimos. Fue como

una caricia, y no me había dado cuenta de lo que necesitaba yo una caricia…

Después de comer, Martu tomó la medicación y estuvo casi toda la tarde tocando temas de Spinetta en el piano. Lena me dijo que no creía que fuera buena idea que le planteara por ahora el tema de las drogas, que lo hablara más adelante, cuando la crisis estuviera superada. "La crisis superada": agradecí en silencio ese voto de fe. Lo necesitaba tanto como la caricia del almuerzo.

Acordamos que va a venir una vez por semana para quedarse con Martina, así yo retomo mi terapia. «Es clave, Sonia. No podés seguir enfrentando esto sola», me dijo. Traté de explicarle que no estaba sola, que la tenía a ella, que lo tenía al psiquiatra… pero enseguida me rendí. Lena tiene razón, empiezo a sentir que preciso una red para sobrellevar esto.

La noche fue difícil. Después de la ducha, Martu no salía más del baño. Como siempre, la esperaba afuera, hablándole a cada rato para asegurarme de que estaba bien. Al salir, se había cortado el pelo con una tijerita escolar que yo no tenía en el radar, y se había tirado un frasco de agua oxigenada encima. Su hermoso pelo castaño absolutamente arruinado. Entendí que planeaba escaparse (llevaba varias remeras y buzos, doble pantalón) y que creía que así no podrían identificarla. De nuevo gritos, insultos, forcejeos y clonazepam de rescate. Quizá la única ventaja es que ya no necesito llamar antes al psiquiatra, sé manejar una situación de emergencia y le cuento después. Pero quién me salva del desgarro, quién.

Al rato le mandé un mensajito a Lena, que algo entiende de peluquería. «Tranquila, mañana a la noche paso con una tintura y un par de tijeras. El pelo se arregla, descansá». El pelo se arregla, sí.

25 de marzo

Le quedó lindo, sé que Martu nunca hubiese elegido cortarse así, pero la verdad es que las manos mágicas de Lena lograron hacer un milagro del desastre. Antes de que ella llegara, le consulté a Suárez y le di a Martu un refuerzo de clona. Me preocupaba el tema de las tijeras. Y encima había pasado una tarde difícil, poco piano y mucha "información que le mandaban por internet". Al parecer ahora hay dos bandos: los que quieren matarla (entre los que a veces, no siempre, me incluye) y los que luchan para salvarla.

Lo escribo, freno, leo y se me hiela el cuerpo. Parece que lo tomo con absoluta naturalidad, y quizá algo de eso hay. Una se va acostumbrando a que el clonazepam sea el clona, a que la risperidona

sea la rispe y a que la olanzapina sea la olan. Son como apodos, ¿modos de confraternizar, de amigarse con la situación?

Dicen que todos los refranes tienen algo de sentido. Pienso en eso de que "a los locos hay que darles la razón". El otro día mi terapeuta me dijo que no debía confrontar con Martina. «Cuando delira, vos no interactuás con ella, sino con una idea». Me costó muchísimo entenderlo, incluso al principio me rebelé. ¿Cómo que mi hija es una idea? ¿Cómo que no estoy hablando con Martu, sino con un montón de incoherencias? Me angustié, lloré, puteé, y al final le terminé cortando el teléfono. Entonces me fui a mirarla dormir, no eran ni las once de la mañana. Mientras le quitaba unos mechones de la boca me pregunté adónde se había ido mi chiquita, qué mierda era todo esto. Y ni bien salí del cuarto, llamé de nuevo a la psicóloga y le pedí disculpas. Me dijo que no tenía por qué, que me entendía. La única que entendía cada vez menos era yo…

A partir de aquella mañana decidí seguir el consejo. Ya no contradigo a Martu, por más inconsistente que sea lo que dice. Y la verdad es que no volvió a ponerse agresiva, del modo en que se ponía cuando yo intentaba convencerla de que sus argumentos no tenían ni pies ni cabeza. Es un delicado equilibrio: ni afirmar ni negar, mantenerse al margen de los comentarios más descabellados.

"A los locos hay que darles la razón". No existen palabras para expresar lo que me duele encerrar a Martu en esa condición. Me conformo, me contento, me esperanzo con la idea de que solo sea temporalmente.

26 de marzo

A veces se pone a llorar y dice que parece Willy Wonka, que parece Cristóbal Colón. Me muero de pena y de ternura, entonces la abrazo y le digo que es lo de menos, que el pelo crece pronto. Aprovecho tanto esos ratitos de cercanía… Espero que sea solo lo del pelo, que no repare en el inevitable aumento de peso que viene de la mano de la medicación. Me lo advirtieron el psiquiatra, la psicóloga y todos los sitios de internet que consulté. Por supuesto que también esto es lo de menos, pero Martu era muy coqueta y solía estar pendiente de su figura. Sin llegar a obsesionarse, le daba importancia. Por eso ruego que no repare en eso ahora. Se la pasa vestida de entrecasa, con pantalones viejos y estirados, no hay razón para que note que sus jeans y sus chupines seguramente ya no le cierran. Yo le veo la carita hinchada, las caderas más anchas y un poco de barriguita. Lo veo y me importa un carajo, desde ya. Pero me da mucho miedo que ella se

lo cuestione, justo ahora que está tomando sin problemas la medicación. Si otra vez se planta y me la escupe, si tengo que volver a dársela triturada y a la fuerza… No sé, creo que no voy a poder. Me estoy quedando sin resto.

27 de marzo

Hoy me tocó el timbre Aída, la almacenera. Era la hora de la siesta. Me dijo que no quería molestar, que solo pasaba para saber cómo estaba y para dejarme un dulce de higo que el hombre de Tandil le había traído. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Le tuve que insistir mucho para que pasara, porque ella me decía que no y que no, que lo único que quería era alcanzarme ese dulce que estaba para chuparse los dedos. Le dije que por favor, que Martina dormía y que un ratito de compañía me venía bien. Recién ahí entró.

Preparé té para las dos, y nos sentamos en la cocina. Se disculpó por no haber pasado antes. «Perdón, m´hijita, es que mi marido anda con presión alta, sabés. Y para colmo es diabético, tuve unos días bravos». Yo la agarré de las dos manos y nos quedamos un poquito así, mirándonos. No me pidió que le contara nada, nada de nada, pero yo me sentía tan cómoda… más que cómoda, sentía que estaba calentita, como si con sus manos y su mirada hubiese encendido un fuego alrededor del que podíamos distendernos y conversar. Qué raro, pensé, si hasta ese momento éramos casi desconocidas. Un saludito, un comentario superficial… Claro que esa madrugada en la que me encontró fumando en la vereda había cambiado algo entre nosotras, algo fundamental. La cuestión es que me sentí tan cómoda que le conté muchas cosas, mientras ella me seguía abrigando con su mirada. Después me habló de su hermano, un muchacho que tenía esquizofrenia. «Hace muchos años, querida, no existían las drogas y los tratamientos que existen hoy. Además, mis padres tardaron mucho tiempo en darse cuenta de lo que pasaba, en consultar. Cuando él decía que en el colectivo lo miraban mal, que en la calle lo seguían, le decían cualquier pavada para dejarlo tranquilo». Ella pensaba que quizá, de haber recibido ayuda a tiempo… «Empezó con lo de la persecuta a los dieciséis añitos, imaginate, pobre ángel. Hubiese tenido una vida completamente distinta». Era muy difícil estar con él, me dijo. Tenía épocas muy complicadas. Una sola vez consiguió trabajo, en un mercadito de barrio, lo tenían en el depósito porque "no servía" para tratar con la gente, nunca se sabía con qué podía salir. «Su trabajo era poner etiquetas a las frutas justo en el lugar donde estaban picadas, para que las compren igual. Un chico

inteligente, que antes de esto escribía cuentos, dibujaba, si vos vieras…». Después, cuando ya no pudo ni siquiera sostener ese empleo, consiguió una pensión por invalidez. «Al morir mis padres no quedó otra que internarlo. Yo tenía a mis hijas chiquitas, no podía traerlo conmigo». Aída lloraba, y no me atreví a preguntarle más.

28 de marzo

Y cuando ya nos creo un poco a salvo, al menos un poco, como para darme "el lujo" de pensar en los efectos adversos de la medicación, en los kilitos de más, en el pelo de Martu… justo ahí, de nuevo los índices en las sienes, las mandíbulas tensas, la furia en los ojos, los gritos. «No sabés lo que es esto, no se aguantaaa». Y entonces me pregunto si no soy yo, si no es mi propia estupidez, la que me lleva a pensar en esos asuntos totalmente irrelevantes, mientras el tema vital, la cuestión de fondo, sigue en carne viva. O tal vez no es mi propia estupidez, creo que es mi necesidad de un cable a tierra, de descomprimir, de poner, aunque sea unos minutos, la cabeza en otra cosa.

29 de marzo

Ayer pude tener una sesión como Dios manda con mi psicóloga. Por primera vez en todo este tiempo, nada de chat ni de llamados, un encuentro cara a cara. Gracias a la generosidad de ella, que me buscó un lugarcito en su agenda cargadísima. Y gracias a la generosidad de Lena, que va a venir cada semana a quedarse un par de horas con Martu. «Un par de horas, Sonia», me aclaró que nada de ir y venir corriendo. «Tomate un ratito para un café, para caminar, para ver gente».

Y vi gente. Me sorprendió el otoño que se inicia con sus temperaturas más agradables, con sus colores. Pero por sobre todo me sorprendió ver que la gente sigue adelante con su vida.

La vecina del dúplex de al lado charlaba con el muchacho del puesto de flores de la esquina. El encargado del edificio de la avenida chusmeaba con una señora, con los brazos en jarra y una sonrisa sobradora. El pibe de la rotisería, apoyado en su motito, parecía estar esperando que saliera un pedido para ir a llevarlo. Saludé a quienes no me quedó otra que saludar, pasé rapidito y sin dar tiempo a nada, a ninguna pregunta, a ninguna curiosidad o asombro. Eran conocidos

del barrio, cómo contarles. Aunque, la verdad, tampoco le había contado a mi hermana ni a Yanina ni a mis compañeros de trabajo. No quiero hablar del tema, por muchos motivos. No quiero hablar de algo que ni siquiera entiendo.

Sí, la gente sigue con su vida. Para ellos es posible seguir, mientras la mía y la de Martu se detuvieron de repente, se quedaron en suspenso, un suspenso cruel, sin poder aferrarnos a un plazo, a una fecha, a una expectativa. La única expectativa es quién sabe…

Dios.

¿Cómo es que mi chiquita, diecinueve recién cumplidos, ocho setenta y seis de promedio en el secundario, de pronto habla de asesinatos y conspiraciones? Y de que la van a venir a buscar porque ella es la próxima, y la elegida. Y a veces se le da por decir que sí, que se lo merece, porque es su culpa, su culpa, su gran culpa.

¿Culpa de qué? No, no le pregunto, porque la psicóloga también me dijo que Martina no tiene respuestas, y que acorralarla con preguntas es otra forma de desatar su violencia.

Lo que sí me pregunto todo el tiempo es por qué a mí, por qué a nosotras. Por qué. ¿Acaso no les pasa a otros? ¿Dónde están los demás? ¿Guardados dónde, silenciados dónde? De esto no se habla. ¿Será por vergüenza? ¿Vergüenza de qué, frente a quién?

30 de marzo

Ya no quiero contar los días desde que esto empezó. No quiero. Pero igual de vez en cuando lo hago, casi sin querer.

Releo lo que escribí y vuelvo a la idea de la vergüenza, de la culpa, del miedo. Emociones de mierda, emociones que no sirven para nada pero que son inevitables, no sé por qué. Vergüenza de contar lo que le pasa a mi hija, incluso en el trabajo, donde podrían darme una licencia por atención de familiar que me ayudaría, que me permitiría preocuparme menos (un poco menos) por la plata… porque el tiempo pasa y los ahorros no son de goma, porque la medicación y los profesionales y blablablá. Me aburro de pensarlo, de escribirlo, de volvérmelo a plantear. Miedo del estigma que podría recaer sobre mi chiquita, más que miedo: terror. Terror a que esto sea una cruz en su vida. Porque en el fondo sigo aferrada a la esperanza de que va a pasar, de que va a ser un incidente que quedará en un recuerdo borroso, lejano. Si algo le pido a Dios es que así suceda. Es lo único que le pido a ese Dios que me sobreestima, que me cree capaz de cargar más de lo que puedo, que ya bastante me castigó quitándome tan joven y con tanto dolor al amor de mi vida… pero hasta eso le

perdono, hasta eso, si a cambio permite que Martu pase la página y siga adelante.

1 de abril

Los últimos días no fueron fáciles, hubo que volver a ajustar la medicación, y sé que me puse pesada exigiéndole a Suárez un diagnóstico. Pasó mucho tiempo ya, y él dice que hay que seguir teniendo paciencia y viendo la evolución, que estos procesos son largos, que me mantenga fuerte. «Vamos, Sonia, Martina la necesita entera». Entera, qué buen chiste. De pronto me agarra una desesperación porque quiero que me diga qué nombre tiene esto, cómo se llama. Tampoco sé si sirve, tampoco sé si va a traerme alivio o desesperanza. Pero va a traerme algún grado de certeza, qué sé yo.

Todo es miedo. Miedo a no saber. Miedo a saber. Miedo a lo desconocido y a lo conocido. Miedo a la confirmación y a los quizá.

«No entiendo, doctor», lloraba yo. Una angina la entiendo, una neumonía también. Lo que se puede ver en una placa, en una ecografía, en un recuento de plaquetas, eso se entiende. Pero esto… Cómo se explica que mi chiquita hasta ayer nomás era la de siempre y ahora… y ahora.

2 de abril

Es el infierno, el infierno es no reconocer a tu hijo, mirar en sus ojos y no encontrarlo. No ver ahí a esa personita que tuviste en tu panza, que esperaste con amor, que acunaste, que alimentaste, que abrigaste… esa personita a la que le contaste cuentos y le espantaste monstruos, a la que acompañaste en cada paso de su crecimiento, a la que le celebraste cumpleaños, a la que le curaste fiebres y raspones… Es el infierno, es el abismo no verla ahí, en sus ojos. Tener la incertidumbre de si va a volver o no, si esta pesadilla es transitoria o definitiva. No se me ocurre algo peor.

Ayer la oía tocar el piano y bajé a la cocina a preparar una salsita para los ravioles. Veníamos de una tarde tranquila. Me sentí tan entusiasmada que hasta se me cruzó la idea de tomarme una copa de vino mientras cocinaba. Y de pronto, no sé ni cómo, porque juro que fue más rápido que ese pensamiento, la tuve a mi lado gritándome «¡Basura, sos una basura, y yo que confiaba en vos, ojalá te mueras!». Y el puño de Martina se detuvo a un centímetro de mi cara. No sé qué

me dolió más. Si lo que me dijo, la posibilidad cierta de que me golpeara o reconocer mi miedo. Miedo. ¿Le tengo miedo a mi hija? Dios.

3 de abril

Anoche me acosté y empecé a levantarme cada cinco minutos para hacer pis. Horrible. No desconocido, pero horrible. «Próximamente, infección urinaria», anunciaba mi cuerpo. Tuve muchas, muchísimas a lo largo de mi vida. La primera, a los veintidós o veintitrés años. Como no tenía idea, porque nunca me había pasado, la dejé estar, creyendo que el dolor en la zona de las lumbares era un dolor de cintura común y corriente. Cuando al fin caí en una guardia y el médico me golpeó suavemente con el filo de la mano a la altura de los riñones, creí que me moría. A partir de ahí, una de tanto en tanto. Visité clínicos y urólogos, me hice ecografías, urogramas, incluso un tratamiento con vacunas para prevenir las bacterias más frecuentes… Y nada. Después de un tiempo vuelven. Lo bueno es que con los años aprendí a identificarlas con los primeros síntomas, y eso que tuve cuadros de todo tipo: con y sin cistitis, con y sin hematuria, con dolores en las lumbares, con dolores en la zona pélvica o en la abdominal. Me convertí en una experta.

A pesar de las mil idas al baño, en un momento de la madrugada logré dormirme. Y hoy, en cuanto me levanté y fui a hacer pis… Dios mío. No era pis con sangre, era solo sangre, muchísima. Me levanté del inodoro, me sequé, esperé. Bajé la tapa, volví a sentarme y me quedé ahí, llorando. Sangre. Lágrimas. Pis. No puedo enfermarme ahora. No-pue-do. Ahora no. Es lo único que se me ocurrió. Y es la verdad.

4 de abril

Lo bueno de lo malo (hoy más que nunca trato de pensar en lo bueno de lo malo) es que sabía qué antibiótico podía tomar. Y sí, me automediqué. No debía hacerlo, no está bien hacerlo, no me gusta hacerlo, pero lo hice. Encargué en la farmacia un antibiótico de los que suelen recetarme. Lo tuve que pagar sin el descuento de la prepaga: mal menor. Quizá con eso mi cuerpo se haga más resistente frente a una nueva infección: ya veremos. Lo bueno de lo malo, los males menores, patear las consecuencias… A veces siento que no soy

yo, pero hago lo que puedo.

Aprovechando que hace un rato Martu toca blues, me fui a la biblioteca a buscar La enfermedad como camino, un libro que consultaba bastante en otras épocas y que incluso regalé mucho. Siempre me pareció interesante, porque relaciona las afecciones físicas con la psiquis. Transcribo:

En la cistitis o inflamación, el escozor al orinar indica claramente cuánto duele al paciente "dejarlo correr". Las frecuentes ganas de orinar sin evacuación de líquido o con una evacuación mínima denotan incapacidad de desasirse de un tema, a pesar de la presión. En todos estos síntomas, hay que recordar que las sustancias o, en su caso, temas que hay que dejar correr, ya están pasados y no representan más que lastre.

Las afecciones de la vejiga plantean las siguientes preguntas:

1. ¿A qué cosas me aferro, a pesar de que están superadas y esperando ser evacuadas?

2. ¿Qué hace que yo mismo me someta a presión y la proyecte sobre otros (un examen, el jefe)?

3. ¿Qué temas superados tengo que dejar correr?

4. ¿Por qué lloro?

La respuesta a la última pregunta me parece evidente. Pero también pienso, y quizá los autores del libro sean dos genios, que a lo mejor las preguntas anteriores no solo remiten a la infección actual. Si estas infecciones me vienen torturando desde los veintipico, ¿no esconderán algo más que la escherichia coli y las pseudomonas?

5 de abril

En el medio del caos yo, religiosamente, me sigo depilando las piernas todos los viernes. Vaya a saber por qué muchas veces, en mitad del naufragio, las mujeres tenemos la necesidad de pintarnos las uñas o delinearnos los ojos. O no, "vaya a saber" no… Sí sé, lo sé bien. Es lógico, es esperable. Precisamos que en plena incertidumbre alguna rutina se mantenga. Y si es una rutina agradable, mejor. Y para mí es importante pasar las manos por mis piernas y sentirlas suaves. Por lo menos eso.

Esta tarde me quedé un buen rato mirando en el espejo a una mujer parecida a mí. Una mujer con las puntas del pelo secas, las raíces crecidas, bolsas en los ojos y una palidez de muerte. Llevaba un jean elastizado viejo y deformado, un suéter de varias temporadas atrás.

¿Era yo? ¿Esa soy yo? Sí, me recordó a mi imagen en la época del posparto. Y a lo mejor, después de todo, de alguna manera este también es un posparto. Aunque no es una la que acaba de nacer, no es solo una.

6 de abril

«No tenés que tomarte en serio lo que te dice», me explicó la psicóloga. Mil veces me lo explicó. Ya sé que estoy hablando con una idea, que Martina delirante es una idea, no es mi hija. Pero qué dolor. La terapeuta no tiene idea de lo que sentiría si le pasara lo mismo con uno de sus hijos… No, sé que no es el camino enojarme con los profesionales que me están ayudando. Aunque a veces no sé adónde direccionar mi bronca, mi frustración, mi tristeza… y muchas otras emociones para las que no tengo palabras, porque son extrañas, desconocidas, y horribles todas.

7 de abril

Hace un rato me pidió esmalte para las uñas, se las quiere pintar de azul. Ojalá sea un paso para adelante, qué sé yo, ya no sé qué pensar. Nunca se había pintado de azul, de un brillito no pasaba. Igual, tampoco puedo salir a comprar, tengo que esperar mi próximo día de terapia.

Eso me llevó a pensar en mamá, en sus uñas larguísimas, filosas, siempre pintadas de rojo. Uñas enemigas, todavía me guardo en la piel sus arañazos y sus pellizcones. A veces sueño con eso.

Qué poca abuela fue mi mamá. No, poca no. Decir “poca” es demasiado.

La abuela de Martu, la verdadera, fue mi suegra. Los pocos años que tuvieron juntas (galletitas de coco caseras que eran un enchastre en la cocina y harina hasta en la nariz, cuentos leídos y cuentos inventados, montañas de papas fritas, risas contagiosas) hubiesen sido impensables con mi mamá. Para empezar, el día que supo que yo estaba embarazada renunció al título: «A mí que me llame Zuni, Nani,

Pochi o lo que se le dé la gana, pero abuela no, abuela es un horror». Un horror que la mamá de Emilio disfrutó hasta los últimos días de su vida, cuando pedía que le subiésemos a Martu a la cama para poder hacerle las dos trencitas (y con esa excusa mimarla).

8 de abril

No quería volver a fumar. Casi ni sé cómo pasó, llevaba años sin probar un cigarrillo. Era uno de mis logros, de esas cosas que a uno lo enorgullecen en la vida. Me había sido difícil dejarlo. Difícil en lo físico, por la abstinencia. La decisión no me costó, ver morir a Emilio así, con ese sufrimiento, hizo que la decisión no me costara. En los últimos meses se duchaba sentado en un banquito plástico, y caminar de la cama al comedor era una hazaña con varias paradas. Maldije al cigarrillo cada minuto desde la primera radiografía, desde la manchita en la primera radiografía hasta el suspiro final. Y seguí maldiciéndolo después, con toda mi alma.

Pero hace unas semanas por fin me animé a ordenar su baúl. Era lo único que jamás me había atrevido a tocar. Y en el fondo, debajo de discos de vinilo, cuadernos con la mitad de las hojas y libretas polvorientas, encontré tres atados sin abrir.

La ropa de Emilio la regalé muy pronto, por las dudas de que con el tiempo se me hiciera más difícil. A la semana del entierro metí trajes, camisas, pantalones, suéteres y calzados en bolsas y valijas, y los llevamos con Lena a la parroquia. También doné muchos de sus libros y pilas y pilas de remedios. Me sentí en paz al hacerlo. Fue un acto de bien, eso iba a ayudar a gente que lo necesitaba.

Lo decidí un fin de semana. Martu se había quedado en casa de una amiga, y yo puse manos a la obra en ese despelote infernal que eran la mitad del placar, la mesita de luz y los cajones de la cómoda que usaba Emilio. Solo el amor pudo lograr que dos seres tan distintos vivieran juntos tantos años. Yo siempre fui ordenada, meticulosa, aplicada. Sé perfectamente dónde está cada objeto, cada documento, cada papel. Llevo una lista mental de lo que hay en la heladera y en las alacenas y no se me escapa ningún detalle. Emilio era el caos. Un caos que extraño, un caos que en una de esas aportaba a un equilibrio en mí, un equilibrio que al morirse se perdió, otro equis equilibrio. Recién ahora lo pienso, quizá ahí haya alguna pista de lo que nos está pasando.

9 de abril

Uñas azules, y acaba de decirme que quiere tatuarse no sé qué cosa en la panza. Nada menos que en la panza. Creo que dijo un ideograma o un dragón. Yo justo estaba enviando las recetas por whatsapp a la farmacia y no le presté atención. Cuando corté y le pregunté, me mandó a la mierda.

A veces, mientras comemos, la observo disimuladamente y no puedo evitar acordarme de todo lo que Euge me contó. Por horrible que sea, veo comer a Martu y pienso en porro, en pepa, en consumo social, en mal viaje. Me pregunto dónde estaba yo cuando eso sucedía, si ella me lo ocultó o simplemente yo no quise ver, qué otras cosas desconozco de ella, quiénes somos en realidad.

12 de abril

¿Tendría que decir que me dolió menos porque ya no me tomó por sorpresa? No, no puedo decirlo. El puño de Martina a punto de estallarme en la cara no hay forma de que me duela menos. Esta vez fue hace un ratito, cuando tomábamos la merienda. Yo la vi bien, me entusiasmé y me puse a hablarle de una serie nueva que recomendaban en internet, quizá podríamos verla juntas. No sé exactamente qué lo desencadenó, ella dice, cuando está bien lo dice, que una simple palabra o una frase la lleva a hacer una conexión que desata el "pensamiento raro" (así solemos decirles a los delirios). Pero no siempre es capaz de recordarlo. «Me fui», dijo unos segundos después, abrió el puño amenazante y con esa misma mano se sirvió una vainilla. Yo todavía temblaba.

13 de abril

Esta mañana me levanté tempranísimo, había dormido poco y mal. Interrupciones, pesadillas, intentos de retomar que no sirvieron para nada. Traté con un vaso de leche tibia y con unos ejercicios de relajación que encontré en Youtube. Al final, me pareció más sensato admitir que desgraciadamente mi día iba a empezar antes de las cinco, y me levanté. Hice pis, me lavé los dientes, me saqué el piyama y fui a buscar la ropa que había dejado en la silla la noche anterior, como siempre hago. Me puse el corpiño y el pantalón, y agarré la remera azul con elefantitos dorados. Le olí las axilas, estaba apta para un uso más. Pero no. De pronto la solté como si me quemara. Con esta remera

pasó lo que pasó ayer, pensé. Incluso creo que también la tenía puesta la otra vez que pasó lo mismo. Así que hice un bollo con la remera azul con elefantitos dorados que tanto me gustaba y la tiré a la basura mientras esperaba que se calentara el agua para el mate.

Al rato, sentada en la reposera, con los pies en el pasto todavía mojado por el rocío, me sentí una idiota. ¿Supersticiosa yo? La gente que andaba por la calle esquivando escaleras y gatos negros, los que evitaban hacer cosas importantes en ciertas fechas, los que pedían que les cambiaran el número de habitación en un hotel, siempre me habían parecido unos estúpidos. Mi mamá no te alcanzaba un salero en la mano ni soñando y se tocaba la teta izquierda cada vez que nombraban a un conductor de televisión. Toda la vida me burlé de ella por eso, y ahora… ahora me desconozco.

Pero tengo que ser menos severa conmigo misma, menos exigente. Es lo que me dice la psicóloga. «Date un respiro, Sonia. No podés atravesar esto, que es tan difícil, y al mismo tiempo tener bajo control todo lo demás». Y si me lo dice ella, que me conoce, que sabe que soy exageradamente autocrítica, incluso cuando la situación no da… Lo era en los últimos tiempos de Emilio, la casa era virtualmente una sala de hospital y yo no me perdonaba un bizcochuelo quemado o llegar cinco minutos tarde a buscar a Martu de su clase de inglés.

14 de abril

Un día sin delirios, sin “ideas raras”. Un día en el que no hubo signos de ansiedad ni se puso a decir esas otras cosas horribles que muchas veces dice: «Ya está, tengo la cabeza cagada, no hay vuelta atrás, no tiene arreglo».

Hoy pudo hablar un ratito de otra cosa. Me comentó algo de un personaje de un manga, que se parecía a no sé quién de no sé qué serie. No entendí mucho, no entendí nada. Pero sentí que podía respirar hondo sin que me doliera el alma.

15 de abril

«Viernes Santo de la Gran Pasión, cuando crucificaron al Divino Redentor/ Santo, Santo, mis males van por el campo», repetía mi mamá como en un cantito los viernes santos. Y lo repetía a cada rato. Mi papá a veces ponía los ojos en blanco, a veces resoplaba, a veces nos miraba a mi hermana y a mí con una sonrisa de burla o incluso

girando su índice en la sien, un gesto que no admite demasiadas lecturas. Claro que también a veces iba y le preguntaba directamente qué carajo tenía que ver la pobre gente del campo, los pobres paisanos, por qué mierda tenía que echarles a ellos su porquería. El nivel de agresión de ese comentario dependía de si estaban pasando una etapa regular, mala o muy mala. No recuerdo buenas épocas en el matrimonio de mis padres… A lo mejor por eso me aferré tanto a Emilio, a su familia armónica y ordenada, a la esperanza de que con él podía construir algo distinto a lo que conocía.

El caso es que en esta Semana Santa me siento completamente ajena a los ritos de la religión y a los del consumo. No pienso en Vía Crucis ni en empanadas de vigilia, no compré un mísero huevo de Pascua. Y sé que sería igual si esto nos hubiera sucedido en Navidad. Nada más lejos de Pesebres y Villancicos, de Papá Noel y brindis que esta sombra que hoy nos toca atravesar.

16 de abril

Mido los ratitos, me acostumbré a medir la vida en unidades pequeñas: metas cortas, cortísimas, mini-momentos. Y al final del día, casi siempre al final del día, contabilizo, hago un balance. Qué sé yo. No creo que haya una manera válida, "homologada" de llevar adelante esto, yo solamente trato de encontrar la mía, una que me haga pasar de hoy a mañana, de mañana a pasado, y así…

Y mi vara de medir ratitos en términos de buenos, malos, mejores o peores, me indica que desde ayer a la tarde los buenos son más. Si resto de las veinticuatro horas del día todas las que Martu pasa durmiendo (muchas) y las que pasa tocando el piano, me queda el tiempo que divido en ratitos y clasifico. A veces llego al absurdo de establecer porcentajes. Y entonces me repito lo que me dice la psicóloga: «Paciencia, Sonia, paciencia también para vos».

17 de abril

Hace más o menos una hora Yanina me mandó un whatsapp horrible. Ofendida, ofendidísima: que ella no es ninguna estúpida y se dio cuenta de que le pongo excusas, si tengo algún problema con ella, mejor que se lo diga en la cara, que a la edad que tenemos, mínimo, nos debemos eso. Como le respondí con monosílabos, evitando, contraatacó: seguro que estoy enojada porque la última vez que

fuimos a tomar algo al boliche de Palermo Soho el rubio le tiró onda, aprovechó cuando yo me fui al baño, se acercó a la mesa y le dejó su número de celular. Seguro que me cayó como el culo que salieran un par de veces, porque ella sabía que el rubio me gustó primero a mí. Mi ego ("tu ego", así dijo: desde que le dio por la espiritualidad se la pasa hablando de ego y de karma) no se bancó que el tipo al que yo le había echado el ojo se decidiera por ella. Yo, siempre creyéndome superior… ELLA-ELLA-ELLA. Todo giraba en torno a ella. ¿Y tu ego, mamita?

Tuve ganas de putearla, la verdad es que ni siquiera me acordaba del rubio insulso ese, si no me lo mencionaba, ni me acordaba. Quise putearla, decirle qué te creés, ombligo del mundo… y encima ese venenito de que yo me creo superior. Nunca me había dicho que pensaba eso de mí. Es increíble cómo hay gente que aprovecha la primera de cambio para pasarte facturas polvorientas, que guardan vaya a saber desde cuándo y por qué. Quise putearla, sí, fue mi primer impulso. Aunque después la entendí. Entonces le grabé un audio y le dije que tenía razón en lo de las excusas, pero solo en eso tenía razón. Que había un problema, un problema serio, y que iba a escribirle pronto para que pasara a charlarlo conmigo, que quería contarle. Me respondió con un emoticón al que le chorrean las lágrimas y con otro que tira corazoncitos por la boca. No sé si hice bien. No sé.

18 de abril

Hoy a la mañana sonó el timbre a eso de las once. Cuando suena el timbre y yo no espero a alguien (alguien son Lena o el muchacho del súper o el de la farmacia), tiemblo. Como si nada de lo que la vida pudiera traerme fuera positivo, como si ninguna sorpresa pudiera ser para bien. Pero me equivoqué. Era Aída, con una rosca de Pascua. «Las hace mi hermana y las vende en su barrio, para ayudarse. Le dije que me trajera unas al almacén, y no sabés cómo se las llevaron. Me guardé esta anoche, para vos, m´hijita. Para vos y tu nena». La abracé, no sé si apreté tan fuerte a alguien en toda mi vida. «Aflojá, querida, que los años no vienen solos, tengo los huesos deshechos. Y tampoco es para tanto». Algo así me dijo, pero yo me di cuenta de que también lagrimeaba.

19 de abril

Media hora me pasé mirando fotos de las famosas con y sin maquillaje, antes y después de las cirugías. ¿Por qué? ¿Para qué? Yo no era de perder así el tiempo, en semejantes pavadas… Me desconocí, otra vez me desconocí. Y ahí volví a repetirme el consejo de la psicóloga: ser un poco más indulgente conmigo misma, aflojar la soga.

20 de abril

O está conmigo o está durmiendo o está tocando el piano. Si no se da una de esas tres situaciones, se encienden todas las alarmas. Pero según mi medidor de ratitos, de la cantidad total de horas en el día, durante la mayoría sucede una de esas tres cosas. Y los ratos que está conmigo la veo más tranquila, más conectada. Si no, lo detecto a tiempo, aprendí a detectarlo a tiempo. Hay una serie de señales que preceden el estallido (le empieza a temblar el labio inferior, le cambia la mirada, repiquetea con el talón en el piso), y darme cuenta antes ayuda muchísimo. Sé qué hacer, qué darle, qué decirle y sobre todo (porque no es menos importante) qué no decirle.

22 de abril

Hoy llovió todo el día, desde la madrugada. Son las siete de la tarde y sigue lloviendo. La lluvia siempre me causó impresiones distintas, según la ocasión. Antes de Martina, un fin de semana lluvioso de piyama, películas y pizzas era una fiesta para Emilio y para mí. En cambio, un fin de semana lluvioso con Martina chiquita y fastidiosa era una tortura. Y últimamente, ya sola y con Martu grande, por lo general disfrutaba de la lluvia.

Siempre me gustaron las tormentas eléctricas, la conmoción de los truenos. Por más que uno se lo espere, después del relámpago el trueno sacude. Es imposible no extrapolar esa impresión a lo que nos pasa, a esta descarga brutal que nos zamarrea. Y no puedo dejar de preguntarme cómo se reordenará todo, si es que se reordena. Cómo quedaremos después.

Al mismo tiempo, la lluvia tiene otra cosa que me gusta. Esa sensación de lavar, de barrer, de limpiar… tan necesaria.

23 de abril

Seguimos en una etapa de cierta estabilidad, tenemos más ratos buenos que malos, vamos para adelante. Me doy cuenta de que ya no puedo hablar en singular. Al principio de todo, sentía que necesitaba pasar de la primera persona del singular, de lo que a mí me afectaba, a la tercera, a poner el foco en Martu. Hace un tiempo siento que solo conjugo en plural.

La semana pasada renové mis licencias en el trabajo sin dar mayores explicaciones. No me decido. O me decido, por ahora, a no contar. Me gana la sensación de que no van a entenderme, de que van a mancharnos, de que a Martina van a pegarle una etiqueta que nunca se va a poder despegar.

Como estamos en esta fase, como al parecer por fin las sustancias se fueron acumulando en los receptores cerebrales de Martu del modo que era necesario, mañana empieza terapia. La psicóloga que nos recomendaron viene con las mejores credenciales, solo espero que se lleven bien, que Martina se sienta a gusto, se abra con ella.

Sé (mi propia psicóloga y el psiquiatra me lo repitieron hasta el cansancio, y también lo leí en varios portales) que la medicación y la terapia y la contención familiar son los tres pilares de la recuperación. Ninguno tiene que faltar, ninguno tiene que fallar.

Además, me explicaron que es importante que la familia se analice, y yo ya empecé. Muchas veces en ese análisis surgen claves o pistas que permiten entender por qué pasó lo que pasó. Lo pienso muchas veces, ¿algo de lo que yo hice o no hice provocó que la cabecita de Martu se volviera una olla a presión, una olla que simplemente en un momento no aguantó más?

Y ahí el fantasma de la culpa toma cuerpo, toma forma. Culpa. Culpa. Culpa. Necesito echarme culpas. ¿Para qué? No sé, pero en un momento en que todo es incertidumbre, a lo mejor saber que tengo la culpa es poder agarrarme de algo. Aunque ese algo sea un trozo de madera inútil que solo va a servir para hundirme más.

24 de abril

Ayer Martina empezó su terapia. Llegamos unos minutos antes, yo saludé a la licenciada (una mujer baja y gordita, con anteojos de marco dorado y dientes de conejo), y después me fui a tomar un capuchino a una cuadra de ahí. Volví a los cuarenta y cinco minutos exactos y tuve que esperar un ratito a que Martina saliera.

La terapeuta le cayó bien, supongo que le cayó bien. Al menos Martu no se quejó. De hecho, ni siquiera habló, apenas se encogió de

hombros cuando le pregunté qué tal. No le pregunté nada más, por supuesto. Antes de ir le había explicado que los psicólogos, igual que los abogados y que los curas, tienen la obligación de mantener la confidencialidad de los pacientes.

Al rato de llegar a casa, la licenciada me llamó. Me dijo que quería que nos reuniéramos lo antes posible para hablar. Le pregunté a Lena cuándo podía venir. Odio molestarla, más ahora que la madre está otra vez con sus achaques. Demasiado, pobre Lena, tener que clavarse una tarde por semana con nosotras… Pero es de fierro, de verdad, es una amiga de fierro. Arreglé con la psicóloga para pasado mañana. Espero que todo vaya bien con ella, que Martu genere un vínculo de confianza que le permita soltarse, aliviarse. Quizá le cuente lo de las drogas y otras cosas que a mí nunca se animó a contarme.

26 de abril

La psicóloga quiere internarla. «Martina es un peligro para sí misma y para terceros, no puede permanecer en su casa mientras esté en brote».

Le dije que ella recién la conocía, que por favor hablara con Suárez, que para eso le había pasado el número. Él la venía tratando desde el principio y la iba a poner al tanto de los progresos. También le dije que yo tenía claro que Martu no estaba bien, lo sabía perfectamente, pero que estaba muchísimo mejor que antes.

«No podemos hablar en términos de estar bien o estar mal. Podemos hablar de estar compensada o no», me dijo acomodándose los anteojos. Estábamos sentadas frente a frente en dos butacones de cuero, con una mesita en el medio. Tuve ganas de revolear a la mierda la lámpara turca, la caja de pañuelos y la jarra de agua que había en la mesita.

Como me quedé callada, repitió lo que había dicho, ahora con una sonrisa estúpida puro dientes de conejo y un «¿me comprende?» que me humilló hasta los huesos. Ahí le grité que me dejara hablar como mamá, carajo, que yo era mamá, simplemente una mamá, y que se guardara esos términos para tratar con sus colegas. «Martina no está bien, claro que no está bien, pero está mejor», insistí. Me paré y me fui dando un portazo.

27 de abril

Acaba de irse Yanina. La semana pasada le mandé un mensajito para que nos viéramos, y quedamos para hoy.

Vino después de almorzar, con un paquete de masas finas. Preparé una jarra de café, que nos fuimos tomando de a poco. Aprovechando que Martina dormía, le conté lo mejor que me fue posible contar estos meses de pesadilla, resumí lo que se podía resumir, le detallé lo que creí que hacía falta. Después, Martu se despertó y apareció en la cocina con el pelo revuelto y ojos de sueño. Se llevó unas masitas, un vaso de leche y subió a tocar el piano. «Pero yo la veo bien, Sonia», me dijo Yanina. Y entonces yo me pregunté cuánto había entendido de lo que le había explicado, cuánto había querido entender, hasta dónde llegaba su capacidad de entender estas cosas… No todo el mundo puede, no. Tampoco es culpa de ella, cada uno puede lo que puede. El resto del tiempo se la pasó hablando de su futura reconstrucción vaginal. La madre de una de las compañeras de hockey de su hija menor había empezado a trabajar como asistente de un cirujano plástico y andaba ofreciendo descuentos. «Es lo más, Sonia, después de tantos años de uso nos la podemos hacer a nuevo, y encima un veinte por ciento off».

28 de abril

Suárez me dijo que iba a comunicarse con la terapeuta. Pero ella quiere internarla, insiste con eso, esta mañana volvió a llamarme para planteármelo. Habla de esa opción que me hiela el cuerpo como si fuese la cosa más natural del mundo. Y él considera, igual que yo, que lo mejor es mantener a Martu en casa, con este esquema de vigilancia, con esta suerte de internación domiciliaria. En una internación domiciliaria el paciente está continuamente acompañado, no sale, no maneja su medicación. Y así de cuidada todo el tiempo está mi hija. Algo similar a lo que tendría en una institución, solo que en una institución no tendría sus cosas, su cama, su piano, mis caricias, mis comidas. No soy necia. No soy “tan” necia. Sé que en un momento se barajó la posibilidad, y yo entendí y con mucho dolor estuve dispuesta a aceptarla, si era lo mejor para Martu. A veces no se puede otra cosa. Pero justamente ahora Súarez dice que lo peor parece haber pasado y que si no la internamos en aquellos momentos, hoy no tiene sentido.

¿Tengo que esperar que se pongan de acuerdo? ¿Que él la convenza? ¿Tengo que buscar otra terapeuta? ¿Por qué ella me llama por su cuenta para darme su opinión, cuando se supone que los dos tienen que trabajar en equipo y acercar posiciones antes de hacerme un planteo? ¿Esta mujer no se da cuenta de que me confunde? Como

si no fuera lo suficientemente difícil lo que estoy viviendo, me confunde más.

Dios mío…

Los abrazos. Qué falta me hacen los abrazos de Emilio. Los de antes. Los de su metro ochenta y seis rellenos como Dios manda. Los del final eran distintos, claro. En ellos era yo la que contenía, la que bancaba. Esos últimos abrazos, abrazos del Emilio huesudo, consumido, me hacían bien de una manera distinta. Eran una forma de retribuir todo lo que él me había sostenido a lo largo de los años, una manera de darle, de devolverle, eso eran. Emilio había sido mi faro, mi eje, su desorden me ordenaba. Quizá recién ahora lo entiendo, recién ahora me cae la ficha. Y me pregunto qué diría él de todo esto, cuál sería su visión, su manera de manejarse, de resolver. Emilio siempre práctico, aunque también despelotado y sentimental, vaya a saber cómo se hubiese sentido, cómo hubiese actuado en esta situación. Las pasamos bravas en nuestra relación: adaptarnos el uno al otro, lidiar con problemas económicos, con la salud. Pero nada que tuviera a Martu en jaque, nada de eso.

Qué falta me hacen sus brazos, sus abrazos, hoy. Los besitos en el pelo. Sentirme contenida, apoyada. Poder pensar, con o sin razón, que todo va a resolverse, que todo va a estar bien, que no estoy sola.

29 de abril

Son las once y media de la noche, hace un ratito volvimos de hacer la resonancia. Martu duerme, agotadísima.

Hoy se dan turnos insólitos, a la una, a las tres de la madrugada. Supongo que tiene que ver con que los aparatos son carísimos, y las clínicas y centros de diagnóstico necesitan amortizarlos, por eso hacen estudios a todas horas. No sé, digo… Yo conseguí para las diez y cuarto de la noche. Claro que no fue el primer turno que saqué. Desde que el psiquiatra ordenó la resonancia, saqué y cancelé todas las semanas cuando se acercaba el momento, porque Martina no estaba lista para enfrentarlo. Tuvimos que esperar hasta ahora, hasta esta cierta estabilidad. Igual, decidimos de entrada que iba a ser conveniente un resonador abierto. Meterla en un tubo cerrado, en su situación, era (y es) inviable. Por eso tuvimos que ir más lejos de casa, no hay tantos resonadores abiertos como cerrados.

La cosa se presentaba bien complicada. Para la Martu que cree en conspiraciones mundiales con el fin de asesinarla, en espionajes y contraespionajes, no iba a ser sencillo afrontar un estudio nada menos que de cerebro. El primer turno lo cancelé porque dijo que querían

leerle la mente. El segundo, que iban a sedarla para implantarle un chip. El hecho de que tuviéramos que ir de noche no mejoraba la cuestión. Por eso, a pesar de que en estos días la veía más tranquila y más conectada con la realidad, y a pesar de que Suárez reforzó la sedación en las horas previas, pasar por la resonancia era un signo de pregunta enorme y amenazador.

Llegamos en un taxi diez minutos antes de la hora indicada, para cumplir con el papeleo. El papeleo que hoy es todo virtual. Exhibir el documento, la orden y la credencial de la prepaga en el celular, darle al administrativo el código que la prepaga envía y modifica cada pocos minutos… Increíble, ciencia ficción eso también, ¿o no? La tecnología que muchas veces complica y muchas otras facilita la vida… Cuánto podríamos discutir con Emilio estos temas, a él le encantaban esas discusiones interesantes que casi nunca nos conducían a ningún lado. Emilio era dado a los cambios, a la modernidad, se adaptaba fácilmente. En cambio, a mí me costaba, siempre me resistía, me resistía hasta que no me quedaba otra que resignarme. Por eso él me decía “dinosauria”.

La sorpresa que le habría dado hoy su dinosauria… Se hubiese caído de culo el señor, si me hubiera visto descargar en mi teléfono la aplicación con la credencial de Martu… Pero lo hice, tuve que hacerlo. Vaya a saber cuándo Martina va a volver a tener un teléfono, y una vida más o menos normal. Sea lo que fuere “una vida más o menos normal”.

El centro médico estaba desierto, apenas un hombre de seguridad y un recepcionista narigón y muy amable, que consultaba planillas, chequeaba datos y tecleaba a toda velocidad. En el televisor que colgaba de un soporte, la repetición trescientos cincuenta y siete millones de un episodio de “Casados con hijos”. Y aunque fuera la trescientos cincuenta y siete millones, a mí me seguía causando gracia. Martu, yo la miraba de reojo, se mantenía seria y ensimismada. Terminado el tramiterío, nos hicieron avanzar por un pasillito, y ahí nos recibió un técnico. Yo le pedí si por favor podía pasar con Martu. Él me miró, quizá pensando que mi hija ya era semejante grandulona, y le dije en voz baja «está en tratamiento psiquiátrico».

El técnico acompañó a Martu al resonador, a mí me dio una llave y me indicó un cuartito donde dejar mis cosas. Apoyé la cartera en un banco, me quité del cuello la cadena con la cruz de San Benito, los anillos y la pulsera con los dijes de corazones. Por todas partes había carteles que advertían que no se podía llevar nada metálico, y como yo no pregunté si solo valía para los pacientes que se hacen el estudio, por las dudas me saqué todo. Fui muy rápida, en menos de dos minutos ya estaba sentada frente al aparato, en la silla que el técnico me señaló. Él terminó de acomodar a Martu de modo que su cabeza

quedara justo debajo de un adminículo raro, una especie de cilindro abierto que me hizo acordar vagamente a los viejos cascos secadores de las peluquerías. Bueno, son esas asociaciones extrañas que hacemos para que algo desconocido se emparente con algo que conocemos, aunque sea remotamente, muy traído de los pelos. Después, el técnico le preguntó si se sentía cómoda, y ella le levantó el pulgar. Entonces le dio unos tapones para los oídos y me alcanzó unos auriculares. Me los puse, y salió.

Enseguida empezó la batería de ruidos y ruiditos que yo esperaba. Me los acordaba de la resonancia de cadera que me hicieron cuando tuve por primera vez esos dolores insufribles que resultaron ser mi puta trocanteritis crónica, porquería de inflamación que solo se calma con inyecciones. Algo más para consultar en el libro…

No le sacaba los ojos de encima a Martu, pendiente de su respiración, de que no se moviera. De vez en cuando le temblaba un poco el pie izquierdo, no sé si por la medicación o por los nervios.

Yo aprovechaba los segunditos en que los ruidos paraban y le decía «Tranquila, Martu», «Vas muy bien, falta poco», «Quedate quietita, que ya termina». No sé cuánto tiempo pasó. Cuando el técnico vino a avisarnos que ya estaba, recién ahí, me di cuenta de que tenía mis puños apretados y las axilas hechas sopa.

30 de abril

El alivio que sentí no tiene nombre. Después de haber hecho el estudio entendí hasta qué punto me tenía angustiada, preocupada, aguantando el aire. Literal y metafóricamente. Es algo que muchas veces me pasó en la vida (y supongo que a todos), eso de percibir la magnitud de la tensión contenida recién una vez que se libera.

Yo también pude dormir un montón de horas, hacía tiempo que no dormía tan bien. Cuando me levanté, cerca de mediodía, era tal mi entusiasmo que encargué nuestras pizzas favoritas: margarita, y rúcula con jamón crudo. De postre, un kilo de helado.

Como el día estaba lindo, limpié la mesa plástica del jardín, le puse un mantelito y armé ahí el almuerzo.

Llevábamos un rato comiendo en silencio, disfrutando del clima templado y el sol suavecito, y de pronto Martu se despachó con que ella no era ninguna boluda, que se había dado cuenta de todo. «¿De qué, hija?», le pregunté, y ya sabía que no podría tragar ni un solo bocado más. «De todos esos autos anoche, esos que estaban frenados en la Panamericana. Qué casualidad, ¿no? Era por mí, dale, no soy tan idiota». Remató la frase con un golpe en la mesa, y antes de irse tiró

del mantel. Las cajas de pizza volaron por los aires, la botella de Coca, mi alegría. Mi alegría tonta, basada en puras ilusiones. Me agaché y empecé a juntar las cosas, puteándome para mis adentros, puteándome por ingenua… Cómo había podido pensar que Martu había tomado lo de la resonancia como lo que era, una instancia médica indispensable, un estudio que le había ordenado el psiquiatra para avanzar hacia un diagnóstico. Cómo… Cómo no fui capaz de imaginar que en su cabecita iba a tejer otras conjeturas, aunque no lo dijera. Los sedantes la habían mantenido lo suficientemente tranquila el día anterior y yo, cuándo no, creándome falsas expectativas. Ahora, ¿de veras soy una boba, una ingenua? Quizá no, quizá soy simplemente una mamá. Y es tan difícil, tan horriblemente difícil atravesar esto, que por lo visto a veces también necesito mentirme, inventarme una realidad paralela, tomar por cierto lo que no es.

1 de mayo

Igual me dolió, y mucho me dolió. Por más que en un punto me lo esperara, por más que confirmara mi primer pensamiento. La verdad, hubiese preferido pifiarla, tener que reconocer un error. ¿Cuántos años llevábamos de conocernos, de compartir momentos? Al menos por respeto a eso debería haberse callado la boca. Si le quedaba grande la situación, se hubiera callado y punto. Pero no, tenía que salir a chusmear y convertir a mi hija en el centro de sus chismes. Si no, a qué venía eso de que me empezaran a llamar madres del colegio de Martu con las que yo hacía siglos que no hablaba, a que gente con la que apenas cruzaba un saludo de repente me escribiera preguntándome por Martina. Hipócritas de mierda. O capaz que no. Basura Yanina, eso sí, basura. Al final, yo me había esforzado por confiar en ella, por confiar en ella como confiaba en Lena, y para qué. Lo único que hizo fue juntar información de primera mano y andar esparciéndola a los cuatro vientos. Distorsionada, inflada, moldeada a su antojo y de acuerdo con las apetencias del público oyente. La imagino en la puerta del cole de su hija menor cotorreando, diciendo quién sabe qué de mi chiquita. Y debería lavarse la boca con lavandina antes de mencionarla. Casi me da orgullo decir que mi hija tiene un brote psicótico, sí, un trastorno mental. ¿Y qué? Es una enfermedad, una enfermedad como otras. En cambio, ella es mala, es falsa y es cruel. Y eso no hay ninguna medicación ni terapia que pueda revertirlo. La taché de mi lista. Una, en situaciones así, tacha gente, sí. Pero también suma.

2 de mayo

Ayer fue el día del trabajador. Y otra de las cosas que extraño es la rutina, el orden que me da el trabajo. Llegar al final del día exhausta pero satisfecha, abrir una botella de vino rosado, sentir que me gané el derecho a desconectar del mundo, a descansar… Ahora son tan raros los días. O el día, como prefiero decir, porque me parece más gráfico: un largo, un único día que empezó hace meses.

Enseñar francés fue siempre mi pasión. En los buenos tiempos, cuando después de la cena yo me quedaba en la mesa del comedor corrigiendo exámenes o preparando apuntes para una clase, Emilio me hacía masajitos en el cuello, en la espalda. Masajitos que seguían en la cama y se iban convirtiendo en otra cosa.

Tengo buenas compañeras en el trabajo, algunas casi amigas, con las que a través de los años compartimos muchos momentos importantes. En sala de profesores, entre tecitos y medialunas, nuestros hijos crecieron, se recibieron, se casaron… nosotras mismas envejecimos, nos divorciamos, enviudamos, nos mudamos y emprendimos nuevos amores. Supongo que así sucede en las oficinas o en las empresas o en las fábricas. Ese compartir es una necesidad humana. Sin embargo, a pesar de que de tanto en tanto intercambiamos algún que otro mensajito, no soy sincera ni siquiera con las compañeras más cercanas. Hace un tiempo inventé algo de una editorial que me contrató para hacer traducciones, que paga muy bien, pero me demanda full time. Por eso la licencia, mientras dure el trabajo. Voy a tener que averiguar muchas cosas antes de volver, porque si me empiezan a hacer preguntas, no voy a saber qué contestar. Peligros a los que una se expone cuando miente tan descaradamente. Quizá sería mejor y más fácil decir la verdad… No, en el fondo no lo creo.

3 de mayo

Suárez no pudo acordar con la psicóloga. Dientes de conejo se volvió muy intransigente. Incluso, Martu me contó que se había pasado toda la última sesión hablándole de la internación, una internación que no iba a durar más que unos pocos días (¡¡¡mentirosa!!!). A través de la prepaga podía elegir una clínica divina que, por supuesto, ella le recomendaba. Ahí iba a conocer a muchos chicos de su edad, y hacían actividades “recopadas”. Me enfurecí. ¿No era un golpe bajo usar la sesión para eso, en vez de tratar de

escucharla, de ayudarla, de ahondar en sus problemas? Y encima la muy caradura le hablaba de tiempos máximos. ¿Cuánto llevábamos ya con todo esto? Meses. Si llevábamos meses, ¿por qué pensar que una internación duraría "unos pocos días"? ¿Quién era capaz de asegurar un plazo? Nadie, absolutamente nadie. Y ella tenía que saberlo, si era profesional, tenía que saberlo, hasta yo misma a los golpes lo había aprendido. ¿No era el colmo mentirle (sí, mentirle) a una paciente de diecinueve años vulnerable como Martu?

Lo hablé con mi terapeuta. Me dijo que no era un comportamiento antiético, que la psicóloga tenía derecho a hacer eso, si creía que la internación era la indicación terapéutica para el caso.

Lo hablé con Lena, me dijo que podía hablar con su hermano, que es visitador médico y conoce gente vinculada al tema de la salud mental, a ver si conseguimos una recomendación.

Y también lo hablé con Aída. Aproveché una siesta de Martu para cruzarme a comprar una botella de aceite que no necesitaba. Justo, acodada en el mostrador, estaba la vieja de la esquina, la que había venido a preguntarme si nos habían querido entrar por la ventana. Aída, que es bicha, la despachó rápidamente con un pretexto. Entonces le conté. «Es muy dura una internación psiquiátrica, m´hijita, muy dura», se le empañaron los ojos. «No sé, qué querés que te diga, si el doctor opina que puede evitarse…».

Y sí, Suárez sigue sosteniendo que a esta altura la internación no es necesaria.

Así que llamé a la psicóloga de Martu y le expliqué con voz de monje budista que se me hacía demasiado cuesta arriba el desacuerdo entre el equipo médico y que por eso había decidido cambiar de terapeuta. No solo no presentó resistencia, casi me pareció oírle un suspiro de alivio.

5 de mayo

Julieta Di Mónaco, agendé. Y enseguida le mandé un whatsapp. Dicen que es una profesional excelente, muy experimentada.

«Quizá la otra hubiera sido buenísima en otro contexto», me dijo Lena. «A mi hermano le explicaron que una cosa es tratar pacientes neuróticos, como somos todos, y otra cosa es manejar psicosis».

Manejar psicosis… Aída me contó que con su hermano habían intentado muchas cosas. «Demasiado tarde, recién cuando a mis padres les cayó la ficha, pero qué no hicieron. Cada dos por tres nos levantaban a la madrugada, nos cargaban en la chata y salíamos a ver a una bruja, a un pastor, a un curandero. Adonde sea, muchas veces al

medio del campo. Yo iba con ellos porque no tenían con quién dejarme. Me acuerdo patente lo que era en invierno, el frío que chupábamos, el sueño». Los imagino en esas filas interminables a la intemperie, con gente que cargaba a sus hijitos enfermos, a sus padres, a sus amores. «También nos recomendaron ver a un cura exorcista, imaginate. Otros tiempos, Sonia. Estando internado a mi hermano llegaron a hacerle electroshock».

¿Electroshock? Me quedé helada, me vinieron a la cabeza imágenes aterradoras que había visto en películas. En estos meses ni siquiera se me había ocurrido pensar en esos tratamientos, pero estaba segura (no sé cómo ni por qué) de que ya no se aplicaban.

Google me sorprendió de nuevo. Hoy se habla de "terapia electroconvulsiva", se practica con anestesia general y una serie de controles y cuidados que antes no había. En los videos se ven escenas distintas de las que yo recordaba, aunque básicamente se trata de lo mismo: pasar pequeñas corrientes eléctricas a través del cerebro para generar una convulsión breve. Parece ser que esa convulsión genera cambios neuroquímicos en el cerebro. Hay testimonios a favor, testimonios en contra. Una señora cuenta que olvidó eventos importantes de su vida, como la muerte de su madre, y tuvo que volver a atravesar el duelo. Otra, que olvidó gran parte del crecimiento de sus hijos y eso resintió su relación con ellos. Al mismo tiempo, muchas personas dicen que el electrochoque les cambió la vida para bien. Defensores y detractores. Pacientes y profesionales de un lado y del otro. ¿Es una terapia aceptable en ciertos casos muy puntuales? ¿O es un abuso psiquiátrico? En algunos lugares se la prohíbe, en otros se recomienda su prohibición, y en otros se la permite con regulaciones muy estrictas.

7 de mayo

Julieta me contestó y acordamos una cita. Le conté a Martina lo que había pasado. Que la diferencia de criterios me confundía, me abrumaba. Igual, no hizo falta que insistiera mucho, se mostró impaciente por conocer a su nueva psicóloga. «Espero que esta no se espante», me dijo. Y se fue a tocar el piano.

8 de mayo

Esta mañana me levanté tarde, tipo diez, y estuve unos minutos

tratando de elongar los músculos de las piernas y de la espalda. Me dolía todo, últimamente me duele todo, hasta las mandíbulas. Me parece que voy a tener que volver a usar la placa para el bruxismo.

Después bajé a prepararme unos mates, abrí un paquete de bizcochitos y empecé a buscar videos de relajación en Youtube. Relajación, eso era lo que me hacía falta.

Al rato, apareció Martina y me pidió un trapo de piso. Yo miré la hora, no eran ni las once y media. «¿Qué pasó?», le pregunté. Se encogió de hombros y me dijo que salía agua del baño. Subí con ella, y ahí entendí. Martu jamás de los jamases había tapado un inodoro, la única constipada en la familia era yo. Entonces no supo resolver. Apretó una o dos veces el botón, y sin esperar a que el nivel bajara volvió a apretar. El agua salió para todos lados, cubrió el piso del baño, corrió por el pasillo y llegó a la entrada de las habitaciones. Martu me miró con carita de pena, le dije que era uno de los efectos adversos de la medicación y la mandé a su cuarto. Fui al lavadero y volví con la sopapa, un par de guantes, una esponja, un balde y una botella de lavandina. Batallé un buen rato en medio de esa marea marrón, hasta que oí el tan ansiado vacío. Con el inodoro ya destapado, me puse a desinfectar. Si al levantarme me dolía todo, a esa altura ni hablar… Entré al cuarto de Martu a decirle que estaba solucionado y a explicarle qué hacer si volvía a pasar, pero ella dormía otra vez. Lavé los trapos en la pileta del lavadero, dejé la sopapa en el balde con lavandina, ordené las cosas. Tenía muchas ganas de llorar. Efecto adverso, puto efecto adverso. Fui a sentarme al césped, prendí un pucho, y antes de la primera pitada me dio un ataque de risa.

III

Deja el cuaderno a un costado, va al baño y recién frente al espejo descubre que está sonriendo. Así es la vida, dice bajito. Así, ambivalente. Y lidiar con esa ambivalencia quizá sea el efecto adverso de atravesarla con todos los sentidos, de comprometerse con ella.

Después de hacer pis, va a la cocina. Se prepara otro sándwich de queso y pone el agua para otro té. Es una larga noche, piensa.

Camina hasta el living, se acerca al equipo de música y le da play.

Tras los primeros acordes, la singular, la exquisita voz de Cerati envuelve el ambiente, y Sonia se deja caer en el sillón…

Mamá sabe bien
perdí una batalla.
Quiero regresar
solo a besarla.

No está mal ser mi dueño otra vez,
ni temer que el río sangre y calme,
al contarle mis plegarias.

Se abraza las piernas, echa la cabeza atrás. La sonrisa de hace un rato son lágrimas. ¿Lágrimas de qué? De tantas cosas…

Mamá sabe bien,
pequeña princesa,
cuando regresé
todo quemaba.

No está mal sumergirme otra vez,
ni temer que el río sangre y calme.
Sé bucear en silencio.

De pronto se acuerda del agua en el fuego, da un salto y pone en pausa el equipo. Nunca le gustaron las pavas silbadoras ni las eléctricas, por eso lleva mil pavas quemadas. Tenés razón, Emilio, soy una dinosauria, se ríe.

Pero en esta ocasión llega a tiempo. Apaga la hornalla, pone un saquito de té de tilo en la taza y agrega un sobre de edulcorante. Revuelve lento, suspira. Se lleva el té y el sándwich a la cama, vuelve a abrir el cuaderno.

12 de mayo

Son casi la una de la madrugada. Hace un ratito terminé de leer el cuento «Tres rosas amarillas», de Carver. Y me quedé abrazada al libro, me costó soltarlo. Ya me pareció maravillosa la idea de Carver de retratar en ese cuento cómo fueron (o cómo él supone o fantasea que fueron) los últimos días de Chéjov. Pero no es solo la idea. Para mí, en Carver nunca es solo la idea. Es esa manera que conmueve con tan poco, que jamás exagera. Es ese modo despojado de poner enfrente del lector una historia. Es ese cruce imposible (pero posible en él) de sutileza y brutalidad. No sé, no sé ni cómo decirlo. Solo sé que me deja pensando, siempre me deja pensando… Y en este caso, pienso en Chéjov, a pocos minutos de su muerte, compartiendo una copa de champagne con su mujer y su médico. Pienso en Antón Chéjov, el hombre (no el escritor genial), o más bien pienso en Antón Chéjov, personaje de Carver. Y me imagino la bebida que corre por su garganta instantes antes del suspiro final. Antes de morir, apenas un momento antes de morir, es todavía un hombre, un hombre que toma una copa de champagne. ¿Qué es o qué será una vez que traspase el umbral? ¿Qué seremos? Me cuesta creer que pasemos de una vida llena de emociones, significados, sueños, luchas y posibilidades a la nada. Me cuesta creer que se nos borre el disco rígido, que se nos resetee el alma. Que todo lo que fuimos, incorporamos, aprendimos, erramos y conocimos, que el bien y el mal que hicimos, vayan a caer en una especie de fosa común. Que volvamos a ser pura energía y que alguien (¿Dios?) un buen día amase, con un poco de esa energía, un nuevo ser sin memoria.

No sé si es Chéjov, no sé si es Carver, no sé si soy yo. Es raro lo que me pasa, es raro lo que pienso. Sí, pienso cosas raras. Por ejemplo, qué tal si en un momento estoy viendo una película que vi un montón de veces y aparece una escena distinta, que no estaba, o si cambia el diálogo entre dos personajes… qué tal si se me da por releer uno de mis cuentos favoritos y me encuentro con que se modificó en algo la trama, el nombre de un personaje o incluso el final.

Nunca se me habían ocurrido estos planteos extraños, la verdad que no. Claro que tampoco nunca me había pasado lo que me pasó. Lo que me pasa. Lo que nos pasa.

Sin duda el arte es más confiable que la vida. Una vez que el escritor puso punto final a su texto o el director terminó de editar su película ya no pueden meter mano. Para bien o para mal, la obra terminada no es capaz de sufrir alteraciones. O sea, no es capaz de traicionarnos.

15 de mayo

Esta mañana fui a abrirle la puerta al muchacho del súper, y cuando quise girar la llave me di cuenta de que estaba abierta. Me quise morir. Mientras ordenaba rollos de cocina, latas de arvejas y frascos de mermelada, pensaba en que mi idiotez podía haber provocado un desastre.

A lo mejor "idiotez" suena a mucho, pero no. No creo que en este caso me esté castigando por demás, esté siendo demasiado autoexigente y todo el palabrerío elegante que usa mi terapeuta para decir que me doy con un caño siempre, que no me perdono una. No se trata de eso. Se trata de que sé que podía haber pasado cualquier cosa.

Algo en mí se aflojó, bajó la guardia. Llevamos varios días buenos (nunca cien por ciento buenos, pero más tranquilos) y entonces yo, como una boluda, me relajé. Pienso que Martu duerme tan planchada que ni a hacer pis se levanta, que todos los días me despierto antes que ella y etcétera. Lo pienso sin pensarlo, claro. Simplemente incorporé esa mínima cuota de alivio, y por eso metí la pata. Un error que no me puedo volver a permitir.

18 de mayo

Anoche, justo antes de quedarme dormida, empezó a caerme una catarata de whatsapp. Me senté en la cama, prendí el velador y puteé doble: a mí misma por no haber silenciado el celular y al pesado que me molestaba a esa hora.

Al ver que era Yanina, sentí una piedra en el estómago. Me mandaba una especie de poema o reflexión o qué sé yo qué, que hablaba del karma, de la energía cósmica y de la fuerza creadora de nuestros decretos. «Sonia, tenés que decretar la cura de Martina, tenés que mandar la orden al Universo, y así será», decía al final. Acompañaba el texto con varios emoticones de las manos unidas en rezo y las otras con las palmas abiertas, como irradiando o recibiendo supongo que energía. Después, me mandó la foto de un atardecer. Una especie de playita con piedras y un arroyo en un primer plano, más allá unas montañas y el sol ocultándose detrás. Ya estaba esperándome una frase de almanaque, pero no. Remató con una imagen de Buda y un «¡¡¡Fuerza amiga!!!». No tiré el teléfono a la mierda porque lo compré junto con el de Martu, y apenas acabo de pasar la mitad de las cuotas. Encima no pago seguro. Pero con qué ganas lo hubiera reventado contra la pared. No tengo nada contra

Buda ni contra los lindos atardeceres ni contra las reflexiones positivas ni contra que cada uno crea lo que se le dé la bendita gana. Tengo sí, mucho contra Yanina. Muchísimo. Y no porque la última vez que nos vimos se la pasó tirándose con los dedos de las patas de gallo y los cachetes explicándome el itinerario de cirugías no invasivas y sesiones de botox que la esperaban después de reconstruir su vagina. No por eso. Al fin y al cabo, en otro momento hasta podría haberme resultado divertido. Tengo mucho en su contra porque con tal de tener tema en la peluquería o en la reunión de las mamás del cole, no le importó el daño que causaba.

21 de mayo

Esta tarde, cuando volví de terapia, Lena hojeaba una revista en el living, y de fondo se oía el piano. Ella sabe cómo funcionan las cosas, por eso cuando oye el piano se relaja un poco. Dejé la cartera y, antes de decir una palabra o de subir a ver a Martina, me largué a llorar. Lena se acercó a abrazarme y nos quedamos así un ratito. Después preparó unos mates y nos sentamos a charlar en la cocina. Le conté lo de los mensajes de Yanina, el asunto del karma, de los decretos y lo demás. «Es una forra, ¿qué esperabas?», me dijo. Lena es brutal muchas veces, y casi siempre que es brutal tiene razón. Me encanta eso de ella, no pierde tiempo ni energía en lo que no vale la pena. «Ya fue, Sonia, olvidate de que existe. Alguien que hizo lo que ella hizo ni siquiera se merece tu recuerdo, en serio te digo». Yo suspiré hondo y le di la razón. En ese momento el piano dejó de sonar, y me levanté para subir a ver a Martu. Lena me retuvo un segundo de la mano. «Eso sí, que no me la cruce porque la emboco a esa yegua. Ponele la firma, Sonia».

Al ratito se fue. Martina entró a bañarse y yo me puse a pelar unas papas para hacer tortilla.

No me había atrevido a contarle a Lena lo que en verdad me angustiaba. Creo que me faltaba procesarlo… todavía me falta.

Hoy en terapia volví a la época de la enfermedad de Emilio. A Martu, en la época de la enfermedad de Emilio. Mi chiquita había tomado con mucha madurez para sus pocos años la enfermedad y la muerte de su padre, un padre protector y compañero, con el que tenía una relación soñada. Mucha madurez. Yo me sentí aliviada por eso, era un tema menos en un momento de mi vida tan difícil. Terminé de decirlo, y la psicóloga se quedó en silencio, con los ojos fijos en mi cara. Es lo que siempre hace cuando quiere que yo me escuche, la conozco…

Mucha madurez. Dios mío. ¿No habrá sido que en esa excesiva madurez empezó a gestarse este horror?

22 de mayo

Sé que voy a poder hablarlo con Lena, con Aída quizá. Todavía no. Todavía me cuesta, no me hago a la idea.

Al principio de todo esto pensaba mucho en la culpa. ¿Qué culpa tenía yo, qué papel jugaba alguna culpa mía en el brote de Martu? Aunque en el fondo no dejaba de ser algo abstracto, algo difuso, algo que seguramente no estaba más que en mi imaginación. «Tu imaginación judeocristiana culposa», diría Emilio, que se tomaba bastante en broma el asunto de golpearse el pecho en la misa y repetir que es mi culpa, mi culpa y mi gran culpa… Aunque ahora que la niebla se corre y empiezan a verse los contornos de esa dichosa culpa, ahora es diferente.

Por supuesto que la terapeuta me dijo que no me enredara con eso, que no correspondía hablar de culpa sino de responsabilidad, y que una crisis psicótica nunca obedece a un único factor.

Pero yo enseguida le retruqué, porque me acordé de una cosa que ella me había dicho al principio, cuando solo hablábamos por teléfono. Me había explicado que no solo no es bueno contradecir al que delira porque puede violentarse, tampoco es bueno porque en el delirio siempre hay un núcleo de verdad.

Anoche me costó mucho dormir. Sentía palpitaciones, un nudo en la panza, por momentos me largaba a llorar. A la madrugada decidí tomarme un alprazolam de esos que me quedaron de clavo. Después de un buen rato me fui calmando. No me podía sacar de la cabeza el recuerdo de Martina desencajada, revoleando platos y a los gritos: «Vieja de mierda, ojalá te mueras, vos tenés la culpa».

25 de mayo

Miro por la ventana, hay poco movimiento en la calle. El almacén de Aída cerró a mediodía y no va a volver a abrir, como todos los feriados. Si no fuera por esos dos detalles, no lo notaría. En casa no hay calendario, nos regimos por los tiempos de Martina. Los días que cuentan son los que hay terapia con Julieta (ahora dos veces por semana) o visita al psiquiatra. Lo mismo pasa con el reloj, lo único que importa es el horario (siempre aproximado) en que le toca la

medicación. No me quejo. No me quejo porque gracias a Dios (y/o gracias a Suárez, a Julieta, a la propia Martu que ya no escupe las pastillas y un poco a mí), gracias a Dios y/o a todos nosotros, no fue necesario internarla. Estuvimos a punto, sí, faltó casi nada. Pero ese "casi" fue definitorio, y sigue en casa.

26 de mayo

Cada vez que me acuerdo de Yanina, porque lamentablemente me acuerdo, me agarra una bronca que creo que voy a explotar.

¿Qué se piensa, que mi chiquita está enferma porque yo no tengo la fuerza suficiente para pedirle al Universo que la cure? ¿Mis pedidos son débiles? ¿No soy buena para pedir?

¿Qué quiere decir lo del karma? ¿Martu está pagando qué cosa? ¿Algo malo que hizo en una vida anterior?

No señor, yo cometí errores, montañas de errores. Y con todo lo que me duele, reconozco que muchos de esos errores dañaron a mi hija. Pero eso es otra cosa.

¿Karma de qué? ¿Decreto de qué?

Igual, sé que Lena tiene razón. No puedo perder tiempo ni energía en estas cosas. Tengo que olvidarme. Yanina es tan chata que ni siquiera debe entender lo que dice. Repite como un loro barranquero. Consume espiritualidad igual que consume cosméticos, carteras o cirugías de concha.

27 de mayo

Esta mañana temprano me despertaron unos ruidos en la calle. Pensé qué raro, el recolector de basura a esta hora. Y al final me asomé a mirar, era un camión de mudanzas en el dúplex de al lado, el del matrimonio con los tres chicos. Me quedé un rato viendo cómo los empleados cargaban mesas y sillas, colchones, canastos de mimbre, un sillón de dos cuerpos. La mujer salía a cada rato para dar indicaciones, en algunas salidas llevaba a uno de los hijitos colgado de la cadera. Sonreí. Recordé lo pegota que era Martu conmigo a esa edad, tres o cuatro años. Aunque más pegota era con su padre, debo reconocer.

No sabía que esta gente alquilaba. O a lo mejor no alquilaban, eran los propietarios y habían vendido. En este tiempo pudieron haber pasado mil cosas, y yo ni enterada… Si había un cartel de inmobiliaria en la puerta de ellos, nunca lo vi. Aunque la verdad es que a veces

creo que podría tener un elefante adelante y tampoco lo vería.

A mediodía ya se habían ido.

Y entonces me puse a pensar en esa cosa rara que te da en la panza cuando cerrás por última vez la puerta de una casa que fue tu hogar. Cuando cerrás la puerta o unos minutos antes, sobre todo unos minutos antes. Cuando recorrés los ambientes mirando las paredes desnudas, las marcas de los cuadros y de los muebles. Hay un silencio desconocido ahí, un silencio espeso, lleno de ecos. Son los ecos de las risas y de las palabras y hasta de los gritos y las discusiones, los ecos de los momentos buenos y malos que van a quedarse para siempre en ese lugar, aunque de alguna forma los llevemos también con nosotros. Es un vacío, un vacío lleno. Y una sensación de extrañeza infinita. Tengo grabada la impresión de esos últimos minutos antes de cerrar nuestra casa de Florida, esa casa donde habíamos sido felices y de donde la enfermedad de Emilio nos expulsaba. Sentí frío de golpe, creo que fue el recuerdo el que me trajo el frío. Todavía tenía puesto el piyama y un saco de lana viejo encima. Me abracé y cerré los ojos. No sé cuánto tiempo me quedé así. Lo que sí sé es que lo que me arrancó de ese estado fue la voz de Martina.

«¿Y si comemos merengues de postre?». Me di vuelta y la miré, estaba sentada en el descanso de la escalera con una carita de picardía que hacía siglos no le veía. Sentí felicidad. FELICIDAD. Con todas las letras, en mayúscula. También hacía siglos que no la sentía.

29 de mayo

Vamos bien, dijo Suárez cauteloso. Yo lo llamé para atacarlo con preguntas después de la última sesión que tuvo con Martu, y el tipo como siempre me respondió con lo justo. Volvió a hablarme de proceso, de paciencia, de prudencia. Las benditas “pe” de costumbre. Las putas “pe” de costumbre. Y yo sé que tiene razón, sé que es de a poco, paso a paso… más “pe”. Claro que igual me nace una cosa adentro que quiere respuestas, y vuelvo a ametrallarlo, pobre. A esta altura, con el tiempo que llevamos, ¿no tiene un diagnóstico en mente? Sí, claro, tiene más de uno. Porque el cuadro de Martina es compatible con varios diagnósticos, por eso lo mejor es esperar la evolución. «La evolución clínica es la que va a darle un nombre, ¿se entiende?». Ese “¿se entiende?” lo convertí inmediatamente en un «qué madre hinchapelotas que sos, querida, ya te lo expliqué un millón de veces, dejate de joder». Sin embargo, seguí insistiendo. ¿No estaba mucho mejor Martu? Yo lo veía, lo veía todos los días. Veía esos progresos pequeños, esos pasitos de los que él me hablaba, sabía

que Martu se estaba recuperando. Entonces el psiquiatra me explicó la diferencia entre remisión y recuperación. Una diferencia que me olvidé, pero que ahora voy a consultar.

Según la RAE, Recuperación y Remisión son "acción y efecto" de recuperar o recuperarse/de remitir o remitirse… Odio cuando el diccionario hace eso. Me pongo a buscar los infinitivos para transcribir las acepciones que me parecen más pertinentes.

* Recuperar:
Volver a tomar o adquirir lo que antes se tenía.
Dicho de una persona o de una cosa: Volver a un estado de normalidad después de haber pasado por una situación difícil.

* Remitir:
Dicho de una cosa: Ceder o perder parte de su intensidad.

Suárez me dijo que no hay recuperación todavía, que sí se puede hablar de remisión. No me gusta, me pincha el globo. Pero sé que tengo que creer, que confiar, él nos está ayudando.

30 de mayo

Mi terapeuta me preguntó si algo de lo que me dijo el psiquiatra en algún momento me llevó a pensar así. «¿Así cómo?», le pregunté yo.

A veces en la terapia empiezo a hablar descontroladamente, salto de un tema al otro y me es difícil seguir mi propio hilo, si es que lo hay. Me parece que estoy esperando la semana entera para ir ahí, a largar mi mugre. A veces me da culpa. Y entonces me digo que no, que la psicóloga está preparada, que es su profesión, que eligió hacer lo que hace y que además no sufre, no es una amiga que se pone mal porque le duele lo que le estoy contando.

«Ah, lo de hinchapelotas», le dije cuando caí. No, la verdad es que son ideas mías. Suárez jamás se mostró impaciente conmigo, más bien todo lo contrario. Desde el minuto cero me dijo que entendía lo difícil que era para mí, porque era muy difícil para cualquier padre.

Una tenía una hija sin problemas de salud, una hija que nunca más que una otitis o un dolor de panza, y de buenas a primeras su hija estaba medicada con psicofármacos. "Empastillada", como se le dice ahora. Qué término espantoso. ¿Cómo no iba a ser difícil? No había modo de que no lo fuera.

El psiquiatra me dio tiempo, paciencia, explicaciones. Lo sé. Tengo que ser justa, lo sé muy bien. Pero lo que no puede darme es lo que yo

quiero: la certeza de que esto se va a pasar por completo y no va a volver nunca más.

2 de junio

Ayer fue mi cumpleaños. Yo había encargado en la panadería una torta chiquita de frutillas y crema, que cortamos con Lena a la tarde, cuando pasó a darme un beso. Me trajo una lámpara de sal hermosa y me dijo que hay que tenerla siempre prendida en el dormitorio, que ayuda a un buen descanso. «Porque ioniza el aire o algo así». Vi que Martu la miró con ganas, y pensé que más adelante voy a regalarle una. Quizá también para su cumple, no falta tanto.

Lo que disfruté esa porción de torta… Sin que Martu se dé cuenta, trato de controlar las calorías que consumimos. Solamente nos damos un gusto cuando nace de ella, si se le da por pedir merengues o masitas. Ahí compro. Si no, prefiero no tener. Ya ni galletitas dulces encargo en el súper. Comemos tostadas o galletas de arroz o a lo sumo alguna vainilla.

No sé cuántos kilos engordó ni me interesa, pero sigo cruzando los dedos para que no repare en eso. Me aterra que entonces se plante y quiera dejar la medicación, o que vuelva a escupirla en el baño. Hace poco me mostró en qué rincones de la boca se guardaba los comprimidos que descartaba en el inodoro.

A veces me pongo a pensar si los cambios de medicación tuvieron sentido. A lo mejor no era que el antipsicótico anterior no funcionaba, sino que Martina no lo tomaba… Qué sé yo. Las preguntas retroactivas, en todo caso, no tienen sentido. Es mejor seguir avanzando.

Recién releí lo que escribí hace unos días. Ahí decía que no me quejo. No me quejo en general, en medio de esto que estamos pasando, aun en medio de esto, sé que tengo que ser agradecida. Podría ser peor. Pero sí me quejo, un poco me quejo, para adentro y con culpa, y por cosas menores. Por lo que extraño, por lo que ya no puedo hacer, por el tiempo que se nos va escurriendo. Es un tiempo que parece muerto, estancado, suspendido en el aire. Aunque yo sé que no, porque es un tiempo que estamos aprovechando para mirarnos adentro, mientras Martu sigue pasito a paso hacia su recuperación (no remisión, ahora que entiendo la diferencia), las dos nos miramos adentro. Y revisamos, ajustamos, corregimos, cambiamos. Asumimos responsabilidades (sobre todo yo, asumo responsabilidades) y nos quitamos lo inútil de encima.

Me acuerdo de las primeras semanas de esta pesadilla, me enojaba

mucho con la gente, con la hipocresía de la gente. Esa hipocresía que me obligaba a callar, porque quién no sabe que los demás son puras palmadas en el hombro y por detrás… O quizá peor, son puros ojitos de lástima, apretar los labios, menear la cabeza, y en el fondo agradecen para sus adentros que a ellos no les haya tocado. Pero con el correr de los meses también mi propia careta se cayó, y entendí que toda la vida había sido capaz de ejercer la misma hipocresía. ¿O qué hubiese hecho yo si en lugar de pasarle a mi chiquita le hubiera pasado a cualquiera de sus amigas? ¿Qué, si una de las madres que conozco desde la primaria se me acercaba en el súper y, entre las góndolas de fideos, me venía con el chisme? Hubiese puesto los ojos lastimeros y hubiese agradecido que a Martu no.

7 de junio

El otro día, cuando volvía de terapia, vi de nuevo un camión de mudanzas en el dúplex de al lado. Me metí rápido en casa, lo último que necesito es verme obligada a hacer sociales… No le di importancia, apenas lo comenté con Lena y con Martu.

Pero el fin de semana me quise morir. Aprovechando el solcito, nos habíamos sentado en el jardín después de almorzar. Martina se fue quedando dormida, y yo me puse a leer. La paz no duró ni diez minutos. De pronto una chacarera a todo volumen, hombres hablando a los gritos, mujeres riéndose como gallinas, pibes alborotados. Evidentemente los nuevos vecinos se habían levantado de la siesta. ¿Cuántos son?, pensé. Después de la chacarera, una zamba y así… Gente del interior, claro. Los males que mi mamá espantaba al campo me volvían multiplicados. La maldije, por más que en el cielo o en el infierno adonde está, seguro que mis maldiciones no le llegan.

Esa primera vez, a pesar de lo molesto no fue tan grave. Martu se despertó, refunfuñó un poco y se fue a su cuarto. Enseguida la oí tocar Imagine en el piano, y me recluí en el living con mi libro. Me dio bronca, pero miré la hora y me di cuenta de que no podía reprocharles nada. Eran las consecuencias de vivir en un dúplex, tan pegados unos de otros. Esto en la casa de Florida no nos hubiera pasado, me entristecí y seguí leyendo.

El día siguiente fue mucho peor. A eso de las once ya estaban los pibes enchufados a mil, pateando una pelota. Creo que son dos, pero parecen veinte. Y pensar que yo me quejaba de los anteriores, porque se tiraban de bomba en la pile… Si esto es en otoño, no quiero pensar en el verano. La mujer (la madre de los chicos, supongo) no solo cacarea cuando se ríe, también cacarea cuando habla, por supuesto, a

los gritos pelados. Igual que el hombre, que calculo es su marido.

Martu se levantó cerca del mediodía, yo ya tenía la comida lista, y nos sentamos a almorzar. No llegó a terminar su plato de risotto que se levantó de un salto y tiró la silla. «Le decís que se vayan, ¿me oíste? Que se vayan de una puta vez».

14 de junio

Claro que fui a tocarles el timbre, como me dijo mi psicóloga, como me dijo Lena. Me atendió la mujer, una flaca larguirucha de unos treinta y cortos. No podía explicarle que mi hija estaba atravesando un trastorno psiquiátrico y que el estilo de vida de ellos la alteraba. Así que me presenté y le di a entender de manera elíptica y con unos cuantos eufemismos nuestra necesidad de descansar.

Ella me explicó que el marido viajaba durante la semana y que los fines de semana les gustaba invitar amigos, familia, y hacer asados. Incluso nos invitaba el próximo sábado, si queríamos ir. Entonces fui menos elíptica, solo que la enfermedad (una enfermedad sobre la que no di detalles) me la eché yo encima. Ahí la larguirucha me dijo que iban a hacer sus mejores esfuerzos (así dijo: “nuestros mejores esfuerzos”) para no molestar. También hablé con Aída. «Son unos mersas, m´hijita. Ni siquiera lo hacen de malos, lo hacen de mersas que son». Ya iba a ver cómo les sacaba el tema cuando fueran a comprar. «Vienen día por medio a llevarse un kilo de yerba, deben tener la panza verde de tanto matear».

16 de junio

Anoche no pegué un ojo haciendo cuentas. No quiero hacerlas durante el día, para no correr el riesgo de que Martu me vea. La otra vez encontró unos tickets de la farmacia que yo me había olvidado de tirar. «¿Esto sale la medicación?». Obvio que le quité los tickets de un manotazo y le dije que no se preocupara. No le iba a explicar que eso sale uno solo de los remedios, y encima con el descuento del setenta por ciento para enfermedades crónicas. Lo que me dolió hacer el trámite, ver la firma del médico al pie de la planilla que decía “Psicopatología”. Di vueltas un montón de semanas, hasta que mi terapeuta me dijo que presentar ese formulario no significaba admitir nada. Ella tenía muchos pacientes que precisaban psicofármacos seis meses, ocho meses, un año, y gestionaban el descuento adicional.

Después, cuando ya no los necesitaban, le daban la baja a la petición y listo. Creo que recién ahí, al oír "cuando ya no los necesitan", me tranquilicé y pude encarar la gestión.

No me va a quedar otra que cambiar algo de dólares de la caja de seguridad. Me produce una impresión muy rara. Era plata que Emilio quería guardar "por lo que puta pudiera", como decía su papá. Y por lo que puta pudiera pasar, pasó.

22 de junio

Ayer en el consultorio de Julieta nos cruzamos con un chico que tendría más o menos la edad de Martu, iba con una pelirroja de pelo cortito, supongo que era su mamá. Nosotras salíamos, ellos entraban. Fue raro, nunca nos habíamos cruzado con nadie.

24 de junio

La situación con los vecinos no mejoró. No demasiado. Por momentos quisiera ir a acogotarlos, y por momentos todavía me da cosa. Sé que ellos no lo hacen adrede, son así. Mersas, como dice Aída. Ordinarios, como dice Lena.

Hay gente que no sabe vivir sin gritar todo lo que le pasa, lo bueno y lo malo. Gritan los orgasmos, gritan los insultos. Si hay fiesta, gritan. Si hay pelea, gritan. Me hacen acordar a mis padres, aunque casi siempre sus gritos eran de los segundos.

No quiero tomarles bronca, pero no lo puedo evitar. Por culpa de ellos volvieron las ideas raras de Martu. «Sacámelos de acá», me grita cuando empiezan con la música y con las risotadas. No sé qué piensa cuando lo grita, y tampoco me atrevo a preguntar.

El psiquiatra me insiste con las tres "pe", y yo me desespero. Lo hablo con mi terapeuta, y ella me dice con el tonito especial que usa cuando quiere que tome nota de algo, que quizá no es la gente, quizá es que simplemente todavía "no pasó". La puta madre.

25 de junio

El momento en el que uno se da cuenta de que algo malo pasa en la cabeza de su hijo es un momento clave. Vital. Uno deja de ponerse

excusas, se caen las barreras del autoengaño y lo asume. Y asumirlo, claramente, es el primer paso para poner manos a la obra.

No sé ni cómo lo hice, no sé cómo me animé a planteármelo. Ahora que lo pienso en frío, de veras que no lo sé. Cómo fui capaz de no mentirme, de no dibujarme la situación de ninguna manera, de no inventar excusas que dilaten y de decirme a mí misma que lo que estaba pasando era esto, este horror, lo que jamás en la vida me hubiese esperado, algo que me empujaba a un abismo sin ninguna clase de preparación. Una incógnita total, maldita. Pero sí, tuve el coraje de admitirlo, de no mentirme y de salir a pedir ayuda. A tientas, atropelladamente, como pude.

Repaso la secuencia, este cuaderno me ayuda. Los objetos más preciados de Martu en la basura, su cuarto despojado de pósteres y adornos, la incoherencia de que no los regalaba porque no era una asesina, la reacción disparatada frente a la noticia del hallazgo del cadáver de la adolescente, el encierro en su cuarto, los insultos, los golpes, la furia… No podría precisar en cuál de esos escalones decidí afrontar la situación sin velos, sin atenuantes. Porque quizá fue antes de llamar a la psicóloga, antes de la ambulancia. Internamente, sin siquiera representármelo de manera coherente y prolija, de decírmelo con todas las palabras, en alguna parte ya sabía que mi chiquita había perdido la cabeza.

30 de junio

Aída me tocó el timbre a la hora de la siesta. Me trajo un budín de naranja y la mejor noticia del mundo: los de al lado son inquilinos, y el contrato es por seis meses. «El dúplex lo compró el tano de acá a la vuelta». Le pregunté qué tano. «No importa, no lo conocés, está podrido en guita». Parece que lo compró para la hija, que está por casarse, y mientras tanto decidió alquilarlo unos meses. «A ese tano roñoso no se le escapa una, como si necesitara la plata».

2 de julio

A veces me pongo a releer lo que escribo y me sorprendo de mí misma, de las cosas que pienso, las que pienso ahora o a lo mejor ya pensaba antes, solo que nunca me había detenido en ellas.

La vorágine del día a día (me falta corregir una pila de exámenes, qué preparo de cenar, tengo que llevar el blazer azul a la tintorería,

nos estamos quedando sin detergente, incluyo o no le-plus-que-parfait en la prueba de segundo, Martu precisa un par de zapatillas, mañana vence el impuesto municipal, no me acuerdo si pagué la Mastercard), esa vorágine es la telaraña que nos tiene atrapados, inmóviles, y no nos permite hacernos preguntas profundas, seguramente más importantes que el blazer azul y le-plus-que-parfait.

Quizá también con eso tenga que ver también el equis equilibrio, y es equis porque la equis representa una incógnita. ¿Qué balance debe existir, el balance de qué elementos, para que nuestra vida entre en ese estado de equilibrio? Un equilibrio entre hondo y superfluo, entre deseo y posibilidad, entre espíritu y materia, entre saber e ignorar, entre darse y guardarse, entre decir y callar… es una lista infinita. Porque en definitiva es un equilibrio que todos ansiamos, que todos necesitamos, sin saber a ciencia cierta de qué se trata.

4 de julio

Hoy nos volvimos a cruzar en el consultorio de Julieta con el chico y su mamá. Ahora sé que es su mamá y que se llama Teresa. En realidad, fue mucho más que cruzarnos. Martu y yo llegamos, y ellos estaban sentados en la sala de espera. Nos saludamos como la otra vez, y a los minutitos entraron Martina y el chico. Martu a ver a Julieta, y el chico a ver al psicólogo que atiende en el consultorio de al lado. Al principio yo abrí mi libro y traté de concentrarme en la lectura. Miraba de reojo a la mujer, que hojeaba una revista que había agarrado de la mesita. Creo que las dos teníamos ganas de hablar, pero ninguna se animaba a dar el primer paso. Y al final no sé bien si fue ella o si fui la yo que preguntó una pavada que ni siquiera venía al caso. Entonces nos presentamos. Me contó que su hijo Agustín tenía dieciocho años, era “el del medio” y hacía cinco meses que se trataba con el licenciado. Yo le conté algo de Martu. Aunque fue una conversación trivial, sentí que por debajo corría algo más. Y fue una linda sensación.

5 de julio

Llevamos varios días buenos. No, más que buenos: muy buenos. Cuando los fines de semana se viene la festichola en lo de los vecinos, tengo el clonazepam a mano. Igual, como ya hace mucho frío, el asadito se lo comen adentro. Me aferro a la esperanza de que se

cumpla el anticipo de Aída y que la hija del tano me saque a esta gente de encima. Es la única esperanza a la que me quiero aferrar, no quiero volver a pensar que esto ya se terminó, no quiero. Me recuerdo todo el tiempo lo que los profesionales dicen. En psiquiatría muchas veces el diagnóstico se tiene con el diario del lunes, la bendita evolución, la clínica… Las tres "pe", las tres "pe" las repito como un mantra.

6 de julio

Martu se fue a acostar antes de la cena, dijo que le dolía la cabeza. Me preocupé, como siempre me preocupo ahora. Le consulté al psiquiatra si podía darle un paracetamol y me dijo que sí, que no había ningún problema. Después me quedé pensando en que quizá era una pregunta estúpida, que se lo podría haber dado y listo… Pero en fin, el de los psicofármacos es un mundo nuevo para mí, y me da miedo meter la pata. Un día, al principio, me equivoqué de caja y le di 2 miligramos de clona en lugar de 0,50. Cuando me di cuenta casi me infarto. Llamé a Suarez llorando a moco tendido, creía que Martu iba a entrar en un coma o que iba a pasar algo peor. «Va a dormir mucho, tranquilícese. Y trate de dormir usted también», me dijo, y yo le eché mil bendiciones.

Acabo de calentarme un poco de soufflé de calabaza que quedó del mediodía y me traje el cuaderno acá.

Mientras escribo, tengo la tele prendida sin volumen. No solo para no molestar a Martu, más que nada para no molestarme a mí con los gritos desaforados del conductor. Es un programa de juegos. En el bloque anterior, una mujer joven con un montón de lápices en la mano los iba tirando de manera que dieran una voltereta en el aire y fueran a parar a un lapicero que estaba encima de una tarima. Cosa tonta y rara, pensé. Pero al final se ganó no sé cuánta guita. Ahora, un pelado panzón va girando alrededor de la tarima con un tallarín crudo en la boca, tratando de enganchar en ese tallarín varios mostacholes, también crudos, que están desparramados en la tarima. Otra cosa tonta y rara. Y lo ridículo que se ve. Pero de nuevo se gana una barbaridad de plata.

Pienso en lo que me cuesta llegar a fin de mes y que en cualquier momento voy a meter mano a los ahorros… y entonces siento que la tonta, la rara y la ridícula soy yo.

7 de julio

«No sé qué te sorprende», me dijo Lena. Fue lindo que se quedara a tomar unos mates conmigo cuando volví de terapia, no siempre puede. Y me hizo acordar que hasta la final del "Feliz Domingo" había cambiado en los últimos años del programa. Pasaron de las preguntas y respuestas al "cofre de la felicidad", que abría el estudiante que tenía la suerte de elegir en una bandejita la llave ganadora. Y el estallido de los pibes y los saltitos de Silvio Soldán y la música de cierre. «Puro ojete, Sonia, acá es todo así. Para qué te vas a amargar».

Y sí, para qué me voy a amargar. Y no, la verdad es que no sé qué me sorprende. Ya no se premian los conocimientos, ni siquiera la buena memoria. Antes sí, antes había que saber cosas. Cuando yo era chica todo el mundo recordaba el programa "Odol pregunta", con Cacho Fontana. Mi papá siempre hablaba con admiración de Claudio María Domínguez, que en aquel entonces era un pibito superdotado y contestaba sobre Mitología. Y también hablaba de Yorga Salomón, aunque a ella no la admiraba tanto, porque la señora contestaba sobre Peronismo y él venía de una familia muy radical. «Familia de gorilas resentidos», diría mi mamá, y le recordaría con exagerada emoción que gracias a Evita su madre tuvo la máquina de coser para hacerse de unos pesos cuando su padre las dejó. Recuerdos rancios, con olor a naftalina, pero imborrables.

8 de julio

Pasado mañana. Faltan solamente dos días para que Martu cumpla sus veinte años. Una edad tan hermosa, tan asociada a la salud, a los proyectos, al futuro… Y yo ni siquiera sé qué regalarle. Había pensado que cuando este momento llegara iba a ser muy distinto.

Cuando la vida te aprieta el cuello un rato largo y al final afloja un poco, lo primero que a uno le sale no es un grito, una inspiración profunda, ni siquiera una puteada. Son preguntas, son un montón de preguntas…

¿Martu podrá estudiar, recibirse, ejercer su profesión?

¿Podrá formar una pareja, casarse, tener hijos?

¿Podrá sostener una familia, sostener un empleo?

¿Podrá llevar adelante una vida "normal"?

Si la respuesta es afirmativa, ¿la persona a la que ella elija debe conocer este capítulo de su historia?, ¿tiene derecho a eso?

Pienso en cómo hubiese reaccionado yo, unos meses atrás, si Martina me venía a contar que salía con un pibe que tenía antecedentes psiquiátricos.

11 de julio

No estuvo nada mal. Encargué una torta de chocolate chiquita y unos pocos sándwiches de miga. Estuvimos solo las dos. Mi hermana le mandó un saludo a través de mi celular, porque obviamente no pudo comunicarse al de ella. Y también Euge, que me preguntó si un día de estos podía pasar a verla. No quise consultarlo con Martu todavía.

Yo le había comprado un libro sobre cómo componer canciones de manera sencilla (últimamente lo viene intentando) y un colgante de plata con una mariposa. Lo elegí porque me pareció que era un símbolo de lo que Martina llegaría a ser cuando superara esta crisis. Le encantaron los dos regalos, devoramos los sandwichitos y cantamos a dúo el Feliz Cumpleaños.

17 de julio

Yo le había contado a Teresa que Martu cumplía el 10, y ayer me sorprendió con un paquete para ella. «No digo que es una pavadita porque dicen que no hay que decir que es una pavadita, pero es una pavadita». La reté, como corresponde en estos casos. Que no hacía falta, que cómo se le ocurría. Entonces me dijo que ella tejía de toda la vida, que le resultaba entretenido y sobre todo terapéutico. «Te imaginarás que en estos meses tejí guantes, chalecos y mantas para medio mundo», se rio. «A Martu le hice una bufandita rosa chicle y lila». Yo le había dicho que esos eran sus colores favoritos. El abrazo que le di…

19 de julio

A Martina le encantó la bufanda. «¡Son mis colores!».

Y sí, son sus colores. Ahí me di cuenta de que a veces, cuando alguien que amamos se enferma, dejamos de hablar de qué comidas, qué colores, qué cosas le gustan. Hablamos todo el tiempo de las circunstancias de su enfermedad. De dosis, de recuentos, de valores, de entes abstractos que dicen poco y nada de quién es. Algo así me pasó con Emilio, a pesar de mi amor y mi preocupación, la mayoría de

las conversaciones que mantenía con los demás sobre él se basaban en datos.

Lo curioso fue que de lo primero que nos pusimos a charlar con Teresa fue del piano y los cómics de Martu, de la pasión por los Rolling y el básquet de Agustín. Ahora entiendo que lo precisábamos. Sin necesidad de palabras, habíamos llegado a un acuerdo fundamental: ninguna patología, ningún diagnóstico iba a devorarse a nuestros hijos.

20 de julio

Hoy Martu es una especie de crisálida que espero, que ruego, dé a luz a una mariposa colorida, llena de vitalidad. Lo pensé el día que le compré el regalo y lo pienso ahora. Cuando a lo largo de la vida nos toca parirnos a nosotros mismos, como le está sucediendo a ella, como me está sucediendo a mí, nacemos más fuertes.

¿Y si al fin y al cabo es cierto que esto pasa por y para algo?

La primera acepción de brote, según el diccionario, es pimpollo o renuevo que empieza a desarrollarse. Y quién soy yo para contradecir a la RAE.

22 de julio

Ya van tantos días buenos que casi ni llevo la cuenta.

Suárez encontró el punto justo para estabilizar a mi chiquita.

Martu está chocha con Julieta, dice que la entiende, confía en ella.

La cosa fluye, no voy a decir con naturalidad (nada de esto me parece natural), pero se va encaminando.

Estoy feliz, aunque no me animo a decirlo fuerte, estoy muy feliz…

24 de julio

Teresa me dijo que a veces ella también se obsesiona buscando indicios o supuestos indicios, señales que en medio del caos cotidiano (mucho más caos que el mío, siendo madre de tres y divorciada) no vio. Y yo le dije que no sé, que a lo mejor no siempre los hay. O capaz que sí, y compartimos la misma ceguera.

«Un buen día llegué del súper y me encontré a Agustín comiendo

tierra de una maceta del patio. Así como lo oís». Y a partir de ahí empezó a hablarle de Dios y de la pureza, del nuevo orden y del renacimiento del hombre. Ella primero pensó que era broma, después se puso a averiguar qué podía estar consumiendo. «Hoy por hoy no hay que andar con anteojeras, a cualquier familia le puede tocar». Y no, ni broma ni consumo. Lo supo una tarde que volvía con el más chico de la escuela y se encontró con Agustín desnudo en la calle, "predicando". Me dijo que como no podía meterlo adentro de la casa «no sabés la fuerza que hacía, Sonia, una fuerza de otro mundo», entró a buscar una manta para taparlo y llamó a su hijo mayor al trabajo. «¿El padre? El padre bien, gracias». Yo no lo podía creer. «Creelo, es el día de hoy que apenas aparece. Ni pone un mango para el tratamiento, olvidate». Le pregunté si no exageraba un poco, quizá la bronca de la separación y eso… «Te juro que no, en esto no exagero, Sonia. No es fácil. Los tipos se rajan con otra mina, por lo general más joven o más tetona. El tiempo que les dura la culpa, que no es mucho, te pasan la cuota sin problema, les compran cosas a los pibes, y después ya está. Arreglátelas. Y si no te gusta, te vas a ver a tu abogada para demandar. ¿Sabés el tiempo y la energía que te lleva eso? Además, por supuesto, la plata, porque la abogada gratis no labura. Así que al final una dice ma sí, andate a la mierda y listo».

Aquella misma tarde lo internaron en una clínica psiquiátrica. «No sabés lo que fue, Sonia. Los gritos, los empujones, la ambulancia. No me lo olvido más. Te lo cuento y me pongo a temblar. No, no me lo olvido más».

Me acuerdo palabra por palabra de esa charla. Cada encuentro con Teresa es abrir más y más el corazón. Entre nosotras no hay miedo a las etiquetas, no hay prejuicios ni hay vergüenza.

25 de julio

La vida nos enseña a las patadas, sí, a las patadas limpias, de eso no hay duda. Pero me sigo planteando lo que hablamos con Teresa, si será cierto que los cambios suceden así, de repente. ¿De veras las cosas cambian de un día para el otro? Quizá no, quizá las cosas se van moviendo de a poquito en la semioscuridad, sin que seamos del todo conscientes. Igual que en el teatro, que entre una escena y otra muchas veces arrastran partes de la escenografía de aquí para allá: entran una mesa y tres sillas o un diván, se va una cama o lo que simulaba ser un velero. Qué sé yo, ideas que se me ocurren. En todo caso, parece más lógico que los cambios se vengan gestando en silencio, incluso que se vengan incubando, como las enfermedades,

como esto.

26 de julio

Escribo mientras suena el piano. Está de buen humor Martu. Ahora, además de tocar se le dio por cantar, y la verdad es que canta lindo. No conozco la canción, será de una banda de las que le gustan, pero me encanta escucharla.

Hace un ratito se fue Lena, le conté lo que hoy planteé en mi terapia. Es una duda que me surgió al escuchar a Tere y leyendo sobre distintos casos. ¿Por qué hay como una serie de comportamientos típicos en los trastornos psiquiátricos? ¿Por qué la mayoría de los pacientes quieren matarse, escaparse de casa? ¿Por qué tantos hablan de las mismas cosas? ¿Hay un cerebro-base común a todas las personas? No sé si se lo planteé bien a la terapeuta, si se lo expliqué bien a Lena. La psicóloga empezó a hablarme de las representaciones psíquicas y armó una ensalada con los mitos, los símbolos, Jung y sus arquetipos y demás. Yo me perdí enseguida, me puse a pensar qué buena idea juntarnos en casa con Tere y con Agustín para celebrar la evolución de los chicos.

27 de julio

Recién hoy le pregunté a Martina si tenía ganas de ver a Euge o a alguna de las chicas. Me dijo que por ahora no. Seguimos en lo que Suárez llama “internación domiciliaria”. Martu está todo el tiempo cuidada, no puede salir sola, no maneja la medicación. Nunca más habló de escaparse, ni lo intentó. A veces tengo la sensación de que el mundo de afuera dejó de interesarle.

29 de julio

Teresa me contó que ya volvieron a poner los cuchillos en el cajón del bajo mesada y que el psiquiatra le va a bajar la dosis de antipsicóticos a Agustín. Logros. Lograzos. Le dije que teníamos que celebrarlo y me dijo «piano piano».

Le pregunté por qué, aunque en el fondo lo sabía. A mí me aterra pensar que en algún momento Suárez va a bajarle la medicación a

Martu. Claro que es lo conversado, y además es lógico y esperable. Si sigue evolucionando, no hay duda de que llegará la hora. ¿Y qué va a pasar entonces? Por eso, porque lo sabía, no me sorprendió ni un poco su respuesta: «¿Y si reaparecen los síntomas?».

Y ahí claramente hay dos miedos, no solo volver a pasar por la pesadilla, sino también enterarnos de que no se trató de un episodio único. Que nuestros hijos van a tener que aprender a convivir con eso, a tomar medicación de por vida… Le vi el terror en los ojos, era el eco del terror que yo tenía adentro.

31 de julio

Creo que una de las palabras que más aparecen en este cuaderno es miedo… Miedos macro, miedos micro, miedos que son monstruos y se llevan por delante cualquier posibilidad de proyectar, de imaginar el futuro, y no el futuro de acá a diez años: el futuro de acá a diez días. Tanto miedo, miedo a todo, todo miedo. ¿Será que siempre fui así y recién ahora soy consciente de eso? No, no creo. Ahora es ese miedo a qué va a pasar el día que el psiquiatra le baje la dosis, esos dos enormes miedos, los que hablamos con Tere.

Me aferro a la recuperación que veo, a la "remisión" digamos. O no, a la recuperación, yo quiero seguir hablando en lenguaje de mamá. Me aferro a la recuperación, en mi cabeza trato de convencerme de que ya pasó lo peor, de que avanzamos. Y al mismo tiempo me horroriza la idea de volver a foja cero. Es raro, rarísimo. Es un oxímoron. Creo en la recuperación y me horroriza la idea de volver a foja cero. Entonces, ¿creo en la recuperación?

El problema es que hay algo jodido de entrada. Algo complicado, incluso medio perverso, que es no poder soltar la confianza. Se me permite, sí, pero si la tengo con la rienda corta. Siempre el pie arriba del freno, regulando, nunca en el acelerador.

1 de agosto

Todos los primeros de agosto la mamá de Emilio se tomaba en ayunas un vasito de caña con ruda macho. Decía que era un homenaje a la Pachamama, un ritual para que ella alejara los males y nos brindara prosperidad y salud. Si la protección se extendía a la familia, está claro que a la Pachamama le importó un carajo. Tomar una cosa tan fea para nada… pobre mi suegra.

2 de agosto

Martu se enganchó a ver una serie de documentales sobre la naturaleza. Por fin algo inofensivo, que no le dispara pensamientos raros. Otra oportunidad de relajarme, y vamos sumando: mientras duerme, mientras toca el piano, mientras mira los documentales de los animalitos.

5 de agosto

Esta semana falté a terapia. Lena estuvo ocupadísima, a su mamá la operaron de la rodilla. Lo que se disculpó… Me partía el alma. «¿Perdón por qué? Me estás haciendo el favor de mi vida, Lena», le dije. Pero no se tranquilizó, sé cómo es (un poco como yo), y se siente en falta.

Igual, una semana sin terapia es soportable a esta altura, viendo a Martu mejor es soportable. Y son muchísimos los avances que hice en el último tiempo, todo lo que pude descubrir, destrabar. En cierto sentido, esta vez me acerqué al análisis mucho más abierta, mucho mejor dispuesta que cuando fui por lo de Emilio. Lo que pasa con Martu me dejó más que desnuda, me dejó en carne viva.

Una sueña en que las cosas sean de nuevo como antes. Pero a veces no hay un antes adonde volver. Y en una de esas, pienso, no necesariamente es malo. Este viento que nos arrastra nos va a dejar en un lugar distinto, lo sé. A lo mejor no peor. A lo mejor, en muchos sentidos, más verdadero.

6 de agosto

«Caos interno, caos externo», me dijo Tere. Al menos en el caso de Agustín fue así. «No sabés con lo que me encontré el día que me puse a limpiar su cuarto…». Teresa, respetuosa de la intimidad de su hijo, no se metía nunca en su dormitorio. Se suponía que él mantenía las cosas en orden, ese era el acuerdo. Antes de que le dieran el alta en la clínica, quiso cambiarle las sábanas y pasar un trapo. «Mugre de la época que te imagines, Sonia. Papeles de golosinas en los cajones de la mesa de luz, pañuelos descartables usados, medias y calzones sucios

abajo del somier, ropa hecha un bollo en los estantes de la biblioteca y adentro del placar, colillas de cigarrillo, biromes y cuadernos con hojas arrancadas, tirados en el piso. Un asco».

Yo me quedé mirándola. No le dije nada. Siento que a veces lo único que necesitamos es sentirnos escuchadas. No sé si ella lo percibió, pero ahí me hizo una confesión que me dio mucha ternura. Después del primer día en que nos cruzamos, no hubo casualidad. Tere le pidió al psicólogo que le cambiara el turno para que pudiésemos coincidir.

7 de agosto

El miedo, pensar que hace unos pocos días escribí tanto sobre el miedo… El miedo que tiñe estas páginas que escribo, el miedo que no es zonzo, según el refrán.

Y parece que hay que darle la razón al dicho, desgraciadamente.

Anoche Martu miraba uno de los documentales de animalitos con toda tranquilidad. Incluso en un momento lo paró y vino a la cocina a preguntarme si yo sabía que los hipocampos formaban una única pareja a lo largo de sus vidas. «Son refieles, ma». Yo me reí, le dije que lo había escuchado por ahí y que si no me equivocaba algo así pasaba con los pingüinos. Me comentó un par de cosas más, que la biofluorescencia, que el periodo de gestación, que la expectativa de vida.

Ella volvió al living y yo me quedé pensando en la fidelidad. Claro que era más fácil para un caballito de mar, que vivía unos cuatro o cinco años, que para el hombre. Y ahí enlacé con Tere y su exmarido, el tipo que la dejó por otra más joven o más tetona. La última vez que nos vimos le pregunté cómo está la relación entre Agustín y el padre. «Lo pasa a ver de tanto en tanto, se mantiene a una prudente distancia. Deja que las decisiones las tome yo, que estoy más acostumbrada. ¿Acostumbrada a qué, a tener un hijo con un trastorno psiquiátrico? Pero mejor, si no ayuda por lo menos que no estorbe, que se quede donde está». No sé con qué cara la habré mirado, porque enseguida me dijo que con la plata se arregla, que los padres le dan una mano. Ella es diseñadora gráfica, y al principio, cuando la bomba le cayó en el medio de la vida, le pasó como a mí. «Muchos laburos se me cortaron, recién ahora estoy retomando algunos, de a poco. Vos sabés lo que es esto, hay que estar a disposición». Y sí, hay que estar a disposición para llevarlos al psicólogo, al psiquiatra, para acompañarlos en casa (para “vigilarlos”, por feo que suene), para darles la medicación. Y eso atenta contra la posibilidad de sostener un

trabajo, aunque sea desde casa, como el de Teresa. Leí que mucha gente se endeuda fuerte durante el tratamiento de su hijo o de un familiar del que está a cargo. «Al margen de eso, Sonia, me preocupa mucho el impacto emocional que esto tiene en los hermanos». Me contó que el mayor trabaja de encargado en un local de ropa y está poco en la casa, que lo más difícil es arreglárselas con el más chico, que muchas veces tiene que presenciar escenas para las que no está preparado (¿quién podría estarlo?, nadie, pero menos un nene). «Y ahí estoy yo, Sonia, te juro que me las veo negras tratando de explicar lo inexplicable».

Yo revolvía la salsa para los fideos pensando en que a lo mejor lo que siempre consideré un mal (no haber podido volver a embarazarme) en este caso era un beneficio. ¿Cómo haría para lidiar con esta situación teniendo que ocuparme de otros hijos? A medida que más la conocía, más la admiraba. Tere y su exmarido y sus dificultades económicas y sus padres y sus otros hijos. Tere, una especie de pulpo atajando penales. De la imagen del pulpo volví a la del caballito de mar, donde había empezado. Y justo ahí se cortó la luz.

Le grité a Martu que me esperara, que prendía unas velas y ya iba con ella. Busqué las velas en el cajón, manoteé la caja de fósforos y encendí dos. Agarré un par de platitos, las pegué encima. Lo de siempre, lo de tantas veces. Apagué la hornalla, dejé una vela en la cocina y con la otra fui al living. Cuando llegué, la cara de Martu era otra. «¿Y ahora?», me dijo desafiante. No entendí de qué me hablaba, o no quería entender. «De nuevo con lo mismo, tuvieron que cortar la luz, decime por dónde van a entrar, no te hagas la boluda».

IV

Sonia se levanta, va al baño, se moja la cara.

El solo recuerdo de aquella noche le resulta insoportable.

Vuelve a sentir el cachetazo de la decepción, el puñal en la herida.

Apoya las manos en el pecho, como para asegurarse de que el corazón sigue ahí. ¿Cómo puede, todavía, doler tanto?

Hace pis, va a la cocina y se sirve un vaso de agua. Le cuesta tragar.

Camina con pasos temblorosos hacia su cuarto. Pero antes de llegar se detiene en la puerta de la que fue la habitación de Martina, de Martu, de su chiquita. Ahí la primera pieza del dominó se desplomó sobre otra, y esa otra sobre otra más, iniciando el derrumbe. Maldito efecto imparable.

Gira el picaporte. Entra. No enciende la luz, la que viene del pasillo le basta.

Toca las paredes desnudas, el acolchado lila, la lámpara de sal en la mesita de luz. Se sienta en la cama.

Inhala hondo, suelta el aire despacio, mueve el cuello, mira alrededor: todo como entonces, todo tan distinto.

Cierra los ojos y se queda un rato así, absorbiendo el aire de ese cuarto que alojó los sueños y las pesadillas de su hija. Y sus propias pesadillas.

Se levanta, estira los músculos de la espalda, regresa a su cama.

El reloj miente las cuatro y veintisiete. El reloj siempre miente, porque el tiempo avanza y a la vez está detenido donde, aun después de doce años, sangra.

9 de agosto

Es como una especie de juego de la oca perverso, te hace creer que estás por llegar a la meta y de pronto te manda tres casilleros atrás. No, qué tres. Cinco, quince, mil.

10 de agosto

Me vine a pique, ni ganas de escribir tengo.

Son tan rápidas las alegrías y tan lentos los dolores…

¿Por qué me subo tan pronto al alivio? ¿Por qué, si me lo explicaron un millón de veces? «La formación delirante va a seguir estando durante mucho tiempo, a veces más florida, a veces menos». Puedo repetir con terminología exacta lo que me dicen, a nivel intelectual no me representa el menor problema.

Me cuestiono todo y cuestiono a todos. A Julieta, a Suárez, a mí misma.

Encima estoy fumando como un escuerzo. Pensar que me había prometido que cuando se terminaran los puchos de Emilio no iba a comprar…

Dios, si es que existís, dejá de esconderte de una puta vez.

11 de agosto

Soy ridícula, después de todo, se cansaron de repetírmelo. Mi psicóloga, la de Martu, el psiquiatra. Proceso, paciencia, prudencia. Las dichosas tres "pe", a las que con gusto le agregaría una cuarta: la puta que te parió.

12 de agosto

Releo, repienso. ¿Caos interno, caos externo? No, se ve que no siempre es así.

Martina era la alumna ejemplar, la hija colaboradora y ordenada. La "antiadolescente", al menos en casa. Ni una media en el piso, ni una miserable hoja de carpeta fuera de su lugar. «¿Te ayudo en algo?» «¿Querés que ponga la mesa?» «Dejame a mí, que estás cansada».

La procesión por dentro.

13 de agosto

No estaba de humor. Para ninguna cosa, y menos que menos para ellos. Igual les abrí, y creo que lo hice a propósito. Los había visto en la cuadra de enfrente cuando salí a barrer las hojas de la entrada, por eso sabía que me iban a venir a tocar el timbre.

En realidad, nunca me salvo. Pero mi estrategia es dejar que se cansen de tocar (algo que cuesta mucho, porque a insistentes no les gana nadie) y al final se vayan.

Hoy no, un poco porque tenía miedo de que Martu se despertara con los timbrazos y otro poco, ahora pienso, porque quería putearme con alguien.

Las dos mujeres eran jóvenes, llevaban abrigos de paño, bufandas y polleras ridículamente largas para su edad. El pibe que las acompañaba, de unos quince o dieciséis, abajo del sobretodo tenía traje y corbata. Qué necesidad.

A pesar del frío no los hice pasar. Los dejé señalarme unos pasajes de la biblia y convidarme algunas de sus revistas. Para ser más cruel, lo mejor era mostrarme discretamente interesada, incluso sonreírles un poco.

Mientras los dejaba hablar, me acordaba de aquella vez en la que Emilio los había atendido en nuestra casa de Florida y se había puesto a retrucar cada uno de sus argumentos, los había dejado exhaustos. Jamás volvieron a tocarnos el timbre. Les peleaba por el famoso tema de los ungidos, que según ellos eran ciento cuarenta y cuatro mil. «¿Qué vida eterna ni vida eterna? Si contamos a todas las buenas personas que ya se murieron, las ciento cuarenta y cuatro mil vacantes están cubiertas hace rato, no pierdan el tiempo conmigo». Emilio les decía que la bondad gratuita no, que de ninguna manera. Si a él no le aseguraban un puesto en el cielo, no iba a esforzarse para hacer el bien en un mundo tan poco favorable. Yo me reía desde la cocina. Cuando se cansó de apabullarlos, los despidió con amabilidad. A partir de ahí, los veíamos todos los fines de semana caminando por el barrio, y a lo sumo nos saludaban de lejos.

Esta vez no solo les discutí el cupo del cielo, también por qué no cantaban el himno ni festejaban los cumpleaños ni comían morcilla. Y les discutí a muerte. Como si de veras algo de eso me importara.

14 de agosto

Ahora entiendo que lo peor son las recaídas. No las de ella, las mías. Me resulta tan fácil convencerme de que como hubo dos o tres semanas buenas… Y no, el desánimo me mata a la cuarta.

Encima ahora sueño cosas horribles. De día tengo la cabeza cien por ciento en el tema, y se ve que de noche también. Me despierto transpirada, con el corazón a mil y una angustia que me parte. Las pesadillas son tan desesperantes que no quiero ni escribirlas, como si escribirlas las fuera a acercar un paso más a la realidad. Además, si no las escribo tengo la esperanza de llegar a olvidarlas.

15 de agosto

El amor importa igual que la olanzapina y que el clonazepam. Si no fuera por Lena, que sigue firme como un soldado al lado mío. Si no fuera por Aída, que me mima con salamines y pastelitos. Si no fuera por Tere… Si no fuera por ese amor que me sostiene, no sé cómo podría lo que todavía puedo.

16 de agosto

No importa cuánto mi cabeza haya querido convencerme de que mantenía la esperanza dentro de los límites razonables. Esa idiotez de acelerar y frenar que escribí por ahí arriba. Puras pavadas. En el fondo estaba convencida de que habíamos dado vuelta la página. Y ahora me quiero morir.

No.

Morir no, qué digo.

Hay que ser fuerte. Hay que sacar de donde a veces se cree que no se tiene. Hay que seguir.

Hay que seguir, aunque no se pueda más.

19 de agosto

Ayer Tere me regaló una canastita tejida preciosa, me dijo que la podía usar para guardar los broches del pelo, las hebillas. Prendida en el paquete venía una tarjeta en la que había escrito con letra un poco chueca: «Soy tu eco, sos mi espejo, y viceversa». Me reí con lágrimas en los ojos. No podía decirse con mejores palabras.

Esto es un puto juego de la oca, es cierto, pero no estamos solas.

Ella me contuvo en estos días, me dijo con palabras de mamá, de mamá a mamá, lo mismo que los profesionales. Y la verdad es que me llegó de otra manera. «Yo también me enojaba, Sonia. Con la psicóloga, con el psiquiatra. Al pobre hombre una vez lo mandé a la mierda. Y mirá que es un profesional excelente, de lo mejor. Pero es un ser humano, no es un mago ni tiene la bola de cristal». Después se dio cuenta de que lo que pretendía era eso, que alguien le anticipara el futuro, y encima no cualquier futuro, un futuro que a ella le gustara.

Tere sabe de frustraciones, chascos, recaídas, descompensaciones.

De este ejercicio de caer y volver a levantarse mil veces, todas las que haga falta.

Me contó que ahora Agustín le dice que tiene los primeros meses del brote borrados, que apenas se acuerda de algunos flashes. Parece mentira, pero no es ilógico. «Él no era él, no estaba en él, estaba en otro lado», me explicó Tere. Y cómo no entenderla. ¿Pasará lo mismo con Martu? Ojalá que sí, que el recuerdo del brote sea difuso, una especie de ausencia, de sueño lejano.

El alivio que me provoca hablar con Tere es infinito. Me da la impresión de que vamos de la mano por un túnel húmedo y oscuro, y una de las dos lleva una linterna: a veces ella, a veces yo.

Ya no me siento un monstruo diciendo en voz alta que extraño ir al cine, que extraño las clases de Pilates, que extraño salir a caminar, que extraño trabajar, que extraño pasearme con el carrito por el supermercado. Sí, extraño mucho eso, entre tantas otras cosas. Y a Tere se lo puedo decir, sin sentirme una quejosa o una desagradecida porque lo que le pasa a Martu podría ser todavía peor.

21 de agosto

Siento que estoy sosteniendo una cuerda en tensión hace demasiado tiempo, ya no quiero ni contarlo. Necesito aflojar los brazos, los hombros, el cuello. Lo necesito desesperadamente. No sé cuánto más voy a poder seguir así.

22 de agosto

No paro de recorrer portales de psiquiatría, a esta altura, ni siquiera sé muy bien qué busco. Sí lo que encuentro: sufrimiento, sufrimiento a patadas.

Trastornos de ansiedad, trastornos alimentarios, trastorno obsesivo compulsivo, trastorno bipolar, esquizofrenia, demencia, depresión, estrés postraumático, fobias de todo tipo y color.

Sufrimiento silencioso, soterrado, sufrimiento a veces vergonzante.

¿Por qué no animarse a romper ese pacto implícito que obliga a esconder bajo la alfombra, a hablarlo nomás que en susurros y mirando hacia los costados?

¿Por qué no animarnos? Si lo hiciéramos, a lo mejor la respuesta en muchos casos sería «sabés que a mí también…».

25 de agosto

Suárez hizo ajustes en la medicación y volvió a explicarme que cada organismo es distinto, que hay que trabajar en una sintonía fina, que es una labor artesanal. Y no menos artesanal es aguantarse a padres y madres como yo, supongo. Siempre encima con sus preguntas, con sus miedos, con sus inseguridades. A veces le pido disculpas, sobre todo cuando siento que le rompí demasiado. Y entonces él me dice que no me preocupe, que para eso está, que aclarar mis dudas es parte de su tarea y que todos mis temores son comprensibles. Es un santo.

Si estuviera Emilio, me daría parte de esa contención, y yo sería menos pesada. No sé, creo. Aunque también creo que el psiquiatra debe estar acostumbrado. Los trastornos mentales seguramente no caen todos en familias completas, funcionales, prolijitas, en las cuales lo único que tiene que hacer es recetar. De eso hablamos bastante en mi terapia. De cómo muchas veces el paciente psiquiátrico es el emergente, la punta del iceberg.

27 de agosto

Martu parece estabilizarse con las nuevas dosis de medicación.

Es increíble cómo el cuerpo se adapta. Por ejemplo, al principio un miligramo de clonazepam era un montón. Ahora parece que le hace cosquillas. Lena se ríe cuando le hago esos comentarios, dice que exagero. Y quizá exagero un poco, sí, pero es verdad que el cuerpo se acostumbra. El clona la calma, pero ya no la plancha como antes. Con la misma medicación con la que dormía trece horas, ahora duerme nueve.

30 de agosto

Hoy me desperté a las cuatro y pico y ya no pude volver a pegar un ojo. Quizá tampoco quise, o en todo caso no lo intenté demasiado.

A esa hora la casa tiene un clima especial. No es el mismo que se vive cuando uno se acuesta tarde, aunque sea a la misma hora, porque ahí uno lo siente como una prolongación de la noche. Esto es diferente.

Leí un rato, me levanté y me preparé un té. Mientras lo tomaba,

caminé un rato por la cocina, por el living, repasando momentos. No sé ni cómo aparecí en el bañito de arriba. Tenía la taza de té en una mano y con la otra acariciaba la reja, la reja que encierra y que también protege. De pronto reaccioné, sentí que despertaba de un estado de sonambulismo o cosa por el estilo. Me lavé la cara y me vine a escribir.

Ahora son las cinco y cuarto. Falta mucho para que el día arranque. Porque los días arrancan tarde. Y son largos y repetitivos. Con las variantes de las visitas al psiquiatra, a la psicóloga de Martu, a la mía. Con la llegada de un pedido del súper o de la farmacia. Con el ratito semanal de Lena o una visita de Aída a las apuradas. No mucho más.

31 de agosto

Las ganas que tengo de ir a una librería… Estoy harta de encargar por internet. No tiene ni punto de comparación con la felicidad de recorrer los estantes, las mesas repletas de libros, hojear las novedades, charlar con el vendedor. Me gustan las librerías grandes, pero hay una chiquita en el paseo de compras de la avenida que es mi favorita. Ahí atiende un peladito que la tiene clarísima. Sabe de clásicos, de contemporáneos, puede anticiparte si lo último de fulanito vale la pena o es más de lo mismo. Porque hay gente que encuentra una fórmula y la repite hasta el hartazgo, que no cambia, que no arriesga. Por eso a mí me gusta Cortázar. Él jugaba, experimentaba. Y eso se nota en cada línea de su escritura siempre distinta, siempre audaz. Amo sus cuentos, y hoy pienso particularmente en «Después del almuerzo», que acabo de releer. Transcribo el comienzo, por si algún día me da por volver a estas anotaciones, así voy a poder volver también al punto de emoción al que me llevó:

«Después del almuerzo yo hubiera querido quedarme en mi cuarto leyendo, pero papá y mamá vinieron casi enseguida a decirme que esa tarde tenía que llevarlo de paseo.

Lo primero que contesté fue que no, que lo llevara otro, que por favor me dejaran estudiar en mi cuarto. Iba a decirles otras cosas, explicarles por qué no me gustaba tener que salir con él, pero papá dio un paso adelante y se puso a mirarme en esa forma que no puedo resistir, me clava los ojos y yo siento que se me van entrando cada vez más hondo en la cara, hasta que estoy a punto de gritar y tengo que darme vuelta y contestar que sí, que claro, enseguida. Mamá en esos casos no dice nada y no me mira, pero se queda un poco atrás con las dos manos juntas, y yo le veo el pelo gris que le cae sobre la frente y

tengo que darme vuelta y contestar que sí, que claro, enseguida. Entonces se fueron sin decir nada más y yo empecé a vestirme, con el único consuelo de que iba a estrenar unos zapatos amarillos que brillaban y brillaban.

Cuando salí de mi cuarto eran las dos, y tía Encarnación dijo que podía ir a buscarlo a la pieza del fondo, donde siempre le gusta meterse por la tarde. Tía Encarnación debía darse cuenta de que yo estaba desesperado por tener que salir con él, porque me pasó la mano por la cabeza y después se agachó y me dio un beso en la frente. Sentí que me ponía algo en el bolsillo.

—Para que te compres alguna cosa —me dijo al oído—. Y no te olvides de darle un poco, es preferible».

Qué cierto es eso de que podemos leer lo mismo (un cuento, un poema, una novela) en distintos momentos de la vida y estaremos leyendo algo diferente.

Hoy pienso en ese hermano-cosa, en ese hermano-carga, y me duele algo muy adentro. Es un dolor nuevo.

Me acuerdo de los hijos de Tere, de los tres hijos de Tere.

No sé. Ahora entiendo cosas que antes no entendía, me puedo poner en lugares que jamás hubiera pensado. A lo mejor, además de ser una pesadilla sin fondo, esto que nos pasa es un baño de humanidad.

3 de septiembre

«¿Vos creés que siempre vamos a estar con la lupa?», le pregunté a Tere. Y eso alcanzó. Esa es la maravilla de lo que hay entre nosotras. La posibilidad de la elipsis, el alivio de la elipsis, no tener que desgastarnos explicando, sobre-explicando, dando detalles y ejemplos. A cualquier otra persona yo tendría que decirle que me refería a estar espiando las caras de nuestros hijos, a estar pendientes (con disimulo) de cada gesto, de cada leve cambio. Como si los pibes no tuvieran derecho, como cualquier ser humano, a tener un mal día, a levantarse con el pie izquierdo, a encularse porque sí. Porque sí o por cualquier pavada, por cualquier cosa que nada tenga que ver con delirios, alucinaciones, ideas suicidas y otras calamidades.

No hizo falta todo eso, bastó con mencionarle la lupa, y Tere captó la idea. Me dijo que esperaba que no, que ojalá no. «Pero no voy a mentirte, Sonia, yo vivo semblanteándolo».

4 de septiembre

Martu sacó una melodía hermosa con el piano, me pidió el celular para grabarla y mandársela a Julieta. Dice que más adelante va a intentar ponerle letra.

Ya estoy fumando menos, y me propuse dejar del todo antes de fin de año. Si se me hace difícil, Lena me va a pasar el dato de la médica con la que ella hizo el tratamiento para dejar.

Yo antes creía que los que pedían ayuda eran débiles, ahora entiendo que hay que ser fuerte para admitir que no se puede.

6 de septiembre

Hace un tiempo que con Tere no esperamos a los chicos en el consultorio, nos vamos a sentar a un banco de la plaza que queda a dos cuadras. Tomamos mate con bizcochitos o con facturas, las cosas que en casa ya no podemos comprar. Un día lleva una, otro día lleva la otra. No sé ni cuándo nos pusimos de acuerdo, si es que nos pusimos de acuerdo (a lo mejor es otra de nuestras elipsis).

Por lo general volvemos a buscarlos con la lengua afuera, porque se nos pasa la hora. Y los encontramos en la sala de espera casi siempre charlando, a veces riéndose.

8 de septiembre

Martu no para de practicar con el piano, ya ni la serie de animalitos mira.

Ahora dice que Abogacía está bien, pero que también quiere dedicarse a la música. «Como hobbie», me aclara. «Como lo que quieras», le contesto yo.

¿Y cómo voy a decirle otra cosa? Con lo grandulona que soy, todavía vomito en la terapia las reglas de una casa (no un hogar) donde la sobreexigencia era la regla. Se daban por sentados el buen comportamiento y el cuadro de honor.

«Después de todo, es ni más ni menos que tu obligación». «Esforzate más». «Lo hago por tu bien, tendrías que estar agradecida». «Con los sacrificios que hacemos por ustedes…».

La vara demasiado alta, pero la vara incorrecta.

9 de septiembre

El otro día Lena me contó que una madre del colegio le contó que se encontró con otra que lleva a la nena a hockey y que a la vez comparte clases de danza con… En fin, parece ser que Yanina anda diciendo que qué bicho me picó que de repente la bloqueé en el whatsapp.

Lena no podía entender por qué yo no paraba de reírme.

Con Martu vimos todas las películas de Harry Potter. O sea, vimos MIL VECES todas las películas de Harry Potter. En la cuarta, la del cáliz de fuego, hay una escena en la que Hermione le dice a Harry: «Ronald me pidió que te dijera que Seamus le dijo que Dean le dijo a Parvati que Ronald le dijo que Neville le dijo a Parvati que Hagrid me pidió que te dijera que Hagrid te está buscando». Esa ensalada, que terminaba con «¡No soy una maldita lechuza!», nos hacía morir de la risa. La practicábamos en distintas versiones, porque nunca nos salía igual. Se lo conté a Lena que, por supuesto, también vio las peli de Harry Potter miles de veces. Nos reímos juntas, ella tampoco es una maldita lechuza.

12 de septiembre

La semana que viene cumple años Tere. No sé qué regalarle. La conozco tanto, pero a la vez no la conozco tanto. Me encantaría, como ella, regalar cosas hechas por mí misma. Lástima que no sé hacer una mísera manualidad.

14 de septiembre

Anoche hubo fiesta en el dúplex de al lado. Música fuerte, gritos y risotadas hasta la madrugada. Al parecer fue un cumpleaños. Había un montón de autos estacionados afuera. Por suerte, Martina ni prestó atención, está enganchadísima con la música que empezó a componer. Practica y practica, no para. Y es un alivio para mí.

También es un alivio pensar que a esta gente le queda poco tiempo. Parece mentira, pero ya estamos casi en primavera.

Según los informes de Aída, la hija del tano se casa el 2 de diciembre. No sé cómo sabe tantas cosas siempre. «El almacenero es el techista de los pobres». Me causó gracia que se refiriera a los psicólogos como techistas, pero es buena la analogía. «Pasa lo mismo que con los tacheros, la gente viene acá y te larga todo».

15 de septiembre

¿Y si empezáramos a hablar naturalmente de lo que pasamos, de esos hijos que quisieron tirarse por la ventana, que salieron a la calle desnudos, que comieron tierra, que vieron lo que no existe, que imaginaron conspiraciones donde no las hubo, que oyeron lo que nadie dijo? Si lo hiciéramos, ¿qué? ¿Se nos vendría encima el montón de perfectitos a los que no les pasó nada de todo eso? No lo creo. No estoy segura de si el prejuicio está más en nosotros que en ellos, o repartido. No sé.

17 de septiembre

Al final a Tere le compré un libro, Esto también pasará, de Milena Busquets. Es una novela que a mí me encantó. Habla del amor, de la muerte y de la vida, del valor de la amistad y de otro montón de temas fundamentales. Además, el título encierra una promesa que hoy huele tan bien... Se lo di en la plaza, mientras comíamos unos cañoncitos con dulce de leche.

Me estuvo contando mucho sobre los primeros tiempos del brote de Agustín. Hubo una época en la que no quería separarse ni un minuto de ella. «Me perseguía por la casa, no quería perderme de vista, no me podía ir a hacer un puto mandado».

Algo así me pasó también con Martu. Las noches en las que nos dormíamos de la mano le tenía que prometer que, cuando se despertara, yo iba a estar ahí. Ella creía que irnos a dormir significaba que íbamos a morirnos, o una cosa así, rarísima. Parecía una nena chiquita. Y entonces yo le recordaba que la noche anterior me había dicho lo mismo y que esa mañana habíamos amanecido como siempre, y le había preparado el desayuno y el almuerzo y etcétera. «Lo mismo mañana, Martu, te vas a despertar y voy a estar acá, con vos. Cerrá los ojitos tranquila».

19 de septiembre

Le comenté a Lena y me dijo que le parecía bien. «¿Estás segura de que existe algo así?», me insistió. No, la verdad es que no estoy

segura, no estoy segura de nada (para variar). Será cuestión de averiguarlo. Pero si hay grupos de ayuda para familiares de gente con alcoholismo, drogadicción y tantísimas enfermedades, es probable que exista. Tampoco sé si me animaría a ir, es solo una idea.

21 de septiembre

Como no podía ser de otra manera, amaneció lluvioso. Así que tuvimos que organizar el picnic en el living. Teresa y Agustín trajeron los sándwiches de miga, Martu y yo preparamos una chocotorta. Habíamos acordado que iba a ser una excepción. A esta altura, con lo que Tere y yo comemos a escondidas, tampoco a nosotras nos cierran los pantalones. Fue una tarde hermosa, ni un cielo sin una sola nube podría haberla mejorado.

Son casi las nueve de la noche. Martu toca Muchacha ojos de papel, y canta bajito.

29 de septiembre

Agustín volvió a salir solo. «Por ahora un par de vueltas a la manzana nomás», me dijo Tere. Pero sé que es un progreso gigante.

Ya llegará el día en que Martu pueda ir a caminar, a un supermercado o a hacer un trámite cualquiera. Por ahora ni conmigo sale, que es lo que podría. Ni al almacén quiere acompañarme, así que no voy. Si necesito alguna cosita, le pido a Aída y me la alcanza.

Tengo que respetar los tiempos de mi chiquita, no presionarla. Sé que le preocupa y le asusta “el afuera”.

Y aunque a cada uno a su manera, a quién no.

2 de octubre

Hace poco Tere se animó a contarme, tampoco hace tanto que lo sabe. Lo único que pude hacer es escucharla en el mayor de los silencios, alcanzarle un mate, abrazarla. No sé si algún día sabré yo cuál o cuáles fueron los factores que desencadenaron el brote de Martu. No siempre es posible determinarlos. Pero Agustín en la terapia pudo sacar una verdad oscura y silenciada durante mucho tiempo, una verdad que ni él mismo sabía que guardaba.

«Fui ciega, Sonia, fui tan ciega», lloraba Tere, y yo intentaba confortarla. Pero qué decirle, qué mierda decirle a la mamá de un chico abusado. «En esa época, ahora me doy cuenta, en esa época andaba más arisco, más metido para adentro que de costumbre, se había vuelto a mear en la cama, cosas así». En aquel entonces Tere daba clases de diseño en la facultad y acompañaba a su mamá, que estaba con depresión. «Mi vieja, el laburo, la casa, los pibes, los cuernos que me metía mi marido… Igual no es excusa, no, no es excusa». ¿Excusa? ¿Ella hablaba de excusas? Me acordé de Euge, del porro, de la merca, de la pepa, de la puta que lo parió. Yo ya se lo había contado, y tampoco se trataba de pelear el primer puesto en el campeonato de malas madres. Una se sentía para la mierda, así de fácil. Cuando una se enteraba de que a su hijo le había pasado algo tan terrible se preguntaba dónde carajo estaba en ese momento, haciendo qué en lugar de cuidarlo. ¿Mi "excusa" había sido la enfermedad de Emilio, mi viudez, mi duelo? No, no era momento de tirarnos toda la ristra de culpas encima. «Decí que ese hijo de remilputas ya está muerto, si no, te juro que le reventaba la cara de un corchazo, aunque tuviera que pasarme el resto de mi vida en cana».

3 de octubre

Qué dolor, cuánto dolor. Cuánta culpa, que es cierto que no sirve pero que no se puede evitar. Quizá lo que se pueda es trabajar para convertirla en otra cosa, en una cosa útil.

6 de octubre

Ayer volví a cambiar mil dólares. Aproveché que Lena podía quedarse un ratito más y fui después de terapia.

Hace tiempo entramos al mundo de las segundas marcas en artículos de limpieza y de perfumería, y en cualquier momento seguimos con algunos productos de almacén. El mes pasado cambié el plan del celular y pedí descuento en el cable. Pienso dar de baja algunas tarjetas, los gastos de renovación son mortales. Todo cuenta. Hay un único rubro que es intocable.

10 de octubre

Anoche se puso a llorar en la cena. Me desesperé, mientras luchaba porque ella no notara mi desesperación. Pasó un ratito y me pudo contar que había tenido un pensamiento raro, pero que lo identificó, lo diferenció y «no me enganché, ma». Traté de hacerle ver el valor de ese logro.

El problema es que ahora que anda mejor no se permite un traspié. Le gusta (demasiado) decir que a partir de hoy NUNCA MÁS tal o cual cosa, que a partir de hoy SIEMPRE tal otra. Y cuando no se cumple, cuando ese siempre o ese nunca no se cumplen, porque (recién ahora lo entiendo) la vida es compleja y no se adapta cien por ciento a nuestros propósitos o expectativas, cuando eso no se cumple, se da con un caño. Se echa culpas, me pide perdón. Como si ella quisiera ponerse mal… Entonces yo, quién lo hubiera dicho, le digo que se tenga paciencia, que esto es un proceso, que está bien tener días malos, que la evolución no es ni tiene por qué ser lineal. Le pido que no se angustie ni se exija, y que nunca se olvide de que estamos caminando juntas.

11 de octubre

Proyectos, esa es la “pe” que falta. Poder mirar hacia adelante con menos miedo. Sé que falta.

14 de octubre

«¿Y vooos? Te caíste de culo, supongo», me dijo Tere. Más o menos lo mismo que me dijo mi terapeuta, claro que con otros términos. Raro, inesperado, me cuesta procesarlo… tanto hablar de proceso, me cuesta procesarlo. Nunca habíamos hablado así con Martina.

Ahora se encerró en su cuarto y se puso a tocar Help.

Sé que no hay que bajar la guardia, pero hoy fue un día de emociones fuertes, y necesito una ducha.

V

Sonia cierra el cuaderno de tapas duras espiralado que llevaba doce años sin tocar.

14 de octubre: su última anotación.

Ella sabía que mientras el piano sonara todo estaba bien. Sin embargo, aquella noche cerró el grifo de la ducha y notó el silencio.

Se había confiado, se había relajado.

Envuelta en el toallón y encharcando todo el piso corrió al cuarto de su hija.

Abrió la puerta con violencia, con el corazón estallado.

Martu levantó la vista del tablero y se apartó para dejarla ver una hadita que replicaba la sonrisa que ella misma le regalaba.

Sonia se levanta, se estira, bosteza.

Baja al living y corre las cortinas.

Amanece.

Inspira hondo, larga el aire despacio. Precisa un café.

Hoy tuvo el valor de meterse en aquel laberinto, recién hoy. Supo que era el momento, lo supo ni bien tomó el taxi en la puerta de la clínica donde acababa de conocer a su nieta, a la hija de Martina y de su mujer.

Aprieta play en el equipo, se echa en el sillón y cierra los ojos.

Tarda en llegar,
y al final
y al final, hay recompensa.

Tarda en llegar,
y al final
y al final, hay recompensa…
en la zona de promesas.

***